LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL CONTADA Y EXPLICADA EN CIENTO TREINTA PÁGINAS

GERHARD WEINBERG



“LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. Una historia esencial”

GERHARD WEINBER

INTRODUCCIÓN

&&& Durante décadas el 11 de noviembre se recordó como el día en el que, en 1918, cesaron los combates de la que por mucho tiempo se conoció como «la Gran Guerra», el conflicto al que hoy llamamos primera guerra mundial.

Tanto el recuerdo del fin del conflicto que arrasó el mundo desde 1914 hasta 1918 como el nombre que recibió en su momento reflejan la enormidad sin precedentes de las bajas y la destrucción causadas por la confrontación.

Antes de 1914 había habido guerras en extremo sangrientas, y algunas de ellas habían incluido combates en tierras y océanos repartidos por todo el mundo, pero ninguna había arrastrado a tantísimos países y territorios coloniales, involucrado directa o indirectamente a una proporción tan grande de la población del planeta ni acabado con la vida de un número tan vasto de personas al tiempo que deshacía imperios y dinastías.

Si el final de la confrontación produjo un alivio tan grande y trajo la esperanza generalizada de que nada similar volvería a ocurrir nunca, es inevitable preguntarse cómo fue que apenas veinte años después de 1918 la experiencia casi se repite y por qué apenas un año después empezó efectivamente una segunda conflagración mundial.

¿CUÁNDO COMENZÓ?

Algunos estudiosos de la segunda guerra mundial sostienen que esta empezó en realidad en 1931 con la toma de Manchuria por los japoneses, o en 1935 con la invasión italiana de Abisinia (Etiopía), o en 1936 con el estallido de la guerra civil española, o en 1937 con el comienzo de las hostilidades abiertas entre Japón y China.

El punto de vista que adoptamos aquí es que esos fueron conflictos de un tipo diferente. Las dos fechas relativas a Asia oriental marcan la reanudación de los impulsos expansionistas locales de Japón; la operación en el África nororiental fue la reanudación de la expansión colonial de Italia; la guerra civil española empezó y siguió siendo hasta el final un conflicto limitado a las fronteras de ese país.

Aunque en todos estos casos otras potencias proporcionaron ayuda a uno u otro bando, en ninguno participaron de forma abierta más países que los directamente involucrados.

Es cierto que Japón, en diciembre de 1941, se sumó de forma deliberada al conflicto más amplio iniciado por Alemania en 1939, pero esa decisión, que examinaremos en el capítulo 5, no había sido en absoluto tomada con antelación.

Desde 1945 ha habido guerras entre países particulares y guerras civiles dentro de distintos países, pero, por fortuna, no ha habido hostilidades militares de alcance mundial.

Si para los fines de este estudio la guerra reseñada comenzó en 1939, ¿por qué hemos de considerarla una guerra mundial desde el comienzo en lugar de una guerra europea que, como muchos de los conflictos precedentes, se convirtió en guerra mundial solo a partir de 1941?

Aunque la guerra empezó en Europa, la confrontación tuvo desde el principio aspectos mundiales e involucró a una gran cantidad de países. Alemania, que fue la nación que empezó el conflicto, tenía ambiciones que abarcaban el mundo entero, como veremos en el capítulo 1.

Entre los Aliados figuraban desde un primer momento Canadá, Australia y Nueva Zelanda, y la Unión Sudafricana se sumaría a ellos pocos días después.

Los imperios coloniales de Francia y el Reino Unido también se vieron involucrados desde el principio, como lo demuestran los soldados de las colonias francesas en África que combatieron en Francia (donde tras la rendición miles de ellos serían fusilados por los alemanes) o el ejército de voluntarios reclutado en la India, el más grande de su tipo de todo el conflicto.

Aunque la participación de Italia no comenzó hasta junio de 1940, esta trajo consigo una implicación más directa del continente africano; y es imposible desconocer que el levantamiento antibritánico en Irak y los combates que tuvieron lugar en Siria en mayo y junio de 1941 ocurrieron en Asia.

También la guerra en los océanos fue mundial desde el principio. Basten dos ejemplos: la batalla entre el acorazado de bolsillo alemán Graf Spee y los cruceros británicos Exeter, Ajax y Achilles frente a las costas de Uruguay en diciembre de 1939, y la ayuda que la Unión Soviética proporcionó a Alemania en 1940 al permitirle enviar a través de la ruta del Ártico, siguiendo la costa norte de Siberia, un crucero auxiliar destinado a hundir buques aliados en el Pacífico.

Tanto la campaña submarina alemana como los esfuerzos británicos por interceptar los barcos mercantes alemanes tuvieron también como escenario el mundo entero.

Una vez que aceptamos que la segunda guerra mundial empezó en septiembre de 1939 con la invasión alemana de Polonia y terminó en septiembre de 1945 con la rendición de Japón, la pregunta es cómo llegó a darse un conflicto de semejantes proporciones. Aunque existen debates interminables acerca de quién fue el responsable del estallido de la primera guerra mundial, muy pocos han cuestionado la responsabilidad de Alemania en el inicio de la segunda guerra mundial.

Una cuestión importante, en la que nos concentraremos en el capítulo 1, es cómo pudo ocurrir algo así en un mundo en el que el recuerdo de la terrible guerra anterior estaba sumamente vivo en la memoria de todos los adultos que habían sobrevivido a ella.

Dado que Alemania empezó la guerra esperando ganarla, y por un tiempo pareció tener una posibilidad razonable de alcanzar ese objetivo, ¿cómo fue que los Aliados terminaron ganando? De esa cuestión se ocuparán los capítulos posteriores. Lo hacen a través de una exposición que incluye tanto a aquellos países que se involucraron de parte de Alemania como a los que se pusieron de parte del Reino Unido y Francia, ya sea cuando fueron atacados, como la Unión Soviética y Estados Unidos, o por decisión voluntaria, como Italia, Japón, Hungría, Finlandia, Rumanía y Bulgaria, por un lado, y la mayoría de los países del hemisferio occidental, por otro.

Dado que la guerra creció hasta convertirse en el mayor conflicto de su tipo en la historia de la humanidad, tendremos que examinar también los cambios que la guerra causó dentro de los países beligerantes y los imperios que algunos de ellos tenían antes de involucrarse en la confrontación.

Asimismo, hemos de decir algo acerca de los cambios espectaculares que la guerra trajo consigo tanto en materia de armamento, por un lado, como de medicina y tecnología, por otro. El ordenador en el que escribo el texto de este libro, por ejemplo, ilustra a la perfección la forma en que las nuevas tecnologías desarrolladas y aplicadas durante la segunda guerra mundial inciden hoy en nuestra vida cotidiana y seguirán haciéndolo en el futuro.

1

LOS AÑOS DE ENTREGUERRA

LA CONFERENCIA DE PAZ DE 1919

***Los representantes de las potencias vencedoras que redactaron los tratados de paz con Alemania, Austria, Hungría, Bulgaria y el sucesor del Imperio otomano tuvieron que enfrentarse a numerosos problemas de gran complejidad:

1. Qué trato debía darse a las Potencias Centrales derrotadas;

2. cómo lidiar con los nuevos Estados que emergieron de las ruinas de los Imperios ruso, austrohúngaro y otomano;

3. cómo manejar el conflicto entre China y Japón por la antigua colonia alemana en China;

4. qué hacer con el resto de las colonias alemanas; y

5. cómo reducir el riesgo de que un desastre como el que acababa de terminar ocurriera de nuevo.

Resulta útil ver muchos de estos rompecabezas como distintas facetas de una misma cuestión fundamental (algo que la bibliografía sobre la conferencia de paz de 1919 rara vez menciona): cómo reorganizar Europa y los territorios de otras partes del mundo en un momento en que el principio nacional sustituía al principio dinástico como supuesto básico de la territorialidad.

Este era un problema que no habían tenido que plantearse los encargados de pacificar el continente en 1815 tras los trastornos ocasionados por la Revolución francesa y las guerras napoleónicas.

Muchos de los participantes en la conferencia de París pensaban que el conflicto que acababa de concluir era en gran medida consecuencia del fracaso para adaptarse al principio nacional, obvio en las guerras de los Balcanes de comienzos del siglo XX y en el enfrentamiento entre Serbia y Austria-Hungría.

Los esfuerzos de los diplomáticos por abordar esta cuestión fundamental (cómo facilitar el paso de los Estados basados en la lealtad a una dinastía a los Estados fundados en la identidad nacional de su pueblo) no fueron del todo justos o razonables, pero rara vez han recibido el reconocimiento que merecen.

El número de pueblos europeos que creían estar sometidos a gobernantes desde su punto de vista extranjeros se redujo enormemente después de la guerra.

Además, había tres aspectos del acuerdo de paz considerado en su conjunto que encajaban dentro de este esfuerzo de ajuste y como tales debería entendérselos.

1º Varios de los nuevos Estados europeos fueron obligados a firmar tratados en los que prometían respetar los derechos de las minorías nacionales residentes dentro de sus fronteras. Este sistema de protección de las minorías nacionales no funcionó tan bien como sus creadores esperaban, pero su empeño por conseguirlo merece reconocimiento.

2º La segunda característica del acuerdo de paz que encaja dentro de la idea de ajustar las fronteras a la nacionalidad fue que estipulaba la celebración de plebiscitos en varias áreas de Europa para que sus habitantes votaran con qué nacionalidad se identificaban, con la intención de que las preferencias que expresaran se reflejaran luego en el trazado de las nuevas fronteras. Esto también generó problemas, pero, una vez más, la idea es digna de elogio.

3º El tercer aspecto del acuerdo de paz que apuntaba al nuevo enfoque de concentrarse en los gobernados antes que en los gobernantes resulta visible en las disposiciones sobre el Imperio colonial alemán y las porciones no turcas del Imperio otomano:

Unas partes muy pequeñas de las colonias alemanas, Camerún y Togo en África occidental, se incorporaron a las colonias británica y francesa adyacentes,

y un trozo minúsculo del África oriental alemana (Tanzania) se añadió a la colonia portuguesa de Mozambique;

sin embargo, el grueso del Imperio colonial de Alemania se convirtió en lo que se denominó «mandatos», al igual que las partes del Imperio otomano asignadas al Reino Unido y Francia.

Los mandatos se clasificaron en tres categorías:

Los A, de los que se esperaba que pudieran convertirse en estados independientes relativamente pronto;

los B, en los que se preveía que este proceso fuera más prolongado; y

los C, de los que era posible esperar que estuvieran bajo control extranjero por un largo tiempo.

La administración de esos territorios se encomendó a los distintos países vencedores hasta que estuvieran en condiciones de alcanzar la independencia, y se esperaba que los nuevos gobernantes rindieran cuentas sobre ello a un comité especial de la organización internacional recién creada.

Hay una diferencia significativa entre este procedimiento y el empleado anteriormente en otros conflictos internacionales, en los que territorios como ciertas partes de la India, Canadá y otras áreas del hemisferio occidental, Asia y las islas del Pacífico se transfirieron de un Imperio colonial a otro sin considerar siquiera la posibilidad de que sus habitantes pudieran preferir en algún momento ser gobernados desde su propia capital y no desde Londres, París, Madrid, Lisboa, Washington, Tokio, Roma o cualquier otra metrópoli.

Otras dos innovaciones son dignas de mención:

1. En primer lugar, se creó una nueva organización internacional denominada la Sociedad de las Naciones, algo para lo que la influencia de Estados Unidos fue decisiva. La carta del nuevo organismo, conocida como «el Pacto», se introdujo en el texto de todos los tratados de paz como primera parte. La idea era que la terrible guerra que acababa de terminar hacía necesario abordar las relaciones internacionales desde una nueva perspectiva con la esperanza de impedir que se repitiera un conflicto semejante. Habría un nuevo foro internacional permanente en el que sería posible discutir toda cuestión que resultara acuciante en su momento; un mecanismo para velar por las minorías, cuidar de los mandatos y celebrar plebiscitos; y una forma de protección colectiva de la independencia de cada miembro de la organización. Si bien la Sociedad de las Naciones no funcionó tan bien como se esperaba, el concepto introdujo en las relaciones internacionales un nuevo elemento que repercutiría en la forma de pensar de los pueblos y los líderes políticos durante el resto del siglo.

2. La otra innovación fue la inclusión en el tratado de paz con Alemania de una cláusula para juzgar a los criminales de guerra. Esta fue una de las disposiciones más detestadas por los alemanes y, al final, en lugar de juicios internacionales, la responsabilidad recayó sobre un tribunal alemán con sede en Leipzig. Los juicios celebrados allí resultaron ser una farsa, y eso hizo que se utilizara un enfoque diferente durante y después de la segunda guerra mundial; pero, una vez más, el concepto introdujo un nuevo elemento en la forma de pensar acerca de los horrores de la guerra.

> Tras la llegada al poder de los nacionalsocialistas, el capitán de un submarino que había torpedeado un buque hospital y luego ordenado que se ametrallara los botes salvavidas de los supervivientes podía abrigar la esperanza de hacer una gran carrera militar en Alemania, pero el tratado de 1919 demostró que existía una nueva forma de considerar conductas semejantes.

Dado que tanto Austria-Hungría como el Imperio otomano desaparecieron al final del conflicto, el tratado de paz con Alemania era el de mayor trascendencia de todos. Fue en él donde el cambio del principio dinástico por el principio nacional se reveló al mismo tiempo más importante y más polémico. Aunque Alemania era la más nueva de las grandes potencias, pues existía desde hacía menos de medio siglo, el país no se dividió. Estaba claro que las personas que vivían en él pensaban en sí mismas como alemanes más que como prusianos, wurtemburgueses, sajones o bávaros.

Por un lado, se dispuso que Alemania debía devolver los territorios adquiridos en el último siglo y medio a sus anteriores propietarios: Francia, Dinamarca y Polonia; sin embargo, no se entregó a los vencedores ninguna zona significativa del territorio que estuviera con claridad habitada por alemanes. Estas decisiones de los pacificadores planteaban cuestiones de suma importancia para el futuro.

En relación con la devolución de tierras a Dinamarca y Polonia, se dispuso la celebración de plebiscitos en aquellas áreas en las que había dudas sobre el trazado de la nueva frontera, algo que también se estipuló para el caso del Sarre, un territorio que se separaría de Alemania durante quince años.

La devolución de los territorios tomados a Polonia suscitó objeciones muy violentas en Alemania. En las tres particiones de Polonia que tuvieron lugar en 1772, 1793 y 1795, los gobernantes de Brandeburgo-Prusia se habían apropiado de grandes áreas del país en un proceso que acercó Rusia a Europa central y, en un principio, creó un corredor este-oeste que conectaba Brandeburgo y Prusia.

La devolución a Polonia de gran parte de las tierras tomadas por Alemania, lo que, como ocurría antes de 1772, implicaba un corredor norte-sur, enfureció a muchos alemanes pese a que Polonia existía como Estado mucho antes que Alemania. Un aspecto de esa indignación tuvo una importancia enorme tanto entonces como en las décadas posteriores. Muchísimos alemanes pensaban que los polacos y otros pueblos eslavos de Europa oriental eran inferiores desde un punto de vista racial y cultural. La idea de pedirle a esa población que votara si se sentían alemanes o polacos implicaba una equivalencia que muchos alemanes encontraban insultante, pues se consideraban pertenecientes a una categoría completamente diferente de seres humanos.

Cuando la delegación alemana en la conferencia de paz convenció a los vencedores de realizar un plebiscito en la Alta Silesia, en lugar de transferir el territorio a Polonia como originalmente se planeaba hacer, con la esperanza de que la región pudiera dividirse, como al final ocurrió, muchos alemanes no lo interpretaron como un triunfo importante de su equipo negociador sino como un insulto más al concepto que tenían de sí mismos. El hecho de que muchos de los estados alemanes como Prusia, Baviera y Oldemburgo hubieran sido y continuaran siendo territorios no contiguos hasta 1945 se pasó por alto una y otra vez.

Otro aspecto de gran importancia fue la discusión acerca de la frontera occidental de Alemania y la forma en que la conferencia de paz la resolvió:

Dado que Francia había sido invadida dos veces por los alemanes en el pasado reciente, en 1870 y en 1914, a los franceses les preocupaba una posible agresión alemana en el futuro (una preocupación similar a la que muchos países europeos abrigaban respecto a Francia en 1815).

La opción de separar la Renania de Alemania y crear un Estado aparte se consideró seriamente, pero si bien eso podía servir para proteger a Francia de una invasión alemana, implicaba una violación drástica del principio nacional.

Por insistencia de las delegaciones británica y estadounidense se decidió que la Renania permaneciera dentro de Alemania mediante la implementación de acuerdos diseñados para ofrecer una protección alternativa a Francia y Bélgica.

Las tierras al oeste del Rin y una franja de cincuenta kilómetros al este de él habían de desmilitarizarse y permanecer así.

Además, el Reino Unido y Estados Unidos firmaron tratados de garantías con Francia comprometiéndose a acudir en su ayuda en caso de que Alemania la invadiera.

Se consideró que estos acuerdos proporcionarían seguridad a Francia al tiempo que se respetaba el principio nacional. Alemania conservaría la región, pero descartaría atacar a Francia pues ello automáticamente la llevaría a la guerra con el Reino Unido y Estados Unidos.

Asimismo, la zona desmilitarizada obligaría a Alemania a respetar la independencia de Polonia y de los pequeños Estados que habían surgido de la división del Imperio austrohúngaro, pues funcionaba como una puerta abierta para una invasión desde el oeste.

Por desgracia, la negativa del Senado estadounidense a ratificar el tratado de garantías y, a continuación, la negativa del Reino Unido a ser el único garante contribuirá al derrumbamiento de la estructura de la paz en la década de 1930.

Cuando Estados Unidos se retiró del sistema de tratados que había ayudado a diseñar, la tarea de hacer cumplir los pactos recayó sobre los países que habían quedado más debilitados por la guerra, y eso animó a los derrotados a volver a probar suerte.

El tratado con Alemania tenía otras dos categorías de disposiciones de las que los alemanes se resintieron en grado sumo y a las que encontraron luego formas de socavar o ignorar, a saber,

1 las que imponían restricciones a las fuerzas armadas del país, y

2 las que estipulaban las reparaciones de guerra.

Los alemanes habían introducido el bombardeo de ciudades muy alejadas del frente en el arsenal de estrategias bélicas, y los Aliados, que no compartían su entusiasmo por ese enfoque, prohibieron a Alemania tener una fuerza aérea de carácter militar.

No obstante, después de 1918 los alemanes utilizaron las instalaciones proporcionadas por sus amigos soviéticos para evadir esa restricción (y en la segunda guerra mundial aprenderían dolorosamente que, si insistían en bombardear ciudades, otros estaban dispuestos a pagarles con la misma moneda).

E hicieron lo mismo para eludir las prohibiciones de desarrollar vehículos blindados y submarinos. Por otra parte, el límite que el tratado imponía al tamaño del ejército, cien mil hombres, se evadió, por ejemplo, mediante el adiestramiento militar de la policía. Si bien el Parlamento alemán convirtió el tratado en ley, los altos mandos militares, que habían jurado respetar la constitución y las leyes de la República, se enorgullecían de romper ese juramento con tanta frecuencia como les era posible.

En guerras anteriores, los vencedores con frecuencia imponían una indemnización al perdedor, un ejemplo reciente en la época era la indemnización que la nueva Alemania impuso a Francia en 1871.

Quienes redactaron el tratado de paz plantearon la cuestión de manera diferente.

Dado que el grueso de los combates y la destrucción consecuencia de ellos se había producido fuera de Alemania, tanto en el tratado como en las negociaciones y debates posteriores se utilizó el término «reparaciones» para subrayar que, en lugar de una penalización por haber perdido una guerra, lo que Alemania iba a pagar eran los costos de reparar el daño que había causado.

No podemos repasar aquí la larga y compleja historia de las reparaciones de guerra, pero hemos de mencionar las consecuencias clave pues incidieron sobre los acontecimientos posteriores tanto dentro de Alemania como de los países vencedores.

Para evitar el pago de las reparaciones, en 1923 el gobierno alemán destruyó deliberadamente el valor de su moneda a través la inflación y en 1931-1932 viró hacia una deflación drástica.

El resultado en el ámbito internacional fue que Alemania pagó en realidad poquísimo y los vencedores tuvieron que asumir los costos de la reconstrucción, lo que, en consecuencia, los debilitó todavía más.

Sin embargo, dentro de Alemania el efecto fue una tremenda insatisfacción con el gobierno y una mayor disposición a apoyar el tipo de régimen abanderado por los nacionalsocialistas.

Alemania después de la primera guerra mundial y el ascenso de Hitler

En la confusa situación que se vivía dentro de Alemania tras una derrota que prácticamente nadie había previsto, varios grupos e individuos dieron un paso al frente para ofrecer explicaciones de lo que había ocurrido y presentar propuestas para un futuro diferente.

Buena parte del estamento militar y algunos líderes políticos sostenían que Alemania no había sido derrotada en el frente sino apuñalada por la espalda por los socialistas, los comunistas, los judíos y otros elementos supuestamente subversivos.

Siendo los beneficiarios de la derrota que habían causado, eran esos grupos los que ahora gobernaban el Estado.

Un nuevo sistema en el que no hubiera espacio para las diferencias internas (diferencias ejemplificadas en la existencia de múltiples partidos políticos) garantizaría la victoria en las guerras del futuro de un Estado dirigido por el único líder del único partido político.

El Partido Nacionalsocialista encabezado por Adolf Hitler fue consiguiendo cada vez más apoyos a través de este mensaje. Creyendo equivocadamente que era posible controlar ese movimiento, y previendo un resultado diferente en cualquier guerra que les deparara el futuro, los hombres que rodeaban a Paul von Hindenburg, el presidente electo de Alemania, le convencieron de nombrar a Hitler canciller a finales de enero de 1933.

En sus escritos y discursos Hitler se había aferrado a la leyenda de la puñalada por la espalda y había elogiado el sistema soviético y el fascismo italiano por permitir solo un único partido político.

Había insistido en que para Alemania el camino hacia el futuro residía NO en las guerras libradas para recuperar las áreas del territorio nacional perdidos en el tratado de paz (la estupidez defendida por lo que él denominaba Grenzpolitiker, los políticos de fronteras) sino en las guerras libradas para obtener el enorme Lebensraum, espacio vital, que reclamaba un Raumpolitiker, un político del espacio, como él mismo.

En apenas unos pocos meses de 1933, Hitler consolidó en Alemania la dictadura del único partido y, de forma simultánea, aceleró el rearme que el país venía llevando a cabo en secreto.

Pocos días después de haberse convertido en canciller, Hitler explicó a los mandos militares que el objetivo de esa medida era la conquista y germanización de un vasto espacio vital en Europa oriental.

Hitler daba por sentado que la aceleración sustancial del programa de rearme hasta entonces secreto sería suficiente para la primera de las guerras que tenía intención de emprender, a saber:

1 la guerra contra Checoslovaquia, con la que planeaba consolidar la posición de Alemania en Europa central y aumentar las divisiones del ejército que podía reclutar.

2 La siguiente guerra requeriría nuevas armas, en especial bombarderos en picado de uno y dos motores y tanques y buques de guerra más grandes, pues esa sería contra Francia y el Reino Unido, dos países que habían causado grandes dificultades a Alemania en el último conflicto. Luego vendría

3 la invasión de la Unión Soviética, para la que la derrota de las potencias occidentales era un prerrequisito obligatorio, pero para la que, según preveía Hitler, no sería necesario nuevo armamento. Desde su punto de vista, derrotar a ese país de eslavos inferiores no entrañaba dificultad alguna; en lo que en su opinión había sido un golpe de buena suerte para Alemania, la revolución bolchevique había privado a Rusia de la anterior élite gobernante, en gran parte germánica, y el país estaba ahora gobernado por, subrayaba, incompetentes. Una vez hubiera aplastado a los soviéticos, Alemania podría contar con las materias primas (en particular petróleo) que necesitaba para

4 la guerra que libraría a continuación contra Estados Unidos, un país que, si bien también era inferior desde un punto de vista racial, se encontraba muy lejos y poseía una fuerza naval importante. Por tanto, en 1937, cuando el diseño y la producción de las armas para la guerra contra Francia y el Reino Unido estaban ya en marcha, Hitler ordenó iniciar los planes para la construcción de los bombarderos intercontinentales y los superacorazados necesarios para la guerra contra Estados Unidos, pues previó con acierto que el desarrollo y producción de ese nuevo armamento tardaría años.

El mundo reacciona ante Hitler

A diferencia de Alemania, los demás países del mundo no estaban preparados para creer que, después de la experiencia de lo que entonces se conocía como la Gran Guerra, alguien pudiera pensar en serio en iniciar nuevas guerras que con toda probabilidad terminarían arrastrando a la mayor parte del planeta.

En las décadas de 1920 y 1930 se hicieron toda clase de esfuerzos para limitar y reducir los armamentos, y si bien estos no fueron muy eficaces, constituyen una demostración de lo que la mayoría de las principales potencias creían entonces necesario.

La retirada formal de Alemania de la Sociedad de las Naciones y la Conferencia de Desarme en 1933 no se interpretó como una señal de que estaba decidida a reiniciar el conflicto.

De forma similar, a la retirada de Japón de los acuerdos para limitar el poderío marítimo, la respuesta de Estados Unidos y en menor medida del Reino Unido consistió apenas en un rearme naval mínimo.

La invasión japonesa de Manchuria en 1931 y la reanudación de la guerra con China en 1937 se vieron con desaprobación, pero no hubo respuestas militares por parte de otros países.

A medida que Alemania fue rearmándose de forma más abierta en la década de 1930, el Congreso estadounidense promulgó las que se conocieron como «leyes de neutralidad».

Estas leyes quizás habrían conseguido mantener a Estados Unidos fuera de la guerra de 1914, pero su efecto en el contexto de la época fue aumentar la probabilidad de que se produjera un nuevo conflicto pues desalentaban los esfuerzos de Francia y el Reino Unido al tiempo que alentaban los de Alemania.

Los gobiernos francés y británico no estaban dispuestos a ir a la guerra para detener las violaciones patentes del tratado de paz llevadas a cabo por Alemania. Tras el enorme número de bajas de la Gran Guerra, la opinión pública de ambos países era renuente a embarcarse en un nuevo conflicto, una posibilidad que era vista con horror. El desarme del Reino Unido había sido amplio y los franceses habían iniciado la construcción de una gran línea de fortificaciones con la esperanza de disuadir o, en caso contrario, repeler cualquier nueva invasión alemana.

Uno de los generales alemanes capturados en Túnez en mayo de 1943 fue grabado en febrero de 1944 mientras decía a otros generales prisioneros que todos ellos saltarían al techo de alegría si Alemania conseguía asegurarse un nuevo Tratado de Versalles. Sin embargo, ese reconocimiento llegaba demasiado tarde, cuando hacía tiempo que los alemanes habían logrado convencer a muchas personas en los países vencedores de que se les permitiera incumplir, con mayor laxitud si cabe, los términos de ese tratado.

Con Alemania cada vez más alineada con Italia y Japón, el Reino Unido se sentía cada vez menos animado a enfrentarse al país.

Las amenazas al Imperio británico y la Mancomunidad de Naciones en todo el mundo invitaban a ser cautelosos en Europa, así como en el Mediterráneo y Asia oriental.

Al mismo tiempo, amargas divisiones internas debilitaron la posición de Francia, que se vio desprovista del respaldo que Estados Unidos y el Reino Unido le habían prometido a cambio de permitir que la Renania siguiera formando parte de Alemania.

En marzo de 1936, cuando los alemanes rompieron la otra parte de ese acuerdo y remilitarizaron la región, el gobierno francés decidió que pese a ello no respondería aún con una acción militar.

Los tratados que Francia había firmado con varios de los nuevos Estados de Europa oriental no se consideraban un sustituto eficaz de la alianza franco-rusa previa a la primera guerra mundial, y el tratado alcanzado con la Unión Soviética en 1935 no parecía muy útil cuando el líder comunista, Iósif Stalin, estaba llevando a cabo una purga masiva que dejaría decapitado al ejército y no existía frontera común entre Alemania y la Unión Soviética.

En marzo de 1938, cuando Hitler ordenó al ejército alemán entrar en Austria, ningún país estaba dispuesto a luchar por la independencia de un pueblo que, como mostraban las imágenes y los informes, se sentía encantado de perderla.

Los austríacos necesitarían ser alemanes durante siete años para descubrir que no eran alemanes en absoluto.

No obstante, la anexión de Austria tuvo varios efectos significativos de inmediato:

*El respaldo del que gozaba Hitler en Alemania creció aún más;

*el país adquirió activos económicos importantes, así como nuevas fronteras directas con Italia, Hungría y Yugoslavia;

*y la amenaza alemana aumentó enormemente sobre Checoslovaquia.

La crisis por Checoslovaquia

Hitler esperaba invadir Checoslovaquia en el otoño de 1938 y apoderarse de casi la totalidad del país, posiblemente dejando su provincia más oriental a Hungría y una pequeña zona a Polonia.

La geografía y la propaganda se encargarían de impedir la intervención foránea y mantener aislada esa guerra, la primera de las que planeaba emprender.

El aspecto geográfico resultaba claro viendo un mapa de Europa: con la excepción de una pequeña frontera con Rumanía, todos los países que rodeaban a Checoslovaquia eran enemigos suyos.

El aspecto propagandístico era la presencia dentro de Checoslovaquia de unos tres millones de alemanes, la mayoría de los cuales vivía en las zonas fronterizas de la región de Bohemia.

Si se conseguía concentrar la suficiente atención en el supuesto sufrimiento de esta minoría y se animaba a sus miembros a causar cierta cantidad de incidentes violentos, la invasión del país por parte de Alemania sería percibida como un castigo merecido en el que nadie pretendería interferir.

La campaña de propaganda alemana funcionó muy bien, aunque al final tuvo un efecto imprevisto:

*El gobierno británico instó a los dirigentes checoslovacos a hacer amplias concesiones a la minoría alemana al mismo tiempo que Hitler le decía a esta que no dejara de hacer exigencias.

**En julio de 1938, el gobierno francés informó en secreto a los checos de que Francia no podía permitirse ir a la guerra por la cuestión de la minoría alemana; y los dominios de Canadá, la Unión Sudafricana y Australia comunicaron a Londres advertencias similares.

***El primer ministro británico Neville Chamberlain, seguía abrigando la esperanza de que la guerra pudiera evitarse si Praga hacía ciertas concesiones; y aunque Winston Churchill criticó públicamente ese enfoque, de forma confidencial reconoció a las autoridades checoslovacas que, de estar él en el poder, hubiera tenido que adoptar la misma política.

****Cuando parecía que los alemanes estaban a punto de atacar, Chamberlain insistió en volar a Alemania. Hitler, que seguía empeñado en ir a la guerra, no podía negarse a recibir al primer ministro británico. Esperando que sus exigencias no fueran satisfechas, insistió en que Checoslovaquia entregara a Alemania las zonas fronterizas en las que vivía la minoría alemana y donde se encontraban las fortificaciones defensivas del país.

*****Para sorpresa y decepción del líder alemán, Chamberlain consiguió que Praga accediera a semejante petición y se lo comunicó en un segundo encuentro.

Sin embargo, cuando Hitler, que quería a toda costa evitar un acuerdo pacífico, planteó una nueva serie de exigencias, los gobiernos británico y francés entendieron que lo que Alemania buscaba era una excusa para ir a la guerra y movilizaron sus ejércitos para dejar claro que, si Alemania atacaba, ellos también lo harían.

En este contexto, e informado de que la opinión pública alemana seguía prefiriendo la paz, Hitler respondió a la mediación de Mussolini —cuyo país no estaba en condiciones de intervenir en un conflicto de grandes proporciones después de la guerra para conquistar Abisinia (Etiopía) y la ayuda que seguía ofreciendo al ejército nacionalista de Francisco Franco en la guerra civil española— y canceló la invasión de Checoslovaquia y accedió a un tercer encuentro en Múnich, donde se conformó con la que era su meta ostensible, no su meta real.

Alemania inicia la segunda guerra mundial

***El acuerdo de Múnich, según el cual el área fronteriza de Bohemia y su población predominantemente alemana pasaban a formar parte de Alemania, se suele considerar una rendición ante la agresión alemana.

Sin embargo, mientras a nivel mundial produjo un suspiro de alivio ante el hecho de que se había evitado un nuevo conflicto, ofendió terriblemente a Hitler, que llegó a considerar lo ocurrido como el peor error de su carrera.

***Con o sin razón, creía que ir a la guerra en ese momento habría sido mejor para Alemania, y en consecuencia no solo decidió que iría a la guerra al año siguiente, 1939, sino que lo haría de tal forma que nadie pudiera evitarlo con engaños (que es lo que él pensaba que Chamberlain había hecho en 1938).

Se apoderaría del resto de Checoslovaquia a la primera oportunidad, una que Alemania misma contribuiría a crear:

1 fomentaría la psicosis de guerra entre la opinión pública germana; y

2 a continuación lanzaría la guerra contra las potencias occidentales que, en su opinión, era un prerrequisito para la posterior invasión de la Unión Soviética.

***Para que Alemania pudiera concentrar sus fuerzas en el oeste sin correr riesgos, era necesario subordinar a los vecinos orientales del país.

En el invierno de 1938-1939 esa subordinación era un hecho en los casos de Hungría y Lituania, pero no en el de Polonia.

Los dirigentes de la recuperada Polonia estaban dispuestos a hacer concesiones a Alemania en una negociación seria.

Estaban preparados para facilitar el tránsito entre el territorio principal de Alemania y Prusia oriental e incluso a partir el territorio de la Ciudad libre de Dánzig de tal forma que la ciudad en sí pasara a manos alemanas, pero no iban a subordinar la totalidad del país a los dictados de Alemania.

Aunque eran conscientes de la debilidad del país, situado entre una Alemania hostil y una Unión Soviética igualmente hostil, estaban decididos a pelear antes que a renunciar a su independencia.

Esta posición de Polonia coincidió con un cambio en las políticas de Francia y el Reino Unido.

La evidente insatisfacción de Alemania con la anexión de parte de Checoslovaquia, en teoría, la última exigencia que tenía, llevó a París y a Londres a adoptar una nueva perspectiva.

En invierno los rumores acerca de un posible ataque alemán contra los Países Bajos, Rumanía y Polonia desencadenaron un cambio en el que ambos gobiernos llegaron a la conclusión de que si Alemania atacaba a cualquier país que optara por defenderse, ya fuera en Europa occidental o en Europa oriental, tendrían que acudir a ayudarle.

Este punto de vista se vio reforzado en marzo de 1939, cuando Alemania invadió la zona central y más importante de Checoslovaquia y quedó demostrado que la minoría alemana dentro del territorio checo no era lo que realmente preocupaba a Berlín.

Este paso fortaleció la voluntad de las dos potencias occidentales de prepararse para hacer frente a la próxima agresión alemana si la víctima decidía defenderse.

Adoptada esta resolución, el Reino Unido aprobó la primera política de reclutamiento en tiempos de paz de su historia.

Después de la segunda guerra mundial, los Aliados acordarían el traslado forzoso de la minoría alemana de Checoslovaquia a territorio alemán. Quienes en 1939 había gritado Heim ins Reich (el hogar en el Reich) verían entonces cumplido su deseo en una forma que no habían previsto.

&&&&& Aunque Hitler esperaba llevar a cabo una campaña aislada contra Polonia, el preámbulo necesario de la guerra contra Francia y el Reino Unido, estaba preparado para enfrentarse a estos tres países de manera simultánea y programó la invasión de Polonia para el otoño previendo que el invierno retrasaría cualquier represalia de envergadura desde el oeste.

Por otro lado, veía en la alianza pública con Italia y las negociaciones con Japón un modo de desalentar la intervención de ambas potencias occidentales.

Sin embargo, los enfrentamientos con el Ejército Rojo en la frontera entre el estado títere de Manchukuo y el estado cliente soviético de Mongolia (el llamado incidente de Nomonhan o batalla de Jalkin-Gol) hacían que los japoneses fueran reacios a comprometerse en ese momento.

Desde la perspectiva de Berlín la alternativa obvia a un acuerdo con Japón era un acuerdo con la Unión Soviética, que quería hacerse con una buena parte del territorio polaco y podía ayudar a Alemania a eludir cualquier bloqueo en caso de entrar en guerra con las potencias occidentales.

Las relaciones entre Alemania y la Unión Soviética habían sido buenas antes de la llegada de Hitler al poder, y desde entonces Stalin había intentado en repetidas ocasiones que volvieran a serlo, pero hasta el verano de 1938-1939 el líder alemán había rechazado tales esfuerzos pues la Unión Soviética no tenía fronteras en común ni con Austria ni con Checoslovaquia.

Ahora, sin embargo, la situación era diferente.

Así como Hitler creía en la inferioridad racial de los pueblos eslavos, a los que estaba convencido de que Alemania podría aplastar con facilidad en el momento oportuno, Stalin creía que el fascismo era una etapa del capitalismo, que a la Unión Soviética le convenía que los Estados capitalistas se pelearan entre sí y que el expansionismo agrario de las doctrinas nazis no era más que una fachada para los verdaderos objetivos de un régimen subordinado a los intereses económicos en búsqueda de mercados y beneficios.

Desoyendo la advertencia del presidente estadounidense Franklin Roosevelt de que una Alemania victoriosa en Europa occidental se volvería a continuación contra la Unión Soviética y Estados Unidos, Stalin utilizó las negociaciones para una alianza con el Reino Unido y Francia, anunciadas públicamente, para emprender negociaciones secretas con Alemania.

Dado que Hitler esperaba al final quedarse con todo lo que cediera a la Unión Soviética e incluso más una vez que Francia y el Reino Unido hubieran sido aplastados, estaba dispuesto a ofrecerle a Stalin lo que este quisiera.

En agosto de 1939, cuando el ministro de Exteriores alemán Joachim von Ribbentrop viajó a Moscú para firmar un pacto de no agresión y un protocolo secreto que dividía Europa oriental según lo acordado en los contactos diplomáticos, tenía autorización para ceder incluso más de lo que finalmente Stalin pidió.

Los acuerdos firmados en Moscú el 23 de agosto estuvieron precedidos por un tratado económico que garantizaba a Alemania un medio de romper cualquier bloqueo occidental, así como un socio para la destrucción de Polonia.

Cuando Hitler se enteró de que en Moscú se había llegado a un acuerdo, ordenó la invasión de Polonia.

Ante la advertencia de Chamberlain de que el Reino Unido cumpliría su compromiso con Polonia, pospuso la invasión unos cuantos días en un último esfuerzo por disuadir a Londres, pero finalmente lanzó el ataque.

Esta vez se había asegurado de que Alemania no pudiera verse atrapada en conversaciones de paz de cualquier tipo, como creía que había ocurrido en 1938.

De igual forma, a diferencia de lo sucedido con Checoslovaquia, con Polonia no había en marcha negociaciones pormenorizadas y las exigencias finales, supuestamente moderadas, que Alemania planteó al país solo se anunciaron para asegurarse el respaldo de la opinión pública alemana, pero incluso así se mantuvieron en secreto hasta que fue posible declarar que habían expirado.

Los embajadores alemanes en Varsovia, Londres y París fueron apartados de sus puestos en los días críticos por un líder alemán cuyo único temor, según confeso a los mandos militares, era que a última hora algún Saukerl (cerdo) pudiera proponer un arreglo.

La preocupación de Hitler era innecesaria.

El gobierno británico, que acababa de firmar una alianza formal con Polonia, lanzó un ultimátum a Alemania para que retirara las fuerzas invasoras y le declaró la guerra cuando, como se esperaba, esa retirada no se produjo.

Unas horas después Francia procedió de forma similar. Canadá, Australia y Nueva Zelanda declararon la guerra a Alemania, y lo mismo haría, tras un breve intervalo, la Unión Sudafricana.

En la India el gobierno colonial declaró la guerra mientras que Irlanda anunció que se mantendría neutral.

El Imperio colonial francés se vio automáticamente involucrado en el conflicto, y si bien Mussolini no estaba aún listo para sumarse al bando alemán, era evidente que se avecinaba una nueva guerra mundial.

2

EMPIEZA LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

LAS INVASIONES DE POLONIA

Tan pronto se dio cuenta de que no podría separar a las potencias occidentales de Polonia, Hitler ordenó iniciar la guerra pese a que su cronograma preveía un día más de negociaciones.

No hubo una declaración de guerra formal.

A primeras horas de la mañana del 1 de septiembre de 1939, los bombarderos alemanes llevaron a cabo un ataque terrorista contra la ciudad polaca de Wieluń, donde arrasaron el hospital y ametrallaron a los residentes causando la muerte de unos mil doscientos civiles.

Pronto otras ciudades polacas sufrieron ataques similares y, a la súplica del presidente Roosevelt de que se respetara la vida de la población civil, los alemanes respondieron lanzando una bomba en los terrenos de la embajada de Estados Unidos en Varsovia.

Debido a las discusiones de los años precedentes acerca de la responsabilidad de la guerra de 1914, en las que se prestaba mucha atención a la secuencia de las movilizaciones, el gobierno polaco se había abstenido de movilizar a sus tropas.

El plan contra la invasión, basado en la defensa de grandes zonas del país, dispersó demasiado a las fuerzas polacas, que fueron incapaces de detener el avance de los alemanes en los lugares en los que estos atacaron.

Con el respaldo del apoyo Aero táctico, las columnas de blindados penetraron con rapidez por varios puntos, y la infantería alemana avanzó a la par o inmediatamente detrás de los tanques.

En algunos puntos las unidades polacas lucharon lo bastante bien como para ralentizar el avance alemán, pero las columnas alemanas se encargaron de anular tales situaciones evitando a los defensores (Mapa 1)

Es necesario destacar varios aspectos de la ofensiva alemana en Polonia.

*Si bien la utilización en masa de blindados apoyados por la fuerza aérea contribuyó a la rapidez con que las tropas se abrieron paso y el avance en general, el desgaste que sufrió este equipo debido al terreno y las malas condiciones de las carreteras y los aeródromos fue considerable, un hecho que los jefes militares alemanes no tuvieron en cuenta al preparar la invasión de la Unión Soviética.

*Las fuerzas alemanas dependían enormemente de los caballos para toda clase de transporte, desde el acarreo de la artillería hasta el traslado de los heridos, algo que ocultaban las películas de propaganda de la época, las cuales, por el contrario, destacaban la motorización del ejército alemán mucho más allá de la realidad.

*Antes del ataque, se dio orden de matar al clero polaco y a la élite del país en general, pues el objetivo último era reemplazar a la totalidad de la población con colonos alemanes y, por tanto, había que eliminar tan rápido como fuera posible a los potenciales organizadores de la resistencia.

*De forma similar, las fuerzas armadas alemanas comenzaron su descenso hacia una participación cada vez mayor en lo que se convertiría en un genocidio matando a una vasta cantidad de civiles polacos y un número considerable de judíos. En la campaña de Polonia, hubo excepciones claras a esta práctica y algunos militares plantearon serias objeciones a ella.

Tales casos llamaron la atención de los dirigentes alemanes, lo que daría lugar a los enfoques nuevos y adicionales utilizados posteriormente.

*Desde los primeros días de la guerra, el gobierno alemán instó a la Unión Soviética a invadir Polonia oriental.

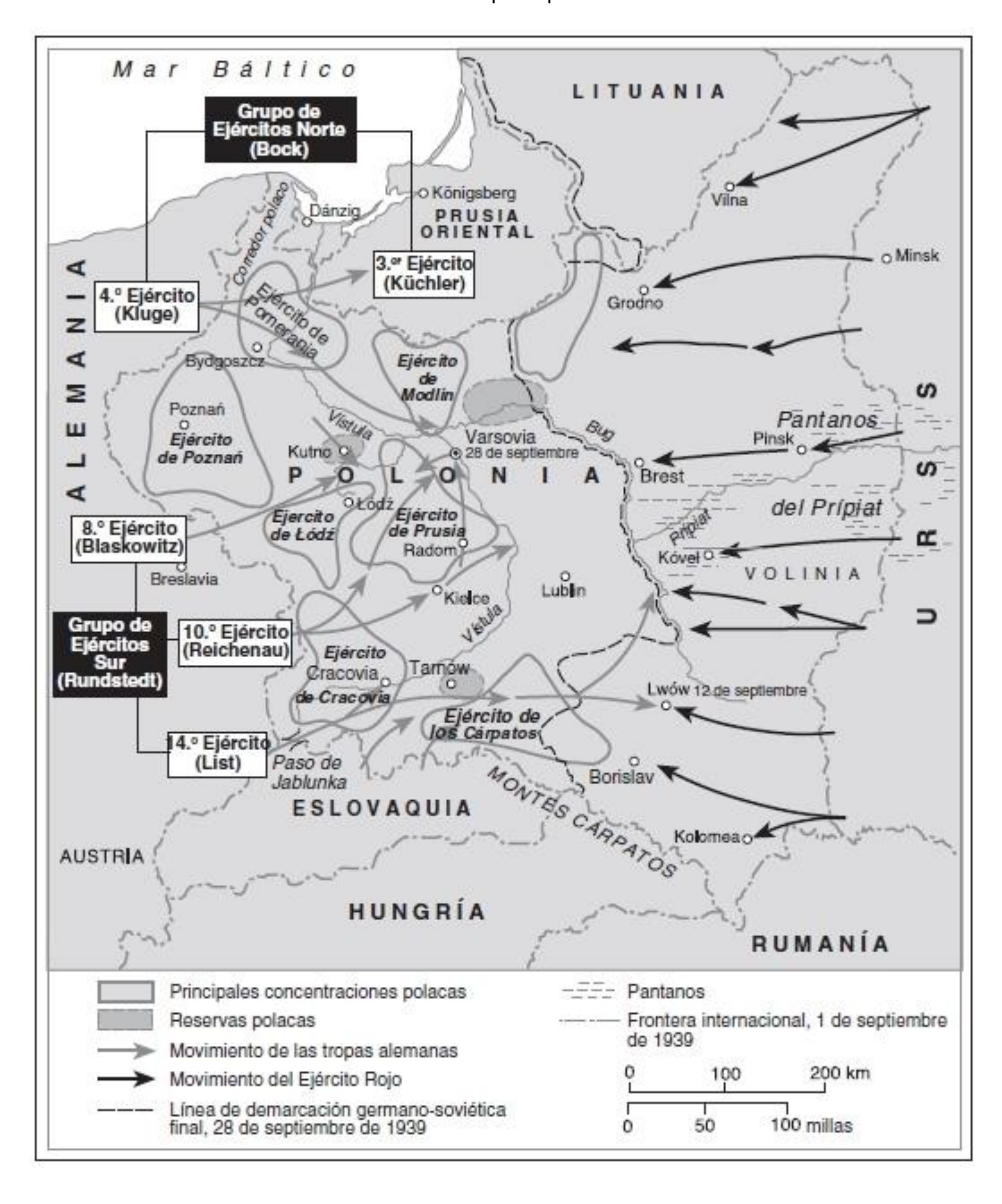
En un principio, Moscú se contuvo, en parte por razones políticas y en parte porque continuaba combatiendo contra las fuerzas japonesas en Nomonhan.

Sin embargo, tan pronto se alcanzó el acuerdo para poner fin a las hostilidades con los derrotados japoneses, el Ejército Rojo inició la ofensiva en Polonia oriental, precisamente el lugar en el que los polacos tenían la esperanza de resistir durante el invierno.

Aunque con esto el destino de la Polonia independiente quedó sellado, la participación del país en la guerra no terminó allí.

Con las ceremonias apropiadas, las tropas alemanas y soviéticas avanzaron hasta las fronteras estipuladas en el acuerdo secreto; y los soviéticos entregaron a los alemanes los prisioneros de guerra alemanes que habían liberado con mucha más diligencia y cuidado que los que emplearían para devolver a los prisioneros de guerra británicos y estadounidenses liberados en 1945.

1. La campaña polaca



*Sin embargo, varios buques de guerra polacos escaparon y se unieron a los Aliados, y también fueron muchos los soldados polacos que consiguieron huir. Algunos especialistas en espionaje lograron abrirse camino hasta Occidente y proporcionar a británicos y franceses, justo antes de la guerra, información crítica para el desciframiento de la máquina Enigma, el dispositivo de cifrado alemán. Un gobierno en el exilio se trasladó a Londres para representar los intereses polacos entre los Aliados y obtuvo el reconocimiento del Reino Unido, Estados Unidos y muchos otros países.

Una pequeña Fuerza Expedicionaria Británica (FEB) se sumó a las fuerzas francesas que habían sido movilizadas y posicionadas en las fortificaciones de la frontera; sin embargo, no hubo una ofensiva significativa para aliviar la presión de los alemanes sobre Polonia. Las escasas operaciones aéreas que se organizaron se limitaron estrictamente a atacar blancos militares y lo único que se lanzó sobre las ciudades alemanas fue una lluvia de volantes. Esto empezaría a cambiar en 1940, después de que la fuerza aérea alemana hubiera llevado a cabo su programa de ataques terroristas contra las ciudades del oeste.

Alemania se anexionó formalmente tanto la Ciudad libre de Dánzig como una parte considerable de Polonia.

Para germanizar estos territorios se expulsaría a una gran cantidad de polacos, que formaban la mayoría de la población, y a muchos judíos.

A los polacos se los conduciría a la parte central del antiguo país, que transformada ahora en una nueva unidad denominada «el Gobierno General» y sometida a un férreo control se convirtió en el vertedero de todos aquellos que iban siendo expulsados de sus hogares.

Por acuerdo con la Unión Soviética, la población de ascendencia y cultura germánicas de los Estados bálticos, y más tarde de las partes de Rumanía anexionadas por los soviéticos, fue trasladada a campos en Polonia bajo control alemán.

A muchas de estas personas se las instalaría luego en las casas de los polacos que habían sido expulsados; otras, en cambio, se pudrirían durante años en los campos.

Lo que resulta importante destacar aquí, y en el traslado simultáneo de muchos alemanes de la parte del Tirol del Sur entregada a Italia después de la guerra anterior, es la alternativa alemana al principio aplicado por los Aliados en 1919. En lugar de intentar adaptar las fronteras a la nacionalidad de la población, las fronteras se trazaban a conveniencia del vencedor y luego se adaptaba la población a la nueva realidad. Si bien los Aliados aplicarían este mismo procedimiento a los alemanes una vez terminada la guerra, ellos no adoptarían una política adicional implementada por los alemanes en las partes de Europa oriental que conquistaron. Denominada Heuaktion, «Operación Heno», implicó el secuestro de muchos miles de bebés y niños pequeños de aspecto «germánico» para darlos en adopción a familias alemanas.

La guerra en el mar

Los océanos, tanto en la superficie como debajo de ella, fueron un escenario en el que los combates entre Alemania y los Aliados empezaron en septiembre de 1939 y continuaron hasta la rendición alemana en mayo de 1945.

Antes del inicio de las hostilidades los alemanes habían repartido por el mundo algunos de sus buques de guerra y buques de guerra auxiliares (embarcaciones mercantes convertidas en barcos militares), y ahora estos comenzaron a atacar a los buques mercantes de los Aliados.

A esta flota se sumarían nuevas naves en los años posteriores.

Un episodio espectacular de este proceso fue la batalla entre el acorazado de bolsillo alemán Graf Spee y tres cruceros británicos frente a las costas de Argentina y Uruguay en diciembre de 1939, en la que los cruceros resultaron dañados mientras que el Graf Spee consiguió escabullirse.

Los submarinos alemanes empezaron a hundir una cantidad de barcos considerable, una campaña que tuvo un inicio espectacular con el hundimiento del buque de pasajeros Athenia el 3 de septiembre de 1939.

Los británicos recurrieron a un sistema de convoyes con más rapidez que en el anterior conflicto, pero a partir de entonces la suerte de la «batalla del Atlántico», como se la conocería, osciló constantemente.

De parte de los británicos, el desciframiento del código naval alemán resultó en ocasiones útil para dirigir las embarcaciones y los convoyes lejos de las posiciones de los submarinos alemanes.

Estos con frecuencia se organizaban en grupos que informaban y recibían instrucciones por radio de sus cuarteles generales en tierra.

Al divisar un convoy, el submarino principal llamaba a los demás miembros del grupo para organizar un ataque combinado.

Esos mensajes de radio podían ser interceptados, pero por supuesto también podían serlo los mensajes navales que enviaban y recibían los convoyes británicos.

Quizá lo mejor sea generalizar y decir que hasta 1943 la capacidad de desciframiento de los alemanes estuvo en ocasiones por delante de la de los británicos, mientras que a partir de ese año los británicos, con la ayuda de los estadounidenses, se pusieron por delante de los alemanes hasta el final de la guerra.

El desarrollo de un radiogoniómetro de corto alcance, conocido como «Huff-Duff», fue otra importante contribución a la campaña de defensa del transporte marítimo de los Aliados, que se benefició también de la participación cada vez mayor de la armada canadiense y, más tarde, los portaviones escolta proporcionados por Estados Unidos.

Los aviones de largo alcance y, en menor medida, los dirigibles asignados a esta tarea desempeñaron una función significativa en el esfuerzo aliado.

La campaña naval alemana contó con otras dos formas de apoyo dignas de mención.

*En ocasiones los aviones de largo alcance sirvieron para encontrar buques y convoyes que los submarinos tenían dificultades para localizar.

Estos aviones también atacaban las embarcaciones, ya fueran barcos mercantes o buques escolta.

**La otra forma de ayuda fue la procedente, en los primeros años de la guerra, de la Unión Soviética.

Así como Stalin no se dio cuenta de que, al ayudar a los alemanes a expulsar a los Aliados del continente, primero en el norte, luego en el oeste y posteriormente en el sur, se quedaría solo ante los alemanes en el este, tampoco fue capaz de prever que las naves aliadas que los alemanes hundían con la ayuda de los soviéticos no emergerían del fondo del mar para llevar provisiones a la Unión Soviética una vez que Alemania decidiera atacarla.

En su momento, a cambio de algún equipo naval y de un crucero sin terminar, el líder soviético permitió que los alemanes utilizaran el puerto de Múrmansk para sus actividades, proporcionó a la armada alemana una base en el océano Ártico al oeste de Múrmansk y autorizó que un crucero auxiliar alemán empleara la ruta marítima del norte, que recorre las costas de Siberia, para llegar al océano Pacífico y hundir barcos aliados allí.

Más importante aún para el esfuerzo bélico alemán fue la provisión de grandes cantidades de suministros claves como petróleo y metales no ferrosos y el transporte por tren de caucho y otros materiales esenciales desde Asia oriental, una colaboración que solo terminaría cuando Alemania lanzara la invasión de la Unión Soviética.

Si bien es probable que el apoyo proporcionado por los soviéticos a la campaña naval alemana contribuyera a las objeciones que el oficial al mando de la armada, el almirante Raeder, plantearía posteriormente al ataque contra la Unión Soviética, hubo otras dos medidas para la guerra marítima que sí respaldó ante Adolf Hitler durante el invierno de 1939-1940.

1) A partir de octubre de 1939, defendió el hundimiento sistemático de los buques estadounidenses. Compartiendo la creencia general de los dirigentes alemanes de que Estados Unidos había desempeñado un papel irrelevante en la última guerra, estaba preparado para reanudar las hostilidades con ese país si eso simplificaba la situación de los submarinos alemanes, que en tal caso tendrían autorización para hundir sencillamente cualquier barco que encontraran.

Por el momento, sin embargo, Hitler no le permitió hacerlo. Hasta que Alemania no hubiera construido una armada capaz de lidiar con la marina de Estados Unidos o contara con un aliado que poseyera una fuerza semejante, prefería no animar a los estadounidenses a utilizar su potencial militar.

En el verano de 1940, el primer paso de Hitler tras la victoria en el oeste sería ordenar que se reanudara la construcción de la armada de alta mar para la guerra contra Estados Unidos, pero entre tanto prefería dejar en paz a los estadounidenses.

2) La otra medida que el almirante Raeder impulsó fue la ocupación de Noruega, y la captura de Dinamarca para facilitar las comunicaciones y proporcionar a la armada alemana un mejor acceso al Atlántico.

La invasión alemana de Dinamarca y Noruega

La captura de bases en Noruega para la guerra contra el Reino Unido había interesado a la armada alemana en la primera guerra mundial y continuó siendo una de las prioridades en los años de entreguerras.

Hitler mismo consideraba que este era un paso crucial en la lucha contra los británicos.

Una ventaja adicional de ocupar Noruega era que el control de las aguas frente a la costa de ese país garantizaba la seguridad de las remesas de hierro procedentes de Suecia en el invierno, cuando buena parte del mar Báltico se congelaba (Alemania dependía de las importaciones de hierro sueco, que representaba el 40 por 100 de sus necesidades del mineral).

Hitler autorizó los preparativos para la operación y mantuvo su decisión incluso cuando algunos miembros del alto mando de la armada manifestaron dudas al respecto.

Desde el principio se dio por sentado que Noruega se convertiría en parte permanente de Alemania, cuya armada tendría una importante base naval en Trondheim, a la que se transformaría en una ciudad alemana y se conectaría con la Alemania continental mediante una superautopista.

Hitler habría preferido mucho más atacar en el oeste a través de los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo a finales del otoño de 1939, pero una combinación de dificultades técnicas tras la campaña de Polonia, ciertas objeciones dentro del ejército y, principalmente, problemas con el clima causaron una serie de aplazamientos.

Para respaldar el avance de las fuerzas alemanas contra cualquier clase de resistencia que pudieran ofrecer tanto los países neutrales invadidos como los Aliados, se esperaba que la fuerza aérea proporcionara un amplio apoyo táctico y, de hecho, había sido concebida principalmente para cumplir con esa función. Por tanto, los períodos de mal tiempo en el invierno fueron una causa significativa de los aplazamientos que conducirían a los alemanes a atacar en el norte antes que en el oeste.

La contienda del invierno de 1939-1940 que más atrajo la atención de los contemporáneos fue la que involucró a la Unión Soviética y Finlandia.

Inmediatamente después de derrotar a Polonia en conjunción con los alemanes, la Unión Soviética obligó a tres Estados del mar Báltico, Estonia, Letonia y Lituania, a permitirle estacionar fuerzas en ellos.

De forma simultánea, ciertas exigencias territoriales y de otro tipo planteadas a Finlandia condujeron a unas negociaciones a las que los soviéticos pusieron fin atacando al país el 30 de noviembre.

Este era un paso que Moscú había considerado con antelación, e incluso se había creado un gobierno títere para el país, que, se daba por hecho, sería conquistado con rapidez.

No obstante, la realidad se reveló diferente a las expectativas de los soviéticos. Si bien en la parte más septentrional del frente el Ejército Rojo ocupó la costa finlandesa sobre el océano Ártico, tanto en la parte meridional como en la central se topó con una resistencia tenaz y sufrió algunas derrotas locales.

En febrero de 1940 un refuerzo masivo permitió a los soviéticos obligar a retroceder a los finlandeses en la parte meridional del frente, un punto crítico.

Con mediación de los suecos, las negociaciones de paz terminaron la confrontación en marzo.

Finlandia se vio obligada a ceder territorio a la Unión Soviética en las partes meridional y central de la frontera y a aceptar una base naval soviética en el suroeste; los soviéticos, por su parte, tuvieron que retirarse del territorio que habían ocupado en el norte.

El gobierno títere se disolvió y nunca llegó a instalarse en el territorio arrebatado a Finlandia.

La Unión Soviética fue expulsada de la Sociedad de las Naciones y el conjunto de los acontecimientos sin duda la desacreditó mucho en el ámbito internacional.

Los alemanes interpretaron el pobre desempeño del Ejército Rojo en las primeras fases del conflicto como una confirmación de su idea de que era una fuerza por completo incompetente y no prestaron atención al hecho de que sus miembros con frecuencia habían continuado luchando con determinación en las circunstancias más adversas.

La posibilidad de que los británicos pudieran aprovechar el apoyo a los finlandeses como excusa para ocupar Noruega reforzó el respaldo de Hitler a los argumentos del almirante Raeder sobre la necesidad de que Alemania invadiera ese país.

El plan alemán para la invasión de Dinamarca y Noruega era al mismo tiempo sencillo y complicado.

*Era sencillo en el sentido de que no preveía una declaración de guerra: se lanzaría un ataque sorpresa contra dos países neutrales, ninguno de los cuales había participado en la guerra precedente.

En Noruega, los buques de guerra y de transporte de tropas llevarían a los soldados que, junto con algunos paracaidistas, se encargarían de tomar con rapidez ciertos puntos claves; en Dinamarca, en cambio, un buque con soldados sencillamente entraría al puerto de Copenhague, la capital del país. Se pediría a los gobiernos danés y noruego que se rindieran; si se negaban a hacerlo, se los aplastaría en combate.

**La parte complicada del plan estaba relacionada con la invasión de Noruega.

La longitud de la costa del país implicaba necesariamente que los asaltos tendrían lugar a considerable distancia el uno del otro. Eso planteaba dos problemas.

*En primer lugar, Alemania necesitaría la casi totalidad de su fuerza naval de superficie para transportar y escoltar a las tropas hasta sus destinos, lo que la expondría a la armada británica, que era de esperarse que hiciera cuanto pudiera para obstaculizar las operaciones.

**En segundo lugar, el puerto de Narvik era especialmente importante porque allí era donde terminaba el ferrocarril procedente de las minas de hierro suecas, pero, al mismo tiempo, era el lugar más alejado de las bases alemanas (Mapa 2).

*Respecto al primer problema, la armada alemana sencillamente tendría que correr el riesgo de entrar en batalla con la marina británica, lo que al final se traduciría en pérdidas mucho mayores de lo previsto.

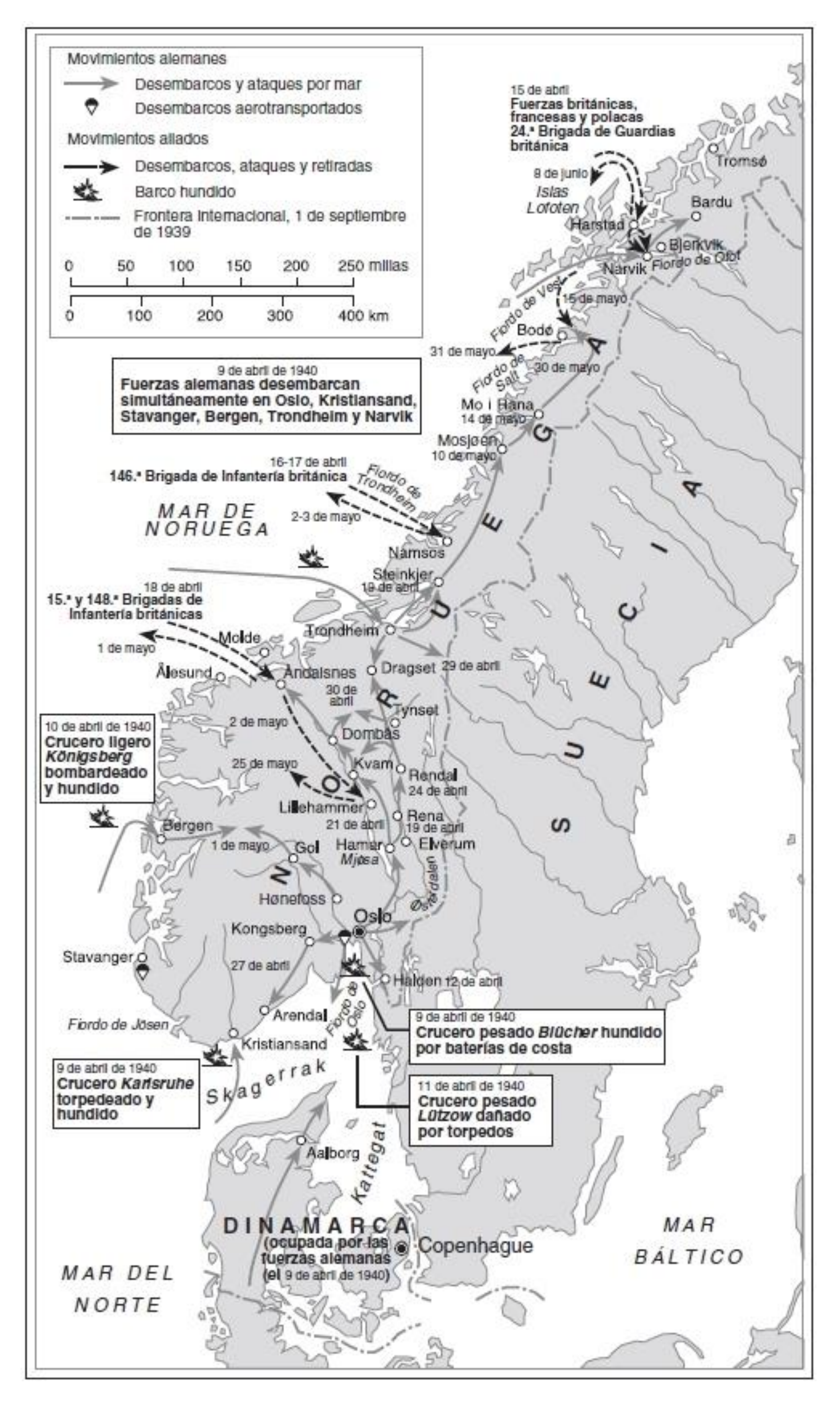
**Respecto al segundo, se esperaba que dos factores facilitaran la labor de las fuerzas alemanas.

1)En Narvik había un oficial noruego que ocupaba una importante posición y que simpatizaba con los alemanes; se esperaba que este oficial, un seguidor del traidor Vidkun Quisling, ayudara a la fuerza alemana a desembarcar en la ciudad.

2)Además, la base proporcionada por los soviéticos en la costa del océano Ártico dotaba a los alemanes de un puerto desde el cual los buques de suministros y otros barcos de apoyo podían llegar a Narvik desde la dirección opuesta sin interferencia de la armada británica.

Los barcos que transportaban las fuerzas de ataque y los buques escoltas partieron de los puertos alemanes a principios de abril al tiempo que oficiales alemanes, vestidos de civil, viajaban a Copenhague y Oslo para transmitir las exigencias de rendición. Los daneses se rindieron de inmediato, pero el gobierno noruego no. La asociación con Quisling ayudó a los alemanes en Narvik, pero el ataque puso a la mayoría de los noruegos en contra de Alemania.

2. La campaña noruega



El nuevo crucero pesado *Blücher* fue hundido mientras navegaba por el fiordo de Oslo rumbo a la capital noruega, que el gobierno abandonaría para trasladarse más tarde a Inglaterra.

Las fuerzas alemanas desembarcaron con éxito en Trondheim, una posición clave, y capturaron aeródromos tanto en esa ciudad como en otros lugares del país.

No obstante, las tropas que desembarcaron en Narvik se vieron en problemas cuando la armada británica consiguió inmovilizar a los diez destructores que las habían transportado hasta allí.

Los Aliados desembarcaron y tomaron la ciudad, pero tendrían que evacuarla en mayo de 1940 después de que los alemanes atacaran Europa occidental.

Soldados británicos, franceses y polacos desembarcaron en dos puntos no lejos de Trondheim, sin embargo, carecían tanto de apoyo aéreo como de un buen mando.

El control del aire por parte de los alemanes y la desorganización general de los Aliados resultaron decisivos en los combates que tuvieron lugar en el sur del país.

Aunque la conquista alemana de Noruega terminó con la instalación en Londres de otro gobierno en el exilio, la campaña tuvo importantes aspectos positivos para los Aliados.

Durante la campaña noruega, la armada británica perdió un portaviones y varios buques de guerra más pequeños; sin embargo, fue la marina alemana la que sufrió las peores pérdidas.

Durante la campaña noruega, la armada británica perdió un portaviones y varios buques de guerra más pequeños; sin embargo, fue la marina alemana la que sufrió las peores pérdidas.

Los acorazados *Scharnhorst* y *Gneisenau* resultaron gravemente dañados por los torpedos, y además del *Blücher* varios otros cruceros fueron hundidos o sufrieron daños; el 1 de julio de 1940 los únicos buques de guerra de tamaño considerable con los que podía contar la armada alemana eran dos cruceros ligeros, un crucero pesado y cuatro destructores.

Muchos de los barcos dañados serían luego reparados, pero en el período crítico del verano de 1940 la fuerza naval alemana carecía del poderío necesario para apoyar la invasión de Inglaterra.

Con todo, la conquista de Noruega contribuyó al esfuerzo bélico alemán en varios sentidos.

*Alemania contaba ahora con bases navales que tenían acceso directo al océano Atlántico.

**Además, cuando emprendiera la invasión de la Unión Soviética, tendría una base desde la cual lanzar el ataque contra la base naval de Múrmansk e instalaciones excelentes para obstaculizar por tierra y por mar los esfuerzos británicos, y más tarde también estadounidenses, de enviar barcos con ayuda a la Unión Soviética a través de la ruta marítima del norte.

***Finalmente, el control de Noruega hizo que resultara fácil coaccionar a Suecia para que contribuyera todavía más al esfuerzo bélico; además de tener que enviar hierro a Alemania en buques con su bandera, los suecos tuvieron que permitir que los alemanes utilizaran su sistema ferroviario para el transporte de tropas y suministros.

Los alemanes se abstuvieron de invadir el país por temor a que los suecos dinamitaran las minas de hierro, pero daban por sentado que tras ganar la guerra conquistarlo sería sencillo. De hecho, durante el conflicto elaboraron los planes para esa conquista, si bien nunca llegaron a implementarse debido a la necesidad de mantener a las tropas en Noruega listas para hacer frente a la invasión aliada que los alemanes estuvieron esperando allí el resto de la guerra.

En el momento de la ocupación de Dinamarca y la conquista de Noruega, los alemanes no prestaron mucha atención, si es que le dieron alguna, a dos territorios vinculados a Dinamarca: Islandia y Groenlandia.

Los británicos, en cambio, procedieron a ocupar Islandia y el presidente Roosevelt declaró que Groenlandia se encontraba en el hemisferio occidental y por ende estaba cubierta por la Doctrina Monroe.

Aunque estas medidas ayudarían a los Aliados en la batalla del Atlántico en los siguientes años, el hecho es que en 1940 los alemanes sencillamente no tenían los recursos navales necesarios para plantearse la captura de esos territorios, que luego serían tan importantes en el desarrollo del conflicto.

La derrota de los Aliados en Noruega tuvo como consecuencia directa la renuncia de Neville Chamberlain como primer ministro del Reino Unido.

En el Partido Conservador, entonces en el gobierno, el candidato preferido para asumir el cargo era lord Halifax.

Sin embargo, él no creía que en tiempos de guerra fuera factible liderar un gobierno desde la Cámara de los Lores y, por ende, rechazó el nombramiento.

Fue así como Winston Churchill se convirtió en primer ministro, a pesar de que, como primer lord del Almirantazgo, tenía buena parte de la responsabilidad en el mal manejo de la campaña noruega.

El nuevo gobierno, que se posesionó el 10 de mayo, el día que los alemanes lanzaron su ofensiva en el oeste, era una coalición de los partidos Conservador, Laborista y Liberal. Con muy pocos cambios individuales, esa coalición dirigiría el gobierno británico durante la mayor parte del resto de la guerra.

Una faceta adicional del invierno de 1939-1940 merece ser mencionada porque tuvo grandes repercusiones en acontecimientos posteriores.

En este período hubo diversos contactos diplomáticos secretos entre ciertos elementos en Alemania y el gobierno británico acerca de la posibilidad de ofrecer un acuerdo de paz justo a Alemania si quienes se oponían al régimen hitleriano dentro del país conseguían derrocarlo.

Al respecto los gobiernos británico y francés estaban unidos: Alemania podía tener la paz, pero para ello Checoslovaquia y Polonia habían de recuperar su independencia.

Fueran cuales fueran las diferencias visibles entre los alemanes involucrados en estas negociaciones y el régimen de Hitler, hubo dos cuestiones de suprema importancia para los Aliados.

*La primera y más obvia fue que no hubo ningún intento de derrocar al gobierno de Hitler (y no lo habría hasta julio de 1944).

**La otra, el hecho de que algunos de los militares que supuestamente estaban dispuestos a participar en un golpe contra Hitler habían, no obstante, estado involucrados en el planeamiento y la realización de una serie de invasiones contra países neutrales; es posible que esto no se percibiera como un demérito obvio dentro de Alemania, pero tuvo un impacto significativo en la forma de pensar del gobierno británico acerca de ese país.

Estas dos observaciones acabaron con cualquier credibilidad que los negociadores aliados hubieran concedido a los opositores internos del régimen nazi.

La conclusión que sacaron el nuevo primer ministro (que conoció y aprobó los contactos iniciales) y otros miembros del gobierno británico fue que no debía haber nuevas negociaciones hasta que no hubiera de verdad un golpe. Si el golpe se producía, decidirían entonces cuál era la mejor política a seguir.

3

LA GUERRA EN EL OESTE

PLANES DE GUERRA

En un principio Hitler abrigaba la esperanza de atacar en el oeste a finales del otoño de 1939.

Los aplazamientos de la primavera de 1940 tuvieron tres grandes efectos sobre esa ofensiva.

*En primer lugar, crearon la posibilidad de utilizar el tiempo adicional para corregir algunos de los problemas detectados en la campaña contra Polonia, que fue precisamente lo que hicieron los alemanes; los franceses y los ingleses, en cambio, no sacaron ninguna lección de lo ocurrido.

**En segundo lugar, las repetidas advertencias sobre la ofensiva que estaba por producirse hechas por alemanes opuestos al régimen de Hitler, en especial el coronel Hans Oster, de la sección de inteligencia del Alto Mando de las Fuerzas Armadas (OKW, por sus siglas en alemán), tuvieron el efecto imprevisto de que la última advertencia, esta vez exacta, fuera básicamente desatendida.

***En tercer lugar, los alemanes emplearon el intervalo temporal para realizar una gran reorientación del plan de la ofensiva que interactuó de manera fatídica con los planes de los franceses y los británicos para hacer frente a cualquier ataque alemán.

Ya en mayo de 1938, Hitler había dicho a sus consejeros militares que lanzaría la ofensiva en el oeste a través de los Países Bajos.

El plan original para el ataque de 1939 estipulaba que. a diferencia de 1914, cuando los alemanes invadieron solo Bélgica y Luxemburgo, esta vez también invadirían Holanda.

Habría un flanco derecho fuerte, pero el objetivo principal de este sería capturar los puertos y las bases para la futura guerra contra el Reino Unido, no tanto el cerco de las fuerzas francesas, una de las características claves del plan de 1914.

Dado que los gobiernos holandés y belga se negaban a coordinar sus esfuerzos defensivos con los franceses y los británicos por temor a provocar a Alemania, los Aliados decidieron que cualquier movimiento para ayudar a esos países tendría que producirse después de que hubieran sido atacados.

Basándose en documentos que contenían fragmentos del orden de ataque alemán obtenidos tras el accidente de un avión militar en Bélgica, los Aliados dieron por hecho que los alemanes avanzarían según su intención original.

Sin embargo, la negativa de Bélgica y Holanda a coordinar la estrategia implicaba que tenían que movilizar a la mayoría de sus unidades motorizadas si querían detener a los alemanes antes de que penetraran en Francia.

Además, con la idea de mantener a los alemanes tan lejos de Francia como fuera posible, el comandante en jefe de las fuerzas francesas, el general Maurice Gamelin, decidió que era necesario trasladar a Holanda el flanco izquierdo de las fuerzas enviadas a socorrer a los neutrales atacados, al 7.º Ejército, la principal de sus reservas.

Como si eso no despojara suficientemente a Francia de unidades a las cuales recurrir en caso de emergencia, Gamelin asignó también la mitad de todas las fuerzas francesas a la Línea Maginot, el sistema de defensas fijas a lo largo de la frontera con Alemania construido durante los años precedentes.

Sin embargo, durante el intervalo creado por los aplazamientos, los alemanes cambiaron sus planes.

En lugar de dotar a la fuerza invasora de un flanco derecho fuerte, decidieron atacar a través de las Ardenas y dirigirse hacia el canal de la Mancha, cortando en el proceso cualquier avance de las fuerzas francesas y británicas que acudieran a ayudar a los holandeses y los belgas.

A los gobiernos de estos dos países se los forzaría a rendirse incondicionalmente mediante una combinación de trucos: los paracaidistas tomarían puntos clave antes de que estos pudieran ser defendidos de forma adecuada; soldados alemanes con uniformes holandeses se encargarían de confundir cualquier defensa que las fuerzas locales consiguieran montar; y con el fin de desmoralizar tanto a la población como a los militares se sometería las ciudades a un bombardeo intenso y se dispararía indiscriminadamente contra los civiles.

LA VICTORIA EN EL OESTE

Las fuerzas alemanas atacaron el 10 de mayo, tomaron fortificaciones belgas claves mediante unidades de paracaidistas y concentraron las unidades blindadas y la infantería motorizada para penetrar a través de las Ardenas y cruzar sin tardanza el río Mosa, lo que ya habían conseguido hacer para el 13 de mayo.

Una combinación de tanques e infantería motorizada se abrió paso hasta el canal de la Mancha, a donde llegaron durante la noche del 20 al 21 de mayo (Mapas 3a y b).

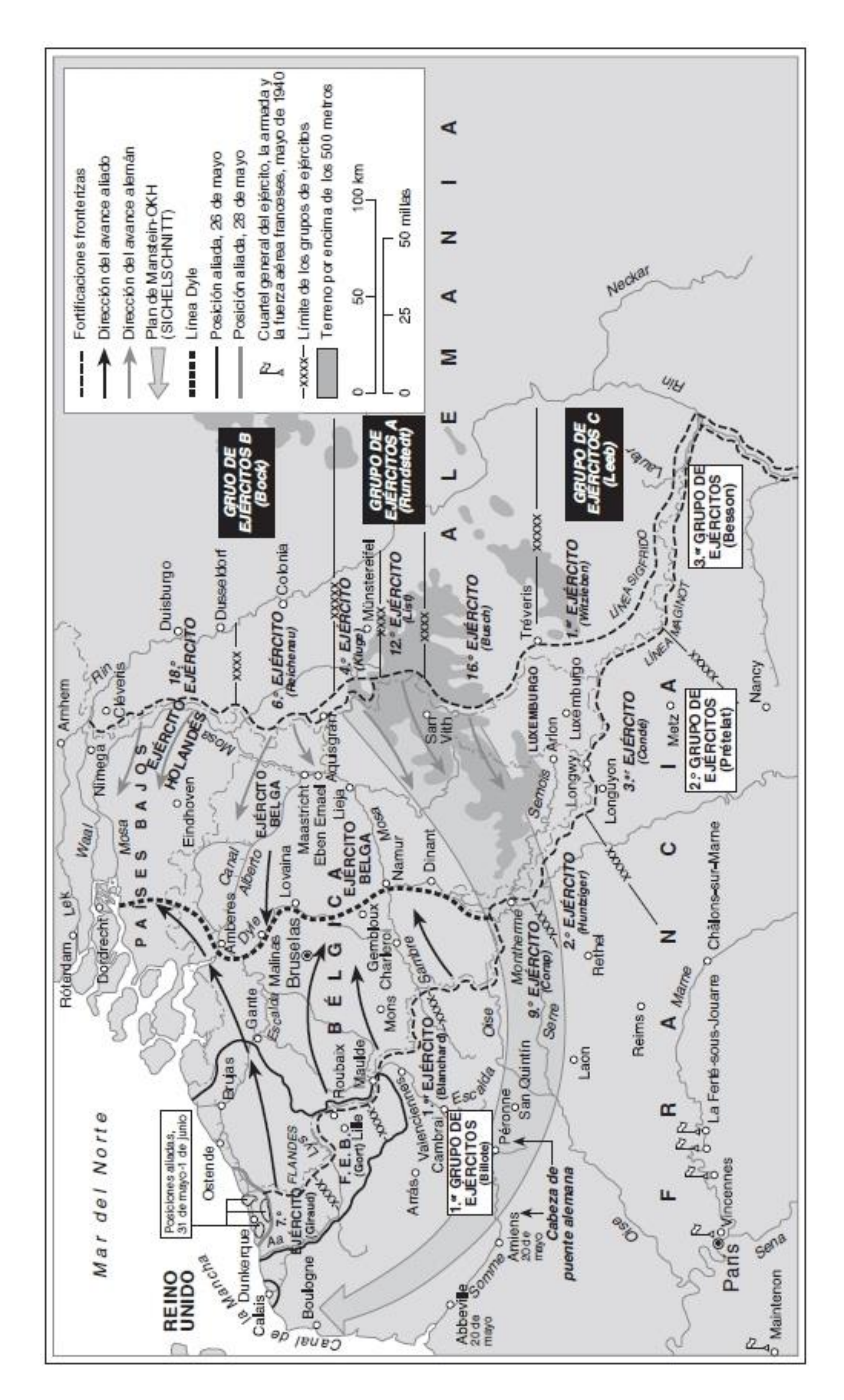
Para entonces los holandeses se habían rendido incondicionalmente, su gobierno se había trasladado a Londres y gran parte de la ciudad de Róterdam había sido arrasada por las bombas alemanas.

Este fue el acontecimiento clave que llevó a los británicos a levantar las restricciones impuestas a la fuerza aérea y autorizar el bombardeo de las ciudades alemanas.

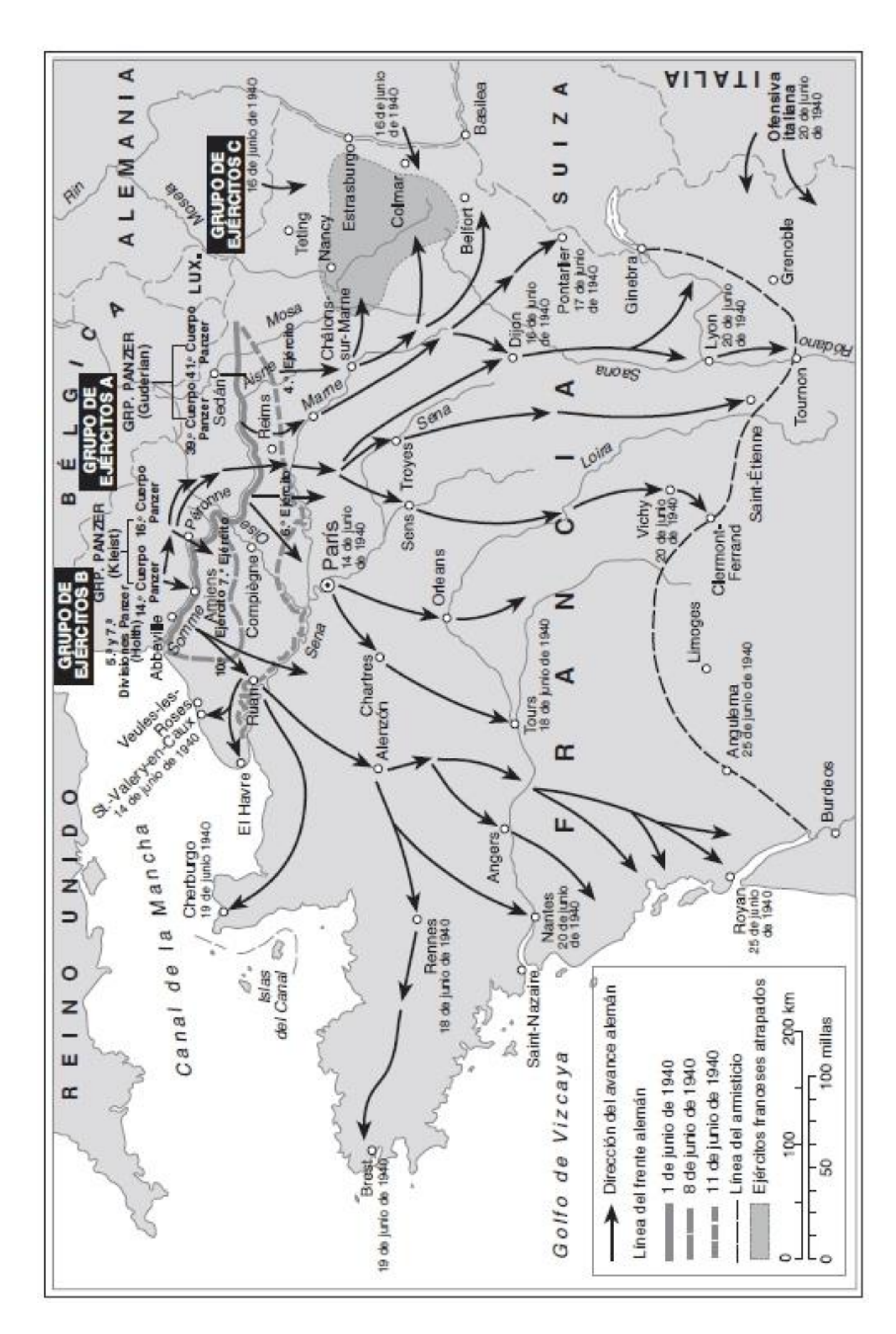
Los esfuerzos de los Aliados para contrarrestar el avance alemán habían fracasado, en gran medida debido a la errada distribución de las fuerzas francesas y la irremediable desorganización de la estructura de mando tanto entre los Aliados occidentales como dentro del ejército francés.

A pesar de haber movilizado un número considerable de fuerzas y de que muchas de ellas combatieron con eficacia, Bélgica también se rindió incondicionalmente el 28 de mayo.

Esto debilitó todavía más a las fuerzas aliadas que habían acudido en su ayuda y quedaron aisladas debido al avance alemán hacia el canal de la Mancha.



3a. La caída de Francia



3b. La caída de Francia

La caída de Francia

El mando francés intentó crear un nuevo frente a través del norte del país, por debajo del avance alemán.

Muy preocupado por la posibilidad de que, como ocurriera en la primera guerra mundial, esto condujera a una guerra posicional a lo largo de un frente de centenares de kilómetros, el general von Rundstedt, el oficial al mando del grupo de ejércitos que había penetrado desde las Ardenas, detuvo el 24 de mayo el avance de las unidades blindadas hacia los puertos que aún estaban bajo control de los británicos y franceses con el fin de refrescarlas y repararlas con miras a la ofensiva hacia el sur, a través de cualquier nuevo frente defensivo que pudieran organizar los franceses, una decisión con la que Hitler estuvo de acuerdo.

El dictador alemán confiaba en la promesa de Hermann Göring, el jefe de la fuerza aérea, de que la Luftwaffe, que hasta entonces había hecho mucho para apoyar el avance, estaba en condiciones de destruir las unidades aliadas que habían quedado aisladas.

Un combate defensivo eficaz, el despliegue en masa de toda clase de buques y los vuelos de la fuerza aérea británica desde sus bases en Gran Bretaña, combinados con el alto temporal de los blindados alemanes, hicieron posible la evacuación de más de doscientos mil soldados británicos y más de cien mil franceses en las playas de Dunkerque. Aunque se tuvo que abandonar gran cantidad de equipo y material militar, una parte clave del ejército británico sobrevivió.

El nuevo jefe de las fuerzas francesas, el general Maxime Weygand, intentó organizar una nueva línea de defensa con la esperanza de que los soldados evacuados en el norte la reforzaran una vez se hubieran vuelto a equipar y organizar en Inglaterra.

Sin embargo, el 5 de junio, bastante antes de que eso pudiera ocurrir, los alemanes atacaron la línea.

Después de unos cuantos días de duros enfrentamientos, los alemanes penetraron, ocuparon París el 14 de junio y siguieron adelante a pesar de que algunas unidades francesas lucharon con valor.

En esos días, las unidades del ejército alemán empezaron a masacrar a los soldados franceses oriundos de las colonias africanas que se habían rendido, un paso más en el descenso de las fuerzas armadas del fango de la invasión de Polonia a las cloacas de campañas posteriores.

En el contexto de lo que visiblemente fue una victoria rápida de Alemania en el oeste, los gobiernos de todo el mundo tuvieron que tomar nuevas decisiones.

Benito Mussolini consideró que era el momento de unirse a Alemania en la guerra contra Francia y el Reino Unido si Italia quería obtener parte del botín que, imaginaba, estaba prácticamente ganado.

Aunque el país no estaba preparado para un conflicto de envergadura, el dictador declaró la guerra a quienes habían sido los aliados de Italia en la primera guerra mundial, organizó un pequeño ataque contra los franceses en los Alpes e inició mínimamente campañas en el norte y el nororiente de África.

Francisco Franco, que en abril de 1939 había completado la conquista de España, también contempló la posibilidad de sumarse al bando alemán, pero quería asegurarse de lo que España ganaría antes, no después de unirse a las hostilidades. Aunque Franco ayudaría a Alemania de muchas formas, ni entonces ni después consiguió de Hitler una garantía absoluta de que obtendría el control total de las áreas que quería, de modo que España se mantuvo nominalmente neutral.

La Unión Soviética se había mostrado dispuesta a apoyar la ocupación alemana de Noruega y siguió con entusiasmo la ofensiva alemana en el oeste.

Ante el sorprendente éxito de esa campaña, el régimen de Moscú decidió que era el momento de cosechar los beneficios de su acuerdo con Alemania.

Ocupó y se anexionó los tres Estados bálticos, de los que se permitió salir a la población de origen germánico.

Los soviéticos renovaron la presión sobre Finlandia y obligaron a Rumanía a ceder Besarabia y parte de Bucovina.

Como hemos mencionado, la Unión Soviética se apoderó de la totalidad de Lituania, incluido la zona prometida a Alemania, y hubo discusiones entre Moscú y Berlín acerca de las exigencias hechas a Finlandia y la extensión de las demandas territoriales planteadas a Rumanía, pero esas cuestiones se resolvieron por la vía diplomática.

La cuestión clave aquí es que Stalin no advirtió que los pasos dados por la Unión Soviética facilitaban la implementación de las nuevas decisiones adoptadas por el gobierno alemán.

Como ocurriera en 1914, el gobierno francés se trasladó a Burdeos, pero sus nuevos líderes, el mariscal Philippe Pétain y Pierre Laval, estaban decididos a sacar al país de la confrontación en lugar de seguir combatiendo desde su Imperio colonial utilizando la flota francesa, que básicamente seguía aún intacta.

A través de España solicitaron un armisticio y Hitler, encantado, ofreció los términos, pues en ese momento no tenía cómo apoderarse del Imperio colonial francés y prefería que la flota francesa no continuara luchando; además, daba por hecho que lograría derrotar con igual facilidad al Reino Unido y, como veremos, ya estaba pensando en trasladar sus fuerzas al este para la invasión de la Unión Soviética.

En estas circunstancias, el líder alemán optó por convencer a Mussolini de que redujera sus exigencias sobre Francia, se conformó con ocupar la mayor parte del país, incluida toda la costa del Atlántico y la zona del canal de la Mancha, y, por el momento, dejó a Pétain la parte sin ocupar, completamente indefensa.

Este último tenía la esperanza de reestructurar el país de acuerdo a líneas autocráticas para darle un lugar en la Europa dominada por los alemanes.

Y aunque estos nunca estuvieron interesados en cooperar con el nuevo régimen, eso no le desalentó.

El nuevo gobierno se estableció en Vichy, un centro vacacional, y tanto las fuerzas a sus órdenes en la Francia no ocupada como las que permanecieron leales a él en las colonias recibieron instrucciones de no luchar nunca contra los alemanes, los italianos o los japoneses y sí, siempre, contra los británicos, los franceses que pudieran unírseles y, más tarde, los estadounidenses.

El armisticio franco-alemán y franco-italiano entró en vigor la noche de 24 al 25 de junio de 1940; más de un millón de soldados franceses permanecieron como prisioneros de guerra de los alemanes.

Un pequeño número de franceses se unieron al recientemente ascendido general Charles de Gaulle en lo que se conocería como el «movimiento de la Francia Libre», al que en los meses siguientes se sumarían varias colonias francesas de África central y el Pacífico sur, mientras que el régimen de Vichy se encargó de organizar la entrega de las reservas de oro belgas de África occidental a los alemanes.

El gobierno británico intentó con ahínco convencer a los franceses de que continuaran luchando, un esfuerzo en el que Churchill en persona desempeñó un papel central.

Además de un tratado previo que comprometía a los dos países a no firmar un tratado de paz por separado, Londres se manifestó a favor del proyecto de unir a ambas naciones en esta emergencia, pero el nuevo régimen francés se negó siquiera a plantearse la idea.

El gobierno británico no tardó en tomar una decisión ante la difícil situación.

Continuaría peleando contra Alemania e Italia desde el Reino Unido tanto tiempo como fuera posible y desde la Mancomunidad de Naciones y el Imperio si era necesario.

El hecho de que el grueso del cuerpo de oficiales del país y un gran número de soldados hubieran conseguido escapar de Dunkerque apuntaló esta posición, reforzada por un frente interno sólido que en lugar de ablandarse se endureció tras el comienzo de los bombardeos alemanes.

Temiendo una invasión alemana, el gobierno creó una milicia de voluntarios para ayudar a la defensa del país, la Home Guard, y aceptó la propuesta del jefe del Estado Mayor Imperial, el general sir John Dill, de usar gas venenoso contra cualquier fuerza alemana que consiguiera llegar a la orilla.

Ante la posibilidad de que Alemania ocupara una parte o la totalidad de las islas, el gobierno envió las reservas nacionales de oro y divisas a Toronto y Montreal e inició los preparativos para empezar una guerra de guerrillas en cualquier parte ocupada de Gran Bretaña, mientras que el gobierno continuaba dirigiendo la confrontación desde Canadá.

Es posible que el duque de Windsor, el exrey Eduardo VIII, pensara desempeñar un papel similar al de Pétain en Francia y que David Lloyd George, primer ministro en la primera guerra mundial, esperara imitar a Laval, pero los tres partidos políticos británicos tenían representación en un consejo de ministros que, en cambio, tenía la mirada puesta en la victoria final sobre Alemania mediante una combinación de bombardeos, bloqueo y una fuerza expedicionaria que ayudara a la población de los territorios ocupados cuando esta se alzara contra los alemanes, que sin duda se dedicarían a explotarla y sembrar el odio.

El duque fue enviado a las Bahamas y Lloyd George continuó siendo una voz aislada en el Parlamento.

Para el 19 de julio, cuando Hitler propuso firmar la paz, todas las decisiones críticas habían sido tomadas en Londres y el ministro de Exteriores, lord Halifax, anunció públicamente que el gobierno rechazaba la paz con Alemania.

El gobierno británico había insistido con antelación en que, si Francia quería verse eximida de la obligación de no firmar un tratado de paz por separado, la flota francesa debía dirigirse a puertos británicos.

Cuando el gobierno de Vichy se negó a hacerlo, los británicos optaron por desarmar los buques de guerra franceses o destruirlos, como ocurrió en el norte de África con los que se negaron a zarpar hacia las Antillas francesas.

Fue un triste final para la alianza franco-británica, pero Londres no podía depender de las garantías francesas o alemanas sobre el uso que se daría a esas embarcaciones, pues era consciente de que no podría hacer frente a una invasión si Alemania sumaba la flota francesa a la suya y la italiana.

En este contexto las pérdidas y daños sufridos por la armada alemana en la campaña noruega se revelaron críticos.

Además, al plantearse la invasión de Inglaterra los alemanes comprendieron que el control total del aire era esencial, como lo sería para los Aliados en 1944.

La reacción de Estados Unidos

Los espectaculares acontecimientos de la primavera y comienzos del verano de 1940 en Europa occidental tuvieron efectos trascendentales en Estados Unidos.

Siendo un año de elecciones presidenciales, Franklin Roosevelt, en contra de su intención previa, decidió optar a un tercer período y, también en contra de la costumbre y la práctica posterior del país, creó una especie de coalición de gobierno al nombrar a destacados miembros del Partido Republicano para desempeñar altos cargos de la administración.

Las leyes de neutralidad estadounidenses habían sufrido algunos cambios mínimos y, a pesar de un debate interminable y especialmente vehemente, habría más.

A finales de 1938 el presidente había abogado por la construcción de una fuerza aérea de verdad.

Dados los peligros a los que se enfrentaba el país tanto en el Atlántico como en el Pacífico, Roosevelt solicitó al Congreso fondos para formar una «marina de los dos océanos» y estos fueron otorgados en julio de 1940.

En el otoño, la mayoría del Congreso coincidió en que el país necesitaba un ejército de dimensiones importantes en lugar de uno pequeño y aprobó el primer reclutamiento en tiempos de paz de su historia.

Si bien ese ejército estaría casi disuelto un año después, lo cierto es que empezó a crecer y adquirir una cantidad mínima de armamento moderno.

Francia y el Reino Unido habían hecho importantes pedidos de equipo militar a las fábricas estadounidenses y, tras la caída de Francia, los británicos se quedaron con los contratos franceses.

Dado que estos debían someterse a la fórmula del *cash and carry* (pague y lléveselo) de las reformadas leyes de neutralidad, las reservas de efectivo británicas se redujeron con rapidez a medida que las entregas de suministros aumentaban.

A finales de año este proceso llevó a Churchill a pedir ayuda a Roosevelt, quien ideó el sistema de «préstamo y arriendo» aprobado por el Congreso en marzo de 1941.

A diferencia de algunos de sus asesores, en el verano de 1940 el presidente tenía confianza en que Gran Bretaña aguantaría e hizo cuanto le permitía la ley para ayudar a la isla en apuros.

Roosevelt envió a Inglaterra los excedentes de armamento de la primera guerra mundial que aún tenía y estos sirvieron para armar a la Home Guard.

Asimismo, organizó el intercambio de cincuenta destructores viejos por el derecho a usar durante noventa y nueve años bases en distintas posesiones británicas del hemisferio occidental, un acuerdo que se presentó a la opinión pública como un intento de mejorar la seguridad de Estados Unidos en una época de gran peligro.

Esta y otras cuestiones relacionadas suscitaron en el país un debate muy amargo, pero en noviembre de 1940 los votantes otorgaron a Roosevelt un tercer mandato sin precedentes.

En cierto sentido, el esfuerzo alemán por aplastar al Reino Unido en 1940 hizo que algunos estadounidenses fueran cada vez más favorables a ayudar a ese país a medida que iban conociendo la forma en que Alemania intentaba arrasar Londres a través de los noticiarios cinematográficos y los informativos radiales.

La victoria alemana tuvo grandes implicaciones en la situación interna del país, además de impulsar nuevas decisiones en el ámbito militar.

El efecto interno más importante fue que consolidó el respaldo de la opinión pública al régimen nazi.

En un momento en que el recuerdo de los combates prolongados y sangrientos de la primera guerra mundial estaba todavía muy presente en la memoria de Europa occidental, lo que parecía una victoria total, rápida y, comparativamente, con mínimas pérdidas redundó en beneficio del régimen.

A este impacto sobre la opinión pública hay que sumar el efecto sobre los mandos militares.

Además del ingente programa de Hitler para sobornar a los altos mandos del ejército, la armada y la fuerza aérea mediante pagos secretos, libres de impuestos, la victoria sobre Francia trajo consigo ascensos para los generales y almirantes y una sensación de confianza en el juicio del dictador.

Es imposible entender la forma en que Alemania se mantuvo unida durante el resto de la segunda guerra mundial sin este refuerzo espectacular del apoyo del que ya gozaba el régimen nazi, multiplicado ahora por el entusiasmo generado tras una victoria que se identificaba con la personalidad de Adolf Hitler.

LA DECISIÓN ALEMANA DE INVADIR LA UNIÓN SOVIÉTICA

Hitler y el jefe del Estado Mayor del ejército, el general Franz Halder, empezaron a planear la invasión de la Unión Soviética incluso antes de que se firmara el armisticio con Francia.

La victoria en el oeste se consideraba un prerrequisito para la conquista del espacio vital de la Unión Soviética en el este, y la expectativa inicial era que sería posible lanzar la operación en el otoño de 1940 y completarla con éxito ese mismo año (una cuestión que luego reseñaremos con más detalle).

Sin embargo, los dirigentes alemanes también tenían que ocuparse del Reino Unido, que continuaba resistiendo.

Se planeó una invasión de la costa sur de Inglaterra mediante el desembarco en playas seleccionadas de decenas de miles de soldados (y miles de caballos).

Se elaboró una lista de las personas que debían ser arrestadas y se nombró a quien había de ser el jefe de policía en Londres.

La fuerza aérea alemana había de garantizar el control del aire necesario para la operación.

La batalla de Inglaterra, como se la conocería, desde finales de junio y hasta la primera mitad de septiembre, fue la primera derrota importante de Alemania en la guerra.

Aunque las pérdidas en ambos bandos fueron considerables, la Real Fuerza Aérea británica resistió apoyada por una población a la que no se consiguió forzar a pedir la paz.

Para mediados de septiembre de 1940 era evidente que los alemanes no habían derrotado a los aviones de combate ordenados por el gobierno de Churchill, dirigidos por el mariscal del aire Dowding y apoyados por un sistema de radares, vigías y baterías antiaéreas.

Después de esa fecha el tiempo en el canal de la Mancha era demasiado complicado para cualquier intento de desembarco.

Descartada la invasión para el resto del año, los alemanes recurrieron al bombardeo inclemente de las ciudades británicas durante el invierno, lo que causó daños y bajas considerables, pero no socavó la moral de la población y, sí, por el contrario, elevó la del ejército, que estaba reorganizándose y rearmándose mediante la creación de comandos para atacar la costa controlada por los alemanes.

En las áreas ocupadas por Alemania, ver a los aviones británicos volando sobre sus cabezas para bombardear los preparativos de la invasión, primero, y más tarde blancos dentro de Alemania misma infundió en algunas personas la esperanza de que la confrontación podía dar un vuelco.

Si la derrota en la batalla de Inglaterra obligó a Hitler a aplazar la invasión de Gran Bretaña para 1941, otros problemas tuvieron el mismo efecto sobre sus planes de invadir la Unión Soviética en 1940.

Había que trasladar una enorme cantidad de efectivos del oeste a las zonas orientales de Alemania y la Polonia ocupada.

Se necesitaba producir nuevo equipo y reparar el existente, suplir las bajas sufridas durante la campaña en el oeste y reemplazar los aviones, tanques y demás armamento perdido en la contienda.

Asimismo, era esencial realizar mejoras significativas en el transporte y las instalaciones de almacenamiento en las zonas del este que servirían de base a las fuerzas alemanas y desde las que se apoyaría el avance hacia el oriente.

Hacia finales de julio de 1940, Hitler reconoció que cuando los preparativos necesarios estuvieran completos, el comienzo del invierno estaría demasiado cerca para pensar en llevar a cabo la campaña, que también sería pospuesta para la primavera de 1941.

Se preveía que el rápido éxito de la invasión desalentaría a los británicos al tiempo que animaría a los japoneses a avanzar en Asia oriental y, por ende, a desviar a los estadounidenses de cualquier actividad en Europa hasta que Alemania estuviera en condiciones de atacarlos.

Para agosto de 1940 el plan para la campaña en el este estaba en marcha, algo de lo que nos ocuparemos en el capítulo 4.

Ya para esa fecha las partes diplomáticas de esos preparativos empezaban a tener efecto en la situación internacional.

Alemania invirtió su política respecto de Finlandia, pues ahora esperaba que el país contribuyera al ataque contra la Unión Soviética en lugar de ser absorbido por esta.

La disputa territorial entre Hungría y Rumanía también se resolvió mediante la intervención de Alemania, que ofreció garantías a Rumanía y envió tropas al país contando con que participaría en la invasión de la Unión Soviética.

Los dirigentes soviéticos advirtieron estos cambios en la política alemana y en noviembre enviaron a Berlín al ministro de Exteriores Viacheslav Mólotov para alcanzar un nuevo acuerdo.

El viaje fue inútil, pero Stalin siguió negándose a creer que Alemania tuviera la intención de atacarle.

Tampoco consiguió hacerle cambiar de opinión la copia de la directiva de Hitler para la invasión, fechada en diciembre de 1940, que obtuvo el espionaje soviético, y mucho menos el resumen de esta proporcionado a los estadounidenses por un opositor del régimen que Roosevelt le transmitió en febrero de 1941.

Tozudo, el líder soviético continuó suministrando materias claves a Alemania, no alertó a las fuerzas armadas de su país y no interfirió en el reconocimiento aéreo de la Unión Soviética que los alemanes empezaron a llevar a cabo en octubre de 1940.

LA GUERRA EN ÁFRICA Y EN ORIENTE PRÓXIMO

Mientras los alemanes bombardeaban Gran Bretaña y se preparaban para atacar a la Unión Soviética, las tropas de Mussolini realizaron un mínimo avance en África.

En el nororiente del continente, los italianos ocuparon la Somalilandia británica, una colonia pequeña.

Después de eso, sin embargo, el ejército italiano en Eritrea, la Somalilandia italiana y la Etiopía ocupada fue incapaz de hacer frente a las fuerzas británicas que atacaron desde Kenia en febrero de 1941.

Los soldados italianos fueron derrotados y capturados o bien sitiados en cuarteles aislados.

El emperador Haile Selassie regresó del exilio a Adís Abeba, y en abril de 1941 Roosevelt declaró que el mar Rojo había dejado de ser una zona de guerra, lo que permitió que los buques estadounidenses que transportaban suministros para el ejército británico en Egipto rodearan el cabo de Buena Esperanza y descargaran en el canal de Suez.

Para esa época, el presidente estadounidense había también establecido una ruta de suministro aéreo para los británicos en Oriente Próximo que partía desde Tokoradi, en la costa occidental de África, y cruzaba las colonias francesas que se habían unido a de Gaulle.

Entre tanto, Italia había sufrido otra serie de derrotas militares.

Los alemanes le habían dicho con firmeza a Mussolini que querían mantener en calma los Balcanes.

Sin embargo, cuando el dictador italiano se enteró de que Alemania iba a enviar tropas a Rumanía, concluyó que el objetivo era impedir que cualquier otro país pudiera tener una función importante en la región, ya fuera la Unión Soviética o Italia.

Así que, para afirmar la posición de su país, ordenó la invasión de Grecia a finales de octubre de 1940 sin consultar a Berlín más de lo que Berlín había consultado con Roma antes de enviar soldados a Rumanía.

La diferencia era que mientras los rumanos esperaban pelear junto a los alemanes contra la Unión Soviética con el fin de recuperar las tierras cedidas a los soviéticos, y quizás algunas más, los griegos lucharon contra los italianos para mantener su independencia.

Con una ayuda mínima de los británicos, que derrotaron a la flota italiana en la batalla del cabo Matapán en marzo de 1941, los griegos combatieron con eficacia y expulsaron a los italianos de regreso a Albania, país que habían ocupado en 1939. Además, las fuerzas italianas en el norte de África también estaban siendo derrotadas.

El ejército italiano en Libia estaba tan mal dirigido y preparado como el que invadió Grecia.

Tras un breve avance en Egipto, los italianos se acomodaron mientras que los británicos aprovecharon para reforzarse, pues a pesar del peligro que corría la metrópoli, Churchill había insistido en la importancia de enviar refuerzos y equipo al país africano.

El 11 de noviembre de 1940, los aviones británicos dañaron varios acorazados italianos en el puerto de Tarento, lo que afectó las posibilidades de la armada italiana en el Mediterráneo.

Luego, el 9 de diciembre, los británicos atacaron por sorpresa al ejército italiano en Egipto, lo derrotaron y lo obligaron a retroceder casi cien kilómetros hacia la frontera con Libia.

Los británicos atacaron de nuevo a comienzos de enero y, una vez más, al mes siguiente, cuando destruyeron a los italianos en Beda Fromm, donde capturaron a más de cien mil hombres.

El avance británico llegó a lo que podría haber sido un alto temporal en El Agheila.

La posibilidad de capturar el resto de Libia en 1941 se abortó debido a la reacción alemana a las derrotas de los italianos y, a su vez, a la reacción británica a las medida adoptadas por Alemania para rescatar a su aliado.

Los fracasos militares de los italianos en Grecia y África obligaron a los dirigentes alemanes a enfrentar dos problemas prácticos.

*Si Italia perdía todo su Imperio colonial, como parecía cada vez más probable, era posible que eso condujera al derrocamiento de Mussolini. Esto era algo que preocupaba sobremanera a Hitler, que volvió a ofrecer el envío de una fuerza expedicionaria a Libia.

El dictador italiano aceptó ahora lo que antes había rechazado. Este fue el origen del Africa Korps, la fuerza enviada al norte del continente en febrero de 1941 para ayudar a la defensa de Libia y la ofensiva en Egipto, bajo la dirección de uno de los generales favoritos de Hitler, Erwin Rommel.

**Desde la perspectiva de Berlín el otro peligro que planteaba la situación de Italia era la posibilidad de que la aviación británica, volando desde las bases griegas, atacara los campos petrolíferos de Rumanía, esenciales para el esfuerzo bélico de Alemania.

Lo mejor que podían hacer los alemanes para lidiar con este problema era atacar a Grecia desde Bulgaria y, quizá, desde Yugoslavia, precisamente las zonas de frontera que los griegos habían dejado desprotegidas para detener la invasión italiana.

Se esperaba que obtener el beneplácito de Bulgaria fuera sencillo y así fue: se les prometió territorio griego para compensar la costa sobre el mar Egeo que el país había perdido tras la primera guerra mundial.

Por un tiempo pareció que Alemania iba a llegar a un acuerdo también con Yugoslavia, pero esa posibilidad se malogró tras el golpe de Estado del 27 de marzo de 1941, que reemplazó al gobierno con el que los alemanes habían pactado. Ante eso Hitler decidió atacar tanto a Yugoslavia como a Grecia.

El domingo 6 de abril de 1941 los alemanes iniciaron la nueva campaña con un bombardeo masivo sobre Belgrado, la capital yugoslava, y rápidos avances en ese país y en Grecia (Mapas 4a y b). La invasión de Yugoslavia se diseñó no solo para conquistar el país sino también para impedir la retirada hacia el sur de su ejército, como había ocurrido en la primera guerra mundial.

Los alemanes consiguieron este objetivo y que Italia, Hungría y Bulgaria les ayudaran a terminar la contienda con rapidez ofreciéndoles una parte del país a cada uno (Alemania también se anexionó una parte).

Controlar la zona, sin embargo, no resultaría tan sencillo como los alemanes esperaban, y en los años siguientes las fuerzas de resistencia los obligarían a mantener estacionadas allí un buen número de tropas propias e italianas.

Los alemanes también lograron penetrar en el norte de Grecia y expulsar a la pequeña fuerza británica que se encontraba en el lugar. La superioridad aérea y el veloz avance de las columnas de blindados, apoyado por grupos de paracaidistas en puntos clave, hicieron que los alemanes lograran ocupar la totalidad del país con relativa rapidez.

La conquista de Grecia abrió la posibilidad de asaltar la isla de Creta.

Una invasión combinada mediante paracaidistas y buques de guerra consiguió su objetivo pese a la resistencia de una fuerza británica de dimensiones considerables.

Una vez más, los británicos tuvieron que evacuar a sus hombres, pero las bajas entre las tropas aerotransportadas alemanas fueron tantas que Alemania no volvió a ordenar operaciones con paracaidistas en toda la guerra.

Los ataques germano-italianos contra la isla de Malta supusieron una dura prueba para los aviones y submarinos que los británicos tenían allí, pero la negativa a emplear una fuerza aerotransportada que ayudara a capturar la isla hizo que los planes del Eje para hacerse con su control nunca llegaran a realizarse.

Aunque los convoyes aliados para reabastecer y rearmar Malta sufrieron pérdidas sustanciales, la isla continuó sirviendo de base para las campañas del Reino Unido en el Mediterráneo.

Durante un breve período pareció que el Eje iba a conseguir apoderarse de todo en ese escenario.

Rommel atacó Libia a finales de marzo y con rapidez obligó a los británicos a volver a Egipto.

Sin embargo, no logró tomar la ciudad portuaria de Tobruk, y cuando los británicos reorganizaron las unidades evacuadas de Grecia y Creta pudieron detener el avance. Luego, a mediados de junio, lanzaron la operación «Hacha de Guerra», pero fueron incapaces de derrotar a las fuerzas germano italianas de Rommel.

Entre tanto, en abril estalló en Irak una rebelión favorable al Eje que fuerzas del Reino Unido, en su mayoría procedentes de la India, se encargarían de reprimir a lo largo del mes siguiente.

El líder de la revuelta, Rashid Ali al-Gaylani, huyó a Alemania, donde, como el nacionalista árabe palestino Amin al-Husayni, esperaba conseguir ayuda para expulsar a los británicos de Oriente Próximo, sin ser consciente de que un dominio alemán o italiano probablemente sería más severo que el británico.

La poca ayuda que Alemania estaba en condiciones de proporcionar a la revuelta en Irak se envió a través del Mandato francés de Siria, donde las autoridades de Vichy hacían cuanto podían por colaborar con los alemanes, lo que finalmente hizo que los británicos invadieran el país el 8 de junio.

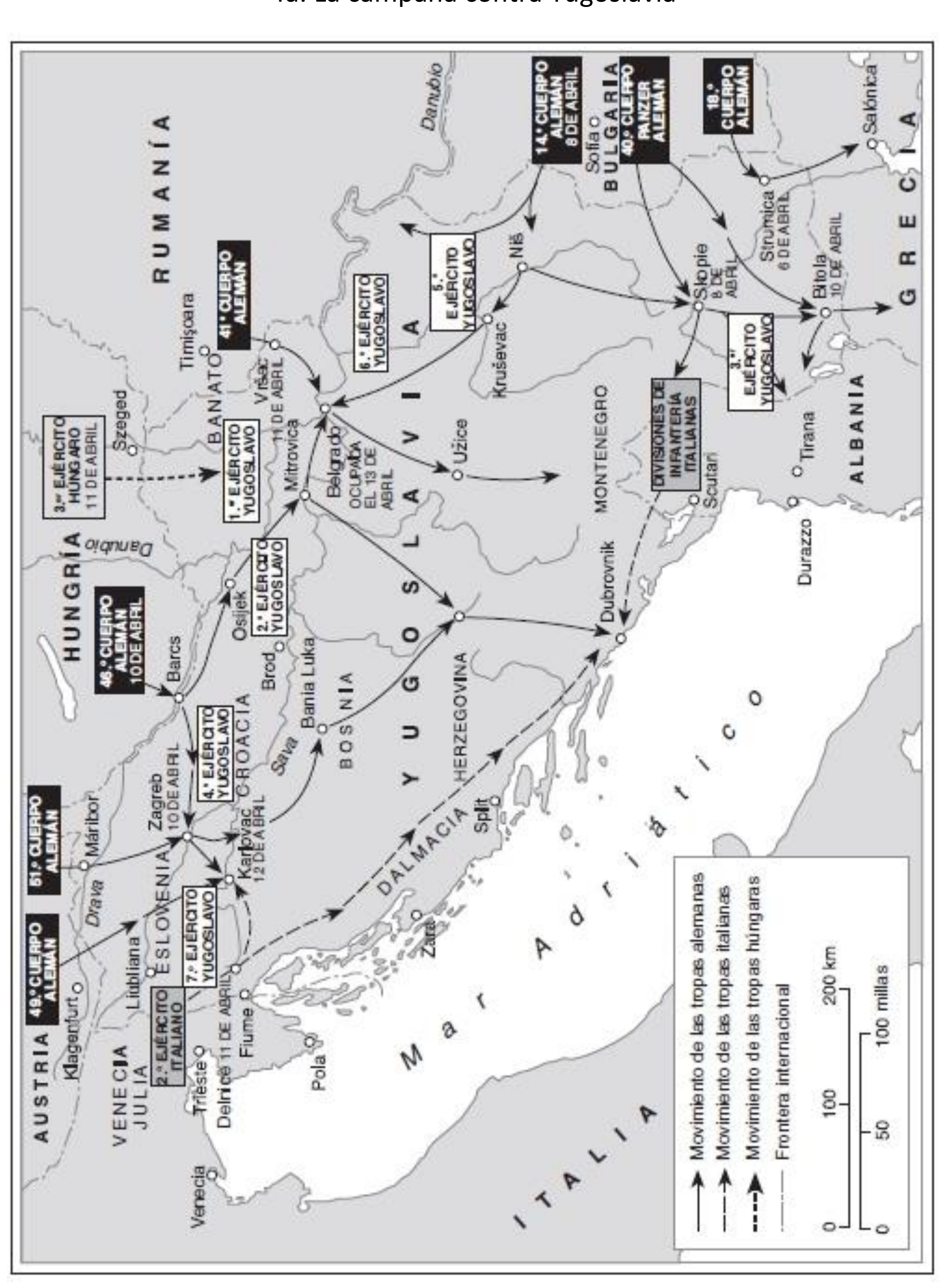
A diferencia de la débil resistencia que habían opuesto a los alemanes el año precedente, las fuerzas francesas en Siria lucharon con firmeza contra los soldados australianos, británicos e indios y las fuerzas de la Francia Libre hasta el armisticio del 14 de julio.

Alemania no pudo ofrecer ayuda sustancial para la defensa de Siria por estar concentrada en la invasión de la Unión Soviética: en sus planes la conquista de Oriente Próximo vendría después, no antes, de la campaña en el este.

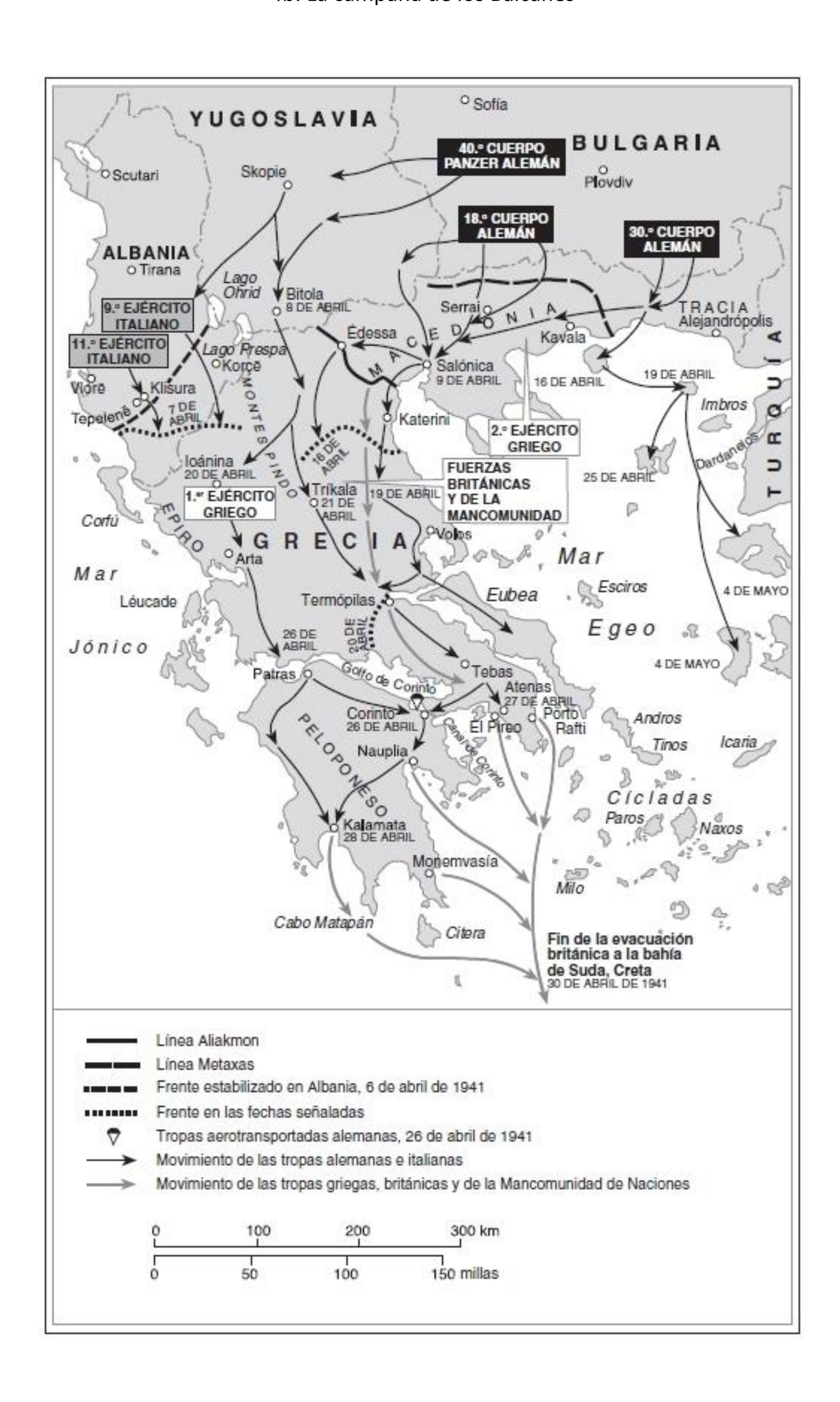
Los británicos entregaron Siria a de Gaulle una vez quedó claro que no había ningún peligro inmediato de que los alemanes intentaran una ofensiva en la región.

Un importante efecto de las victorias británicas en Irak y Siria fue que la ruta meridional de abastecimiento para la Unión Soviética permaneció en manos de los Aliados en lugar de la peligrosa alternativa: una base del Eje amenazando el Cáucaso desde el sur.

4a. La campaña contra Yugoslavia



4b. La campaña de los Balcanes



4

LA OPERACIÓN BARBARROJA: LA INVASIÓN DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

Planear la invasión de la Unión Soviética y el Holocausto

Si bien los alemanes empezaron a planear la invasión de la Unión Soviética en el verano de 1940, pronto estuvo claro para Hitler que los preparativos no avanzaban lo suficientemente rápido para que la campaña, que según sus cálculos sería corta, hubiera terminado antes de la llegada del invierno.

El 31 de julio de 1940 informó a sus principales consejeros militares que la invasión tendría lugar en la primavera de 1941. Los preparativos prácticos, como las mejoras en el transporte y el abastecimiento de suministros en Prusia oriental y las áreas de Polonia bajo control alemán y el traslado de tropas desde el oeste, se pusieron en marcha de inmediato.

El plan elaborado en los cuarteles generales de las fuerzas armadas en el verano y el otoño de 1940 y los primeros meses de 1941 se basaba en varios supuestos, muchos de los cuales se revelaron luego equivocados.

Se dio por sentado que la campaña estaría terminada antes del invierno de 1941-1942; y que los primeros golpes contundentes producirían el colapso total del régimen.

Sin embargo, la pobre actuación del Ejército Rojo en la guerra contra Finlandia, en el invierno de 1939-1940, que era la que reforzaba la subestimación de las fuerzas a las que Alemania y sus aliados iban a enfrentarse, ocultaba el hecho de que un gran número de soldados soviéticos en realidad habían continuado luchando con ahínco en las circunstancias más difíciles.

A pesar de que los soviéticos les habían ofrecido una pista implícita sobre la capacidad de sus propios blindados cuando una comisión visitante preguntó dónde producía Alemania sus tanques *grandes* tras conocer la fábrica en la que se producían los Panzer IV, entonces el más grande de su arsenal, los alemanes dieron por hecho que este sería adecuado para la campaña contra los blindados y la infantería soviética.

La campaña utilizaría también una buena cantidad de tanques capturados a los franceses y requisados a los checoslovacos, así como diversos camiones tanto alemanes como capturados en otros países, pero se prestó poca atención a las cuestiones logísticas que semejante variedad de blindados y vehículos planteaba en términos de recambios e instalaciones de reparación en una campaña que implicaba recorrer grandes distancias en regiones en las que había pocas carreteras y, por lo general, en mal estado.

Dado que a la rápida victoria sobre la Unión Soviética debía seguir el avance en Oriente Próximo, los tanques de reemplazo que se enviarían a las fuerzas en el este tras la derrota del Ejército Rojo se pintaron con camuflaje de desierto.

Los preparativos diplomáticos para la invasión de la Unión Soviética incluían la implicación de Finlandia y Rumanía en el bando alemán.

Con acierto se dio por hecho que ambos países querrían recuperar el territorio que se habían visto obligados a ceder a los soviéticos y, quizás, arrebatar un poco más al enemigo derrotado.

A la Suecia neutral se la convenció de que permitiera el tránsito de tropas alemanas no solo hacia y desde la Noruega ocupada, sino también cuando estas fueran a participar en la invasión en el extremo septentrional del frente fino-soviético. Con ese frente se encontraría el grupo de ejércitos alemán que había de abrirse paso a través de los Estados bálticos rumbo a Leningrado, mientras que un grupo de ejércitos más grande, apoyado por una cantidad importante de soldados rumanos, conquistaría Ucrania, con sus riquezas agrícolas e industriales, y luego tomaría la región del Cáucaso y su valioso petróleo.

En relación con el papel de Rumanía en la campaña, Hitler en persona explicó al líder rumano, el mariscal Ion Antonescu, un objetivo importante de la invasión en el encuentro que tuvieron el 12 de junio de 1941.

Interrogado por lo que iba a ocurrir con el gran número de judíos que vivían en las áreas que ocuparían las tropas rumanas y alemanas, Hitler le dijo que serían ejecutados.

Para la época en que se celebró este encuentro, ya estaban en marcha amplios preparativos para organizar y orientar a unidades especiales de la policía de seguridad y de la «policía del orden», entre otras, con el fin de que acompañaran al ejército y mataran de forma sistemática a todos los judíos de la Unión Soviética.

Debido a la rapidez con la que avanzó la ofensiva, el plan experimentaría variaciones locales y problemas; pero con el pleno apoyo del ejército, que estaba llevando a cabo lo que a ojos de Hitler y el jefe del Estado Mayor Halder era una campaña triunfal, para finales de julio el dictador decidió extender el programa de matanza sistemática al resto de Europa, y en noviembre, acaso animado por la reanudación en octubre del avance hacia Moscú, aseguró al líder radical de los palestinos árabes, Amin al-Husayni, que el programa homicida se ampliaría a todo el mundo.

Alemania invade la Unión Soviética

Los alemanes atacaron la Unión Soviética en las primeras horas del 22 de junio de 1941 con un ejército de más de tres millones de hombres y más de seiscientos mil caballos, a los que hay que sumar los cerca de un millón de efectivos de los ejércitos de Rumanía y Finlandia. La fuerza aérea alemana atacó los aeródromos soviéticos y los pocos aviones que consiguieron despegar, y tras destruir varios miles de aparatos en los primeros días de la ofensiva se aseguró el control del aire para la fase inicial de la campaña.

Los errores de Stalin facilitaron las victorias alemanas:

*Las purgas llevadas a cabo en los años 1937-1939 dejaron al Ejército Rojo sin suficientes oficiales formados y con experiencia en todos los niveles.

**El temor a la oposición interna que podía suscitar la ocupación de cualquier parte del país lo llevó a distribuir una gran cantidad de fuerzas cerca de la frontera, lo que las hacía vulnerables a los cercos.

***La expansión hacia el oeste de la Unión tras las anexiones de 1939-1940 hizo que se desatendieran las viejas fortificaciones sin que hubiera tiempo suficiente para construir nuevas; en este sentido, las anexiones no fortalecieron, sino que debilitaron la capacidad de defensa de los soviéticos.

****La negativa de Stalin a creer en sus propios servicios de inteligencia y en la información proporcionada por los gobiernos de Estados Unidos y el Reino Unido supuso no solo que no se impidiera el reconocimiento aéreo del país llevado a cabo por los alemanes meses antes de la invasión, sino también que, en muchos lugares, no se opusiera resistencia al avance inicial por tierra, pues Stalin temía las represalias que una acción semejante pudiera desencadenar.

En tales circunstancias, las ofensivas blindadas alemanas se abrieron paso con rapidez a través del Ejército Rojo en las secciones septentrional y central del frente.

Decenas de miles de soldados del Ejército Rojo se rindieron y grandes cantidades de equipo soviético cayeron en manos alemanas.

Fueron estas victorias iniciales las que hicieron creer a Hitler y al general Halder que la campaña en el este básicamente estaba ganada tras las primeras seis semanas (véase el Mapa 5).

Si bien las victorias tácticas del ataque inicial alemán fueron impresionantes, varias características de los primeros dos meses de combates ya apuntaban a un resultado diferente, algo de lo que prácticamente nadie se dio cuenta en los cuarteles generales alemanes.

*En el aspecto técnico, fue evidente que los tanques soviéticos, el KV-1 y el T-34, eran superiores a cualquier blindado alemán.

Ese mismo otoño los alemanes ordenaron el desarrollo y la producción de tanques mejores, pero los nuevos tipos, el Panzer V Panther y el Panzer VI Tiger, no estarían listos para el campo de batalla hasta finales de 1942 y no en cantidades considerables hasta 1943.

**En el aspecto humano, los alemanes no advirtieron que en muchos casos los hombres del Ejército Rojo peleaban con tenacidad y que, en ocasiones, se escondían en el campo para continuar resistiendo, algo a lo que los animaba la gran cantidad de prisioneros de guerra y la cantidad aún mayor de civiles asesinados por los alemanes.

***En el aspecto político tenemos lo que por el resto de la contienda sería el hecho clave: al igual que Alejandro I contra Napoleón, y a diferencia de Nicolás II y el gobierno provisional en la primera guerra mundial, el régimen mantuvo el control efectivo de las partes no ocupadas del país.

Esto hizo que fuera posible movilizar nuevas divisiones de tropas y enviarlas a la batalla, evacuar las fábricas y continuar la producción en las construidas con anterioridad en la zona de los Urales y, durante varios años, reemplazar todas las bajas, incluso cuando la capacidad de Alemania para hacerlo empezó a declinar.

Asimismo, es importante señalar que aun en los primeros meses de la campaña, Alemania y sus aliados se toparon con una resistencia bastante seria en los extremos septentrional y meridional del frente.

*En el norte, la fuerza alemana que debía tomar el puerto soviético de Múrmansk no consiguió hacerlo.

Irónicamente, los soviéticos la detuvieron bastante al oeste del puerto, en el mismo lugar en que habían permitido que la armada alemana tuviera una base durante los años en que ambos países fueron aliados.

Además, si bien los ejércitos finlandeses avanzaron a través del territorio que habían tenido que ceder a la Unión Soviética en el tratado de paz de marzo de 1940, no lograron cortar la comunicación ferroviaria entre Múrmansk y el interior del país y tampoco reunirse con las fuerzas alemanas que marchaban hacia Leningrado.

**En el extremo meridional del frente, las fuerzas rumanas y alemanas habían penetrado cierta distancia, pero no habían causado el colapso del Ejército Rojo que las enfrentaba ni avanzado en Ucrania tan rápido como sus dirigentes habían esperado.

5. La operación Barbarroja



***En la parte central del frente los alemanes habían llevado a cabo, una vez más, dos grandes batallas de penetración y cerco que llevaron el frente más allá de Smolensk.

Los soviéticos, sin embargo, consiguieron también allí establecer un frente coherente mientras que el avance alemán se detuvo, en parte debido al agotamiento de las tropas, en parte debido al desgaste y las pérdidas sufridas por las unidades de blindados y motorizadas.

El Ejército Rojo no solo recibió una considerable cantidad de refuerzos, sino que en contraofensivas locales consiguió detener a los alemanes o, en unos cuantos lugares, como la ciudad de Yelnia, obligarlos a retroceder.

Era obvio que reanudar la ofensiva a gran escala hacia Moscú requeriría la reparación de los ferrocarriles y las carreteras para concentrar la enorme cantidad de suministros que debían reemplazar los utilizados en los cuatro meses precedentes.

Además, la incapacidad de las fuerzas alemanas y rumanas para avanzar en la parte sur del frente con el mismo éxito que las de la parte central amenazaba con permitir que estas fueran flanqueadas desde el sur en cualquier intento alemán de reanudar la marcha hacia Moscú; cuanto más se avanzara, más vulnerable sería el flanco.

Ante el retraso forzoso que estaba sufriendo la parte central del frente, Hitler ordenó un ataque hacia el sur del Grupo de Ejércitos Centro para sumarse a un ataque hacia el norte del Grupo de Ejércitos Sur.

Ante esta operación, la que se conocería luego como la «batalla de Kiev», los militares soviéticos aconsejaron a Stalin una retirada, pero este se negó a prestarles atención y, en consecuencia, no solo perdió la ciudad y gran parte de la zona agrícola e industrial de Ucrania, sino también varios centenares de miles de soldados.

Hacia octubre, cuando los alemanes se preparaban para lanzar una ofensiva a gran escala hacia Moscú, los dos bandos de la contienda empezaron a recibir apoyos.

Hungría, que había entrado en la guerra de parte de Alemania, envió un pequeño contingente, principalmente por temor a que Rumanía fuera a convertirse en un aliado demasiado importante para los alemanes.

Mussolini tampoco quería que se le ignorara y envió varias divisiones para luchar junto a los alemanes en la parte meridional del frente.

Asimismo, llegaron contingentes de los Estados títeres de Croacia y Eslovaquia, mientras que Francisco Franco, el dictador español, envió la que se denominó «División Azul» formada por voluntarios. Esta lucharía en la parte septentrional del frente y, tras regresar a España debido a la presión de los Aliados occidentales, sería reemplazada por la “Legión Azul” también formada por voluntarios, una unidad mucho más pequeña.

Los alemanes también reclutaron voluntarios en las partes de Europa que habían ocupado y, llegado el momento, se organizaron unidades formadas por voluntarios ucranianos, daneses, noruegos y franceses.

Esta última, la llamada «unidad Carlomagno», terminaría ayudando en la defensa de Berlín en 1945.

Hubo también numerosos ucranianos y otros desertores del Ejército Rojo que se alistaron en el bando alemán.

El gobierno británico decidió ayudar a la Unión Soviética nada más se enteró de la invasión alemana.

Tan pronto como le fue posible se realizaron envíos de material militar pese a que las cantidades eran pequeñas y se las necesitaba para el refuerzo de Malasia.

Tropas británicas y soviéticas ocuparon Irán, de modo que el ferrocarril norte-sur del país pudiera utilizarse para enviar la ayuda. Esa ruta terminaría transportando una cuarta parte de la ayuda estadounidense (otra cuarta parte llegaría por los puertos septentrionales de Múrmansk y Arcángel, y el resto por barco y avión a través del Pacífico).

El presidente Roosevelt confiaba mucho más que sus consejeros en que la Unión Soviética resistiría la ofensiva alemana, una opinión que reforzó su asesor Harry Hopkins, a quien envió a Moscú a entrevistarse con Stalin y valorar la situación.

Inicialmente fue difícil convencer a la opinión pública estadounidense de que enviar ayuda a Rusia era una buena idea, pero con el paso del tiempo eso cambió.

Por su parte, la opinión pública británica no solo sentía que ahora tenía un aliado importante en la contienda sino también cierto alivio, pues la fuerza aérea alemana dejó de bombardear Gran Bretaña para apoyar la ofensiva en el este.

Los representantes militares y diplomáticos enviados por el Reino Unido y Estados Unidos a la Unión Soviética nunca fueron tratados tan bien como sus predecesores alemanes, pero a pesar de las interminables dificultades y quejas, la alianza militar entre las tres potencias se sostuvo.

En los primeros meses de la ofensiva y la ocupación, ciertas características de la política alemana quedaron claras para la población soviética local y, gracias a los rumores y otros medios, también para el resto del pueblo soviético, lo que sería importantísimo.

El asesinato en masa de civiles, la matanza de los pacientes de los hospitales y las instituciones de salud mental y la política sistemática de dejar morir de hambre a los prisioneros de guerra (los alemanes ejecutaban a quienes intentaban llevarles agua y comida) demostraron con rapidez a los soviéticos que estaban luchando por su vida.

La mayoría de los adultos y las personas mayores en las áreas recién capturadas había conocido la ocupación de los ejércitos de Alemania y sus aliados en la anterior guerra y, aunque ya entonces hubo incidentes terribles, pronto resultó evidente que este era un ejército completamente diferente. Pensaran lo que pensaran acerca de la matanza sistemática de los judíos, la mayoría de la población local llegó a la conclusión de que muy probablemente ellos serían los siguientes.

En Ucrania y los Estados bálticos fueron muchos los que inicialmente pensaron que Alemania los liberaría del opresivo régimen soviético, pero cada vez más y más terminaron comprendiendo que la expropiación y la exterminación eran las metas centrales de los alemanes.

Algunos en Ucrania nunca se dieron cuenta de que, a diferencia de Stalin, cuyo objetivo era convertirlos en buenos comunistas sin importar cuántos tuvieran que morir en el proceso, lo que Hitler planeaba era hacerlos desaparecer de la faz de la tierra (y reemplazarlos por colonos alemanes).

Sin embargo, con el paso del tiempo una proporción cada vez mayor de la población lo comprendió.

En la primavera de 1942 los alemanes calculaban que, en los primeros siete meses de combates, más de dos millones de prisioneros del Ejército Rojo habían sido asesinados o habían muerto de enfermedad o hambre bajo su custodia: diez mil muertes al día, siete días a la semana.

Con pocas excepciones, nadie conocía esas estadísticas, pero la realidad básica resultaba obvia para todos.

Los militares alemanes transformaron a Stalin de un dictador odiado y temido en el protector y salvador benigno de los pueblos de la Unión Soviética.

El frente oriental en el invierno de 1941-1942

En octubre y noviembre los alemanes lanzaron las ofensivas en dirección a Moscú.

En algunos lugares las tropas avanzaron implacables, pero esos progresos sustanciales se vieron contrarrestados por avances mínimos en otros puntos.

En Moscú las embajadas extranjeras fueron evacuadas y se prepararon planes para el traslado de los organismos gubernamentales y la destrucción de las instalaciones de la capital.

El frente, sin embargo, resistió, y mientras que el Ejército Rojo recibía refuerzos, las unidades alemanas estaban cada vez más desgastadas.

Algo que no revela la lectura de las memorias de posguerra de los generales alemanes es que la nieve era igual de profunda y el frío igual de intenso para los soldados del Ejército Rojo; la cuestión era sencillamente que los alemanes no estaban acostumbrados a semejantes condiciones.

Además, los progresos del ejército británico en el norte de África los obligó a trasladar toda una flota aérea al Mediterráneo, lo que debilitó la capacidad aérea en el frente oriental en un momento crítico.

Mientras que en el centro los alemanes seguían avanzando muy lentamente y con grandes dificultades, a ambos extremos del frente el Ejército Rojo se apuntó victorias locales.

*En el sur, el avance alemán había llegado a Rostov, la entrada al Cáucaso.

A finales de noviembre una contraofensiva soviética los sacó de la ciudad y los hizo retroceder a una posición más al oeste.

**En el norte, la fuerza que había llegado a Tijvin con la esperanza de conectar con el ejército finlandés fue obligada a retroceder de forma similar.

***En el frente de Moscú el avance alemán se detuvo por completo a comienzos de diciembre, justo cuando los soviéticos estaban a punto de lanzar una gran contraofensiva.

La información proporcionada por los espías soviéticos en Japón y la ausencia evidente de una concentración de fuerzas significativa en Manchuria dejaron en claro a Stalin que los japoneses habían decidido acatar el pacto de neutralidad que habían firmado con la Unión Soviética en abril y que, en lugar de unirse a los alemanes atacando las provincias del extremo oriental del país, se disponían a atacar a Estados Unidos, el Reino Unido y los Países Bajos.

Esto significaba que era posible trasladar a Europa a la mayoría de las fuerzas soviéticas en el Lejano Oriente, muchas de ellas con experiencia en la anterior guerra contra Japón,y reemplazarlas, al menos parcialmente, con algunas de las formaciones recién organizadas.

Reforzado a comienzos de diciembre por las divisiones procedentes de Siberia, el Ejército Rojo atacó a un frente central alemán completamente desprevenido y agotado.

En algunos lugares los soldados alemanes huyeron a causa del pánico, en otros pelearon con tenacidad, pero la situación pronto se resolvió en una gran victoria para los soviéticos.

Estos no solo habían logrado detener el avance y obligado a retroceder un poco a los invasores, sino que también rompieron las líneas alemanas en varios lugares, con lo que amenazaban con cercar a un importante número de unidades, y continuaron presionando hacia el oeste (Mapa 6).

Desprovistos del equipo necesario para lidiar con el clima, los soldados alemanes se congelaban y los caballos desnutridos eran incapaces de arrastrar el material a través de la nieve.

Con todo, esta derrota no se tradujo en el derrumbamiento total del frente alemán por dos razones principalmente.

Mientras que en el frente los jefes militares querían retirarse hasta algo así como una línea defendible, y uno de ellos, el general Erich Hoepner, así lo hizo, una acción con la que de hecho salvó a un gran contingente que había estado a punto de rendirse, Hitler rechazó semejante posibilidad.

El dictador estaba furioso por la decisión de Hoepner, y cuando se le explicó que no podía expulsarlo del ejército y quitarle la pensión y el derecho a llevar el uniforme sin una corte marcial formal, decidió reunir al Parlamento para despojar a la totalidad de los alemanes de cualquier garantía procesal.

El Parlamento alemán haría esto con entusiasmo en abril de 1942, cuando se reunió por última vez durante la era nazi, pero eso no alteró la crisis que vivía el frente en diciembre.

En contra del criterio de los generales, Hitler ordenó que las tropas se detuvieran donde se encontraban y combatieran desde las posiciones existentes, aunque estuvieran rodeadas.

El frente alemán empezó a resistir, si bien en dos lugares, la ciudad de Cholm y el área de Demiánsk, las unidades fueron rodeadas por completo y quedaron aisladas.

*Es posible que el hecho de que la fuerza aérea lograra mantener aprovisionadas a esas unidades hasta que el ejército consiguió restablecer contacto con ellas en la primavera animara a Hitler a intentar una solución similar con las fuerzas, mucho más numerosas, que quedaron aisladas en Stalingrado un año más tarde.

**Con todo, el segundo factor que permitió a los alemanes resistir en el centro y evitar el desastre fue la decisión de Stalin de lanzar ofensivas en las secciones septentrional y meridional del frente.

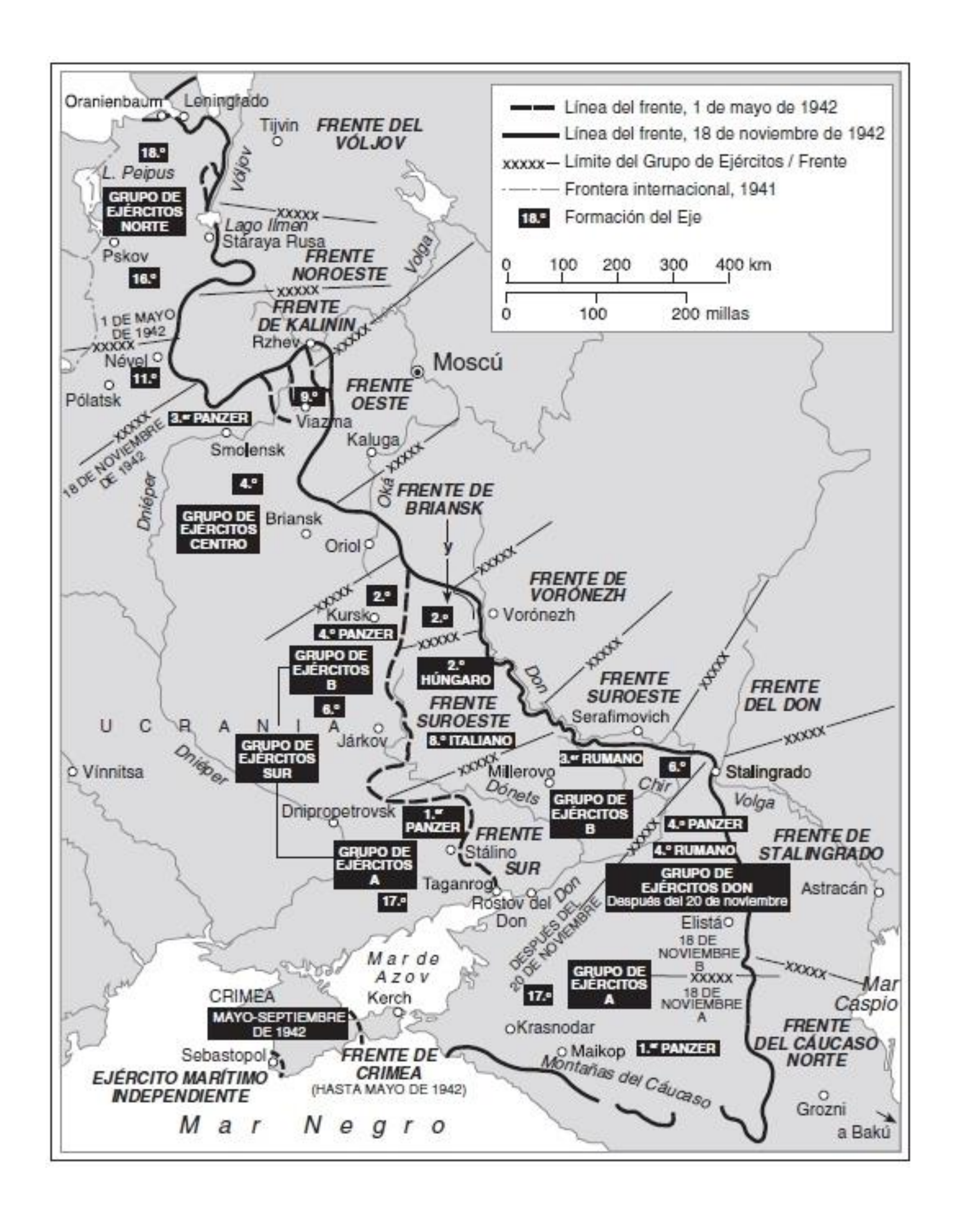
En lugar de concentrarse en proseguir la victoria inicial frente a Moscú, el líder comunista subestimó a los alemanes de la misma forma en que Hitler había antes subestimado a los soviéticos.

Las ofensivas del Ejército Rojo apenas consiguieron progresos mínimos a un precio considerable, mientras que dieron tiempo de estabilizar el centro del frente a los alemanes.

Ese frente, que era el que lucía más errático, simbolizaba, por un lado, el fracaso definitivo de las esperanzas alemanas de destruir a la Unión Soviética y, por otro, las difíciles y prolongadas campañas que los soviéticos tenían por delante.

Después de la estabilización del frente entre marzo y abril de 1942 la lucha continuó; a partir de entonces el frente oriental seguiría siendo el escenario de la mayoría de los combates de la segunda guerra mundial.

6. El frente germano-soviético, 1941



La Unión Soviética ocupada y la no ocupada

En el lado soviético del frente, las industrias evacuadas empezaron a funcionar y entregar su producción para el Ejército Rojo, en especial armas y municiones.

El personal trabajaba duro y con ahínco a pesar de que las condiciones de trabajo eran malas y había escasez de comida.

Se formaron una cantidad considerable de nuevas divisiones del ejército y se amplió el programa previo de liberación de generales y oficiales que habían sido encarcelados en el contexto de las purgas.

A diferencia de los otros países beligerantes, la Unión Soviética reclutó a centenares de miles de mujeres que destinó tanto a formaciones de combate como a funciones de apoyo, incluso en los escuadrones de la fuerza aérea.

Con la ayuda de los aviones de transporte proporcionados por Estados Unidos, el mando central del movimiento partisano ofrecía munición, oficiales e indicaciones a los partisanos en las partes del país controladas por los alemanes.

Esto sirvió para:

*mantener ocupadas a las fuerzas alemanas en operaciones de seguridad en la zona de retaguardia,

**interferir con el transporte y las comunicaciones en momentos críticos, ***facilitar las labores de espionaje y

****recordar a la población de las áreas ocupadas que el régimen probablemente volvería y que, por ende, era aconsejable comportarse en consecuencia.

En el lado alemán del frente, los dirigentes nazis habían preparado con antelación un gobierno civil encabezado por Alfred Rosenberg que situaron bien lejos del frente.

Cerca de este, había un sistema de administración militar.

En ambos la explotación económica y la captura de individuos para servir como mano de obra esclava en Alemania y otros lugares fueron prácticas generalizadas.

Las denominadas «operaciones antipartisanas», en las que participaban tanto unidades de la retaguardia como divisiones del frente temporalmente destinadas allí, se tradujeron prácticamente siempre en masacres de civiles y el incendio de comunidades enteras, con lo que, a los partisanos, que solían escapar, les resultaba luego más fácil reclutar nuevos miembros.

A los alemanes les gustó en especial el sistema soviético de granjas colectivas, que daba al Estado derecho sobre las cosechas, y por tanto procedieron a extenderlo a las pocas granjas privadas que aún quedaban.

Reclutaron a algunos colaboradores, incluso entre los prisioneros de guerra, para los que colaborar era una forma de evitar morir de hambre.

En algunos lugares, muy pocos en realidad, los alemanes empezaron a implementar también una parte minúscula de su plan para colonizar el territorio con granjeros de origen germánico y desplazar a la población eslava, supuestamente inferior, pero lo cierto era que había muy poco tiempo para experimentos semejantes.

Además de los sobornos en metálico que regularmente obtenían del amado líder, los oficiales de alto rango aspiraban a recibir propiedades enormes en el este, pero cabe poner en duda que hubiera un número significativo de alemanes normales y corrientes dispuestos a ofrecerse como voluntarios para colonizar los pueblos fortificados que el régimen pensaba establecer allí. Lo más probable es que hubieran encontrado sus nombres en la lista de los elegidos para el reasentamiento obligatorio en el periódico local.

Alemania entregó a Rumanía tanto las tierras que antes había cedido a la Unión Soviética como una parte adicional de Ucrania. Este territorio, llamado Transnistria, se convirtió en una colonia rumana donde se asesinó en masa a los judíos y los oficiales rumanos tuvieron una oportunidad de enriquecerse.

Finlandia también recibió el territorio cedido en el tratado de 1940. No obstante, la esperanza del gobierno finlandés de hacerse también con el territorio de Carelia se vio frustrada no solo por los alemanes (que se proponían anexionarse la totalidad de Finlandia, pero no se lo habían dicho a los que por el momento eran sus aliados) sino también por la presión de los estadounidenses, que, aunque no declararon la guerra al país (los británicos sí lo hicieron) advirtieron a los finlandeses del peligro de ir demasiado lejos.

La incapacidad de los alemanes para derrotar a la Unión Soviética pronto hizo que la guerra entera tuviera un aspecto diferente.

Pese a la resistencia de Gran Bretaña, en 1940 la mayoría de la población alemana estaba convencida de la victoria y fuera de Alemania eran muchísimos los que se preguntaban si sería posible derrotarla.

La situación se mostraba diferente ahora y algunos alemanes empezaron a preocuparse por el resultado de la guerra, mientras que los Aliados empezaron a ver el futuro con más confianza.

Este cambio de perspectiva se fortaleció cuando Japón atacó en el Pacífico e hizo que Estados Unidos entrara abiertamente en el conflicto para pelear junto al Reino Unido y la Unión Soviética.

5

Japón extiende la guerra con China

Japón decide extender la guerra

Japón había estado en guerra con China desde julio de 1937.

Había rechazado la posibilidad de un acuerdo negociado en enero de 1938, y seguía un proceso de avances ocasionales contra la resistencia china.

A Tokio nunca se le pasó por la cabeza que era la destrucción constante de las comunidades chinas, las matanzas y las violaciones de civiles y, en general, su conducta abominable lo que, de forma lenta, pero constante, estaba consolidando a la oposición china y generando apoyos para el gobierno nacionalista de Chiang Kai-Shek.

Los japoneses adoptaron la opinión de que lo que mantenía a los chinos combatiendo eran los suministros que recibía de otros países.

China sin duda agradecía los suministros que la Unión Soviética le proporcionaba por tierra y los que otros países enviaban a través de la carretera de Birmania o el tren Hai Phong-Hanói desde la Indochina francesa, pero eso no era lo que los decidía a continuar luchando: sencillamente tenían que hacerlo, con o sin ayuda externa.

Estando como estaba concentrado en el conflicto con China, el gobierno japonés interpretó las victorias alemanas de abril, mayo y junio de 1940 como una oportunidad para bloquear la llegada de gran parte de esa ayuda.

Durante años Japón había recurrido a la diplomacia para intentar, sin éxito, que el gobierno francés cerrara el tren Hai Phong-Hanói.

Ahora, sin embargo, parecía surgir una alternativa: el ejército japonés podía ocupar la parte septentrional de Indochina y cerrar la ruta.

El gobierno de Vichy, al que la administración colonial francesa era leal, aceptó la solicitud.

En septiembre de 1940, mientras las fuerzas de Vichy luchaban para mantener a los británicos y la Francia Libre lejos de Dakar, en el África occidental francesa, las fuerzas japonesas ocupaban sin hacer ruido el norte de Indochina.

En vista de la peligrosa situación en la que se encontraba el Reino Unido tras la victoria de Alemania en Francia, los japoneses lograron presionar a Londres para que cerrara la carretera de Birmania durante tres meses.

Cuando los tres meses pasaron, la victoria en la batalla de Inglaterra hizo viable la reapertura de la carretera, y así ocurrió.

Los dirigentes japoneses no necesitaron que los alemanes les señalaran que la derrota de los Países Bajos y Francia convertía las colonias de estos países en Asia oriental en blancos atractivos para la expansión del Imperio japonés.

Además, la necesidad de defender Gran Bretaña de una posible invasión alemana y la defensa de las posesiones británicas de Oriente Próximo contra Italia hacían que en la práctica al Reino Unido le resultara muy difícil, si no imposible, defender también sus vastas posesiones en el sur y el sureste de Asia y los dominios de Australia y Nueva Zelanda.

Cuando los alemanes señalaron este hecho a Tokio como una oportunidad única para apoderarse de Singapur, los japoneses respondieron que lo harían, pero en 1946.

Ese era el año en el que, de acuerdo a la ley aprobada por el Congreso estadounidense, Estados Unidos cedería las bases que tenía en las Filipinas, cuya independencia estaba programada para 1944.

El gobierno alemán comprendió que lo que frenaba a los japoneses era la preocupación que les producía tener a los estadounidenses en el flanco izquierdo de cualquier avance hacia el sur.

Como los dirigentes nazis tenían previsto ir a la guerra con Estados Unidos de una forma u otra, decidieron prometer a los japoneses que se sumarían a la guerra contra ese país tan pronto Japón lo atacara.

Así Alemania tendría de su parte la gran armada que aún no había logrado construir, antes de que los estadounidenses terminaran la construcción de la marina de los dos océanos aprobada por el Congreso. Cuando el ministro de Asuntos Exteriores japonés, Yosuke Matsuoka, visitó Alemania en marzo de 1941, Hitler en persona repitió la promesa.

Dentro del gobierno japonés los debates giraban alrededor de la cuestión del momento indicado para el ataque y se vieron influidos por la invasión alemana de la Unión Soviética en junio de 1941.

En lugar de unirse a sus socios del Pacto Tripartito de septiembre de 1940 en la lucha contra los soviéticos, Tokio decidió avanzar hacia el sur.

Para los dirigentes japoneses era evidente que mientras la Unión Soviética estuviera peleando por su vida no estaría en condiciones de atacarlos por la espalda y que tampoco podría continuar proporcionando una ayuda sustancial a los nacionalistas chinos.

En julio de 1941, por tanto, las fuerzas japonesas ocuparon la parte meridional de la Indochina francesa, con lo que resultaba claro que dejaban de concentrarse en la guerra contra China y se preparaban para atacar los territorios controlados por los Países Bajos, el Reino Unido y Estados Unidos tanto en el este y el sureste de Asia como en el Pacífico sur.

Las discusiones dentro del gobierno japonés continuaban al tiempo que se hacían preparativos detallados para los ataques contra Malasia, las Indias Orientales holandesas, las Filipinas y otras posesiones estadounidenses en el Pacífico.

A ninguno de los dirigentes japoneses se les ocurrió que la conquista de los pozos de petróleo, las minas de estaño y las plantaciones de caucho del Sureste asiático no implicaba el traslado de esos pozos, minas y plantaciones a la metrópoli, sino solo el control de esos sitios, cuya producción tendría que transportarse al archipiélago japonés en buques japoneses, sin ayuda de barcos fletados de otros países.

Por tanto, un aspecto especialmente crítico de la contienda que Japón estaba a punto de empezar era que no se habían hecho preparativos serios para utilizar de forma eficaz su limitada capacidad de transporte marítimo ni para protegerla de los ataques submarinos.

Mientras los japoneses estaban preparando sus movimientos e imprimiendo moneda de ocupación para las tierras que serían conquistadas, los gobiernos estadounidense y británico intentaban disuadirlos de atacar sus posesiones.

A diferencia de los soviéticos, que habían seguido enviando suministros a Alemania hasta minutos antes de ser atacados, el gobierno estadounidense había reducido mucho antes ciertas formas de comercio con Japón y, tras la ocupación de la parte sur de Indochina, había ordenado un embargo de petróleo.

Conscientes de que China no contaba con una armada que ellos pudieran utilizar en la guerra, los japoneses necesitaban petróleo para combatir contra el Reino Unido, los Países Bajos y Estados Unidos.

Los británicos y los holandeses también suspendieron la venta de petróleo a Japón.

Los dirigentes estadounidenses, en especial el presidente Roosevelt y el secretario de Estado, Cordell Hull, dedicaron incontables horas a negociar con los diplomáticos japoneses en Washington.

Estos últimos preferían la paz, pero en Tokio su gobierno se dirigía en la dirección contraria y no iba a dejarse influir por los esfuerzos estadounidenses y británicos para evitar que extendiera una guerra en la que ya estaba involucrado.

Entre sus esfuerzos por disuadir a los japoneses, Estados Unidos había trasladado una gran parte de la flota a Hawái y enviado a Filipinas la primera fortaleza volante B-17 disponible; el Reino Unido, por su parte, ordenó el traslado de dos buques de guerra grandes, un acorazado y un crucero de batalla a Singapur.

En las últimas semanas de conversaciones, llegó a proponerse que, si Japón accedía a retirarse del sur de Indochina, Estados Unidos le vendería todo el petróleo que quisiera.

Los diplomáticos japoneses que se encontraban en Washington recibieron órdenes inmediatas de no discutir esa posibilidad (que implicaba abandonar el plan de extender la guerra con China) bajo ninguna circunstancia.

Debido a la capacidad de los estadounidenses para leer las comunicaciones diplomáticas de los japoneses, Washington pudo enviar una advertencia de guerra inminente.

Dado que los gobiernos de Alemania e Italia no se habían labrado precisamente una reputación en cuestión de cumplimiento de promesas, estuvieran estas ligadas a tratados o no, el gobierno japonés indagó, unos pocos días antes de atacar de verdad, si la promesa de ir a la guerra contra Estados Unidos seguía en pie.

Las respuestas afirmativas se recibieron oportunamente.

Hitler, de hecho, estaba tan preocupado por la posibilidad de que los crecientes problemas de los alemanes en el frente oriental pudieran disuadir a Japón de lanzar el ataque, que en repetidas ocasiones hizo o autorizó anuncios mucho más positivos acerca de la situación en la Unión Soviética de los que la realidad justificaba.

Entre la esperanza de Roosevelt de frenar a los japoneses hasta que pudieran darse cuenta de que la victoria de Alemania no era en absoluto tan segura como ellos creían, y la preocupación de Hitler de que ocurriera exactamente eso y Japón cancelara el ataque, fue el líder alemán quien finalmente ganó, y por un margen de dos semanas: Japón atacó antes de que la derrota de los alemanes a las afueras de Moscú resultara patente.

El avance japonés

El plan de guerra japonés preveía una serie de movimientos rápidos para ocupar Tailandia e invadir Malasia, invadir las Filipinas, tomar las islas de Guam y Wake, controladas por Estados Unidos, y luego conquistar las Indias Orientales holandesas, Birmania y las islas del Pacífico sur en manos de los británicos, los estadounidenses y los franceses.

Para hacerlo, era necesario proteger esos movimientos de la interferencia de las marinas estadounidense y británica.

Originalmente el plan de la armada japonesa era enfrentar a la flota estadounidense cuando esta acudiera a proteger o a rescatar las Filipinas en una gran batalla naval en el Pacífico occidental, pero a mediados de octubre de 1941 se abandonó esta idea en favor del proyecto del almirante Isoroku Yamamoto de un ataque con portaviones, y en tiempos de paz, contra los buques de guerra estadounidenses en Pearl Harbor.

Lo que motivó el cambio de planes fue que el almirante amenazó con renunciar como oficial al mando de la flota combinada a menos que se adoptara su plan.

El ataque del 7 de diciembre de 1941 tuvo un impacto devastador sobre la marina estadounidense, que temporalmente dejó de ser una amenaza para el flanco del avance japonés hacia el sur.

Sin embargo, también tuvo efectos negativos mucho más amplios para las perspectivas de Japón en la guerra global, efectos que podrían haberse predicho con facilidad.

El ataque, lanzado sin provocación alguna, un día domingo, en tiempos de paz (algo que entusiasmaba a Hitler, que había hecho lo mismo en Yugoslavia en abril de ese año), suscitó una violenta reacción en la opinión pública estadounidense, que anuló toda esperanza japonesa de lograr, llegado el momento, una salida negociada al conflicto.

Los japoneses habían dado por sentado que los estadounidenses nunca elegirían dedicar sus recursos humanos y económicos a la reconquista de unas islas de las que nunca habían oído hablar para que fuera posible devolverlas a unos colonialistas cuyas prácticas desaprobaban.

No obstante, lo que ocurrió en realidad fue exactamente lo contrario: los estadounidenses estaban ahora preparados para luchar hasta haber conseguido aplastar a Japón.

En esa lucha les ayudarían otras dos consecuencias predecibles del ataque contra Pearl Harbor.

*Debido a la poca profundidad de la base (algo que los japoneses conocían, pues por ello habían utilizado torpedos especialmente diseñados para hundirse muy poco), seis de los ocho acorazados que los japoneses creían haber hundido en realidad habían quedado varados en el lodo, de donde fue posible sacarlos, repararlos y devolverlos al servicio.

**En cuanto a las tripulaciones, aunque la pérdida de vidas en el *Arizona* fue grande y hubo una importante cantidad de muertos y heridos en las demás embarcaciones atacadas, una mayoría abrumadora del personal de los buques que estaba en el puerto sobrevivió al ataque: era domingo y el país aún no había entrado en la guerra.

El renacimiento extraordinariamente veloz que experimentó la marina estadounidense se debió no solo a la llegada de los nuevos buques de guerra construidos en los astilleros del país, sino también a la disponibilidad de miles de marinos adiestrados y con experiencia de las embarcaciones destruidas o dañadas.

Los dos buques de guerra enviados por los británicos a Singapur con la esperanza de disuadir a Japón llegaron a comienzos de diciembre y dejaron el puerto al enterarse del desembarco japonés en el norte de Malasia.

Tras ser localizadas por un submarino, las dos embarcaciones fueron atacadas con torpedos y bombas por la aviación japonesa. Desprovistos de cobertura aérea y careciendo de baterías antiaéreas eficaces, ambos buques terminarían siendo hundidos el 10 de diciembre.

Había muy pocos aviones británicos disponibles en la región debido a la acuciante necesidad de cobertura aérea en Gran Bretaña y el Mediterráneo.

El contingente japonés que había desembarcado en la costa consiguió avanzar hacia el interior con relativa rapidez.

Las fuerzas de tierra británicas encargadas de la defensa se componían de dos divisiones indias, una australiana y unas pocas unidades llegadas de Gran Bretaña.

Las tres divisiones japonesas a las órdenes del general Tomoyuki Yamashita habían empezado a desembarcar el 8 de diciembre y se abrieron camino hacia el sur contra una defensa vacilante.

Los británicos enviaron tropas adicionales para reforzar la defensa; sin embargo, a pesar de que hubo combates intensos en unos cuantos lugares, para comienzos de febrero la ofensiva japonesa había avanzado casi quinientos kilómetros hasta el extremo meridional de Malasia.

El paso de las fuerzas japonesas a la isla de Singapur, que empezó durante la noche del 8 al 9 de febrero, culminaría, tras algunos combates, con la rendición de los británicos el 15 de febrero; un ejército muchísimo más grande que la fuerza atacante terminaba así en cautiverio.

En Singapur, los soldados japoneses asesinaron y violaron a miles de civiles.

Aunque hubo incidentes horribles dondequiera que el ejército japonés estuvo presente, solo habría otro incidente de violencia en masa similar: en Manila, en marzo de 1945, también con Yamashita al mando.

Para cuando las fuerzas británicas de Singapur se rindieron, los japoneses habían capturado la colonia británica de Hong Kong, así como las islas estadounidenses de Guam y, tras un primer intento fallido, Wake.

No obstante, seguían inmersos en combates feroces en Luzón, la mayor de las islas del archipiélago filipino, a donde el presidente Roosevelt había enviado al general MacArthur con el fin de que ayudara al país a formar un ejército capaz de defenderlo cuando se independizara en 1944.

MacArthur había dado marcha atrás al anterior plan de defensa, que se centraba en retener la península de Bataán con el fin de impedir que los japoneses pudieran usar el puerto de Manila, en favor de una defensa completa de la isla de Luzón, un plan muy poco realista.

El plan de los japoneses preveía atacar a la fuerza aérea estadounidense el 8 de diciembre y desembarcar en el norte de Luzón y el sur de Manila el 10 de diciembre.

Pese a producirse unas diez horas después del ataque contra Pearl Harbor, el ataque aéreo encontró en tierra a la mayoría de los aviones de MacArthur; y los dos desembarcos también fueron exitosos.

Pronto resultó evidente que el nuevo plan de defensa no estaba funcionando y las unidades estadounidenses y filipinas supervivientes se trasladaron a Bataán.

Debido al cambio de planes, allí no se había aprovisionado la comida y demás suministros necesarios y, en consecuencia, el hambre y las enfermedades debilitaron terriblemente a unos soldados que, no obstante, opusieron una resistencia mucho mayor de lo que los japoneses habían previsto.

El jefe de las fuerzas invasoras, el general Masaharu Homma, tuvo que pedir refuerzos.

Agotados, los defensores se vieron obligados a retroceder y terminarían rindiéndose el 8 de abril; el 6 de mayo se rendiría la fortaleza de la isla del Corregidor, y el 9 de junio, los demás defensores en el resto de las Filipinas.

Los militares japoneses asesinarían a miles de los soldados que se rindieron en Bataán mientras los conducían a los campos de internamiento.

Los supervivientes fueron sometidos a una explotación sistemática en los campos de prisioneros de guerra y las minas, donde muchos serían ejecutados.

Previamente Roosevelt había ordenado a MacArthur que saliera de Bataán y se trasladara a Australia para ponerse al mando de las fuerzas estadounidenses que enviaría allí.

La colaboración de los filipinos con los japoneses fue significativa, pero al mismo tiempo surgió en el archipiélago un pequeño movimiento de resistencia.

Los guerrilleros dieron ciertos problemas a los invasores y sirvieron como espías a los estadounidenses.

Las conquistas de Malasia y de las Filipinas fueron los preliminares de la conquista de las Indias Orientales holandesas.

El 15 de diciembre los japoneses habían desembarcado en la isla de Borneo, una parte de la cual estaba bajo control británico y otra bajo control holandés.

En las semanas siguientes los japoneses fueron desembarcando en una isla tras otra en la región.

Destruyeron una flota combinada de buques holandeses, estadounidenses y británicos en la batalla naval del mar de Java a finales de febrero y, el 8 de marzo, en la isla de Java, obligaron a rendirse a la mayor fuerza aliada de la zona.

Para entonces ya habían desembarcado también en la enorme isla de Nueva Guinea, tanto en el oeste, la zona holandesa, como en la costa septentrional, donde tomaron las ciudades de Lae y Salamaua.

Desde las islas Marianas y las islas Carolinas, que estaban bajo mandato japonés desde el final de la primera guerra mundial, se enviaron expediciones hacia el sur que con bastante rapidez tomaron las islas del Almirantazgo, las Gilbert y las Bismarck, así como la mayoría de las islas Salomón (Mapas 7 y 8).

De especial importancia fue la captura del archipiélago de Bismarck, pues incluía el destacado puerto de Rabaul, en el extremo norte de la isla de Nueva Bretaña, el cual se convertiría en la base central de la campaña japonesa que ahora amenazaba a Australia y Nueva Zelanda.

De forma simultánea a la conquista de las Indias Orientales holandesas y una gran cantidad de territorios e islas británicos en el Pacífico sur, el ejército japonés invadió Birmania.

El mismo día de la rendición de Java, los japoneses entraron en Rangún.

En las semanas siguientes expulsaron a las fuerzas británicas y chinas, así como a un pequeño contingente estadounidense, del resto de Birmania y para finales de abril se habían hecho con el control total del país.

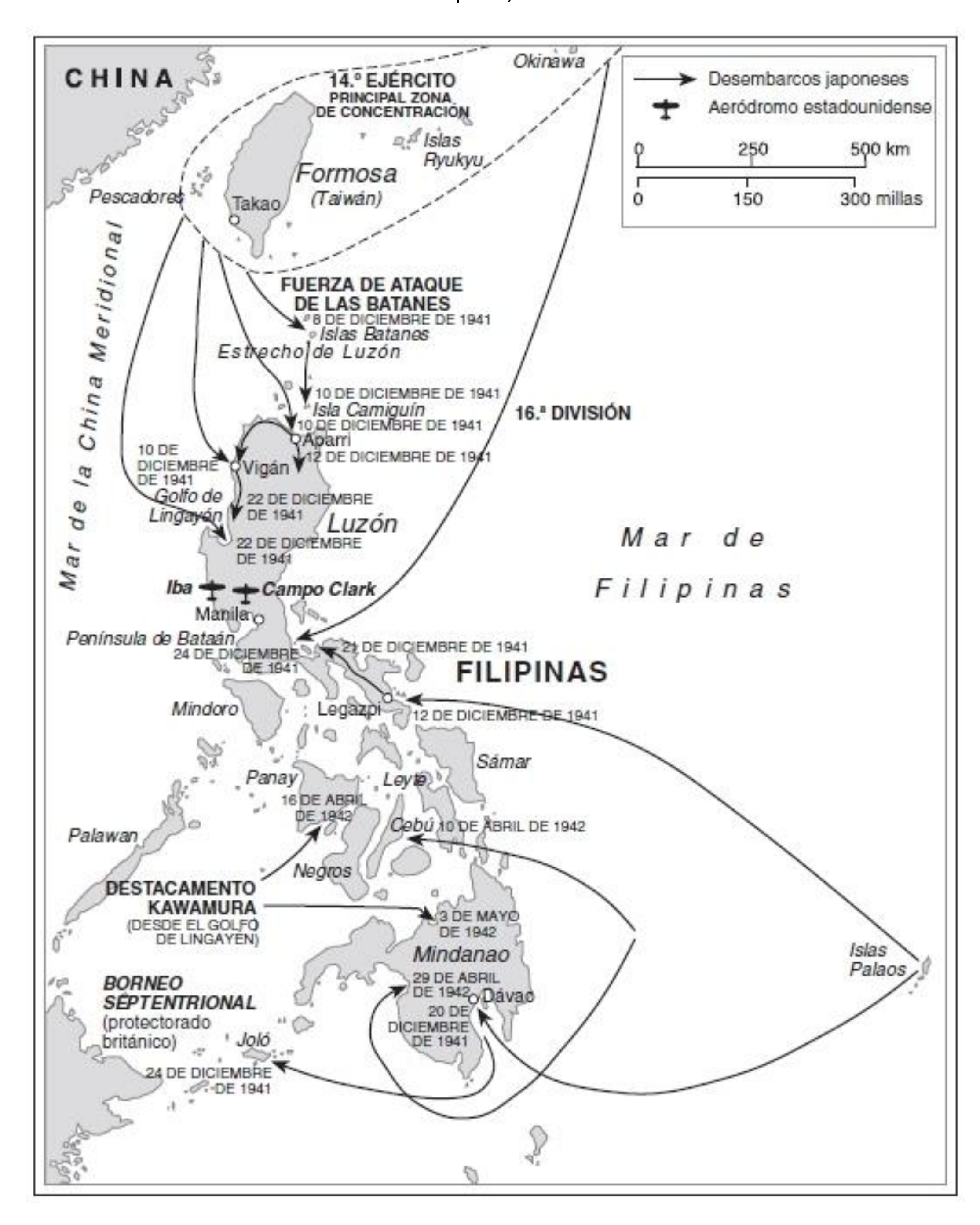
Esa conquista, sumada a la ocupación de las islas del océano Índico, hizo que se planteara la posibilidad, bien recibida por el régimen de Vichy, de que los japoneses ocuparan la isla de Madagascar, con lo que se clausuraría la ruta marítima utilizada por los Aliados para aprovisionar la India, Oriente Próximo y, a través de Irán, la Unión Soviética.

Ante semejante peligro, las fuerzas británicas, con apoyo indirecto de los estadounidenses, desembarcaron en el extremo norte de Madagascar el 4 de mayo de 1942 y, al cabo de unos meses, se hicieron con toda la isla.

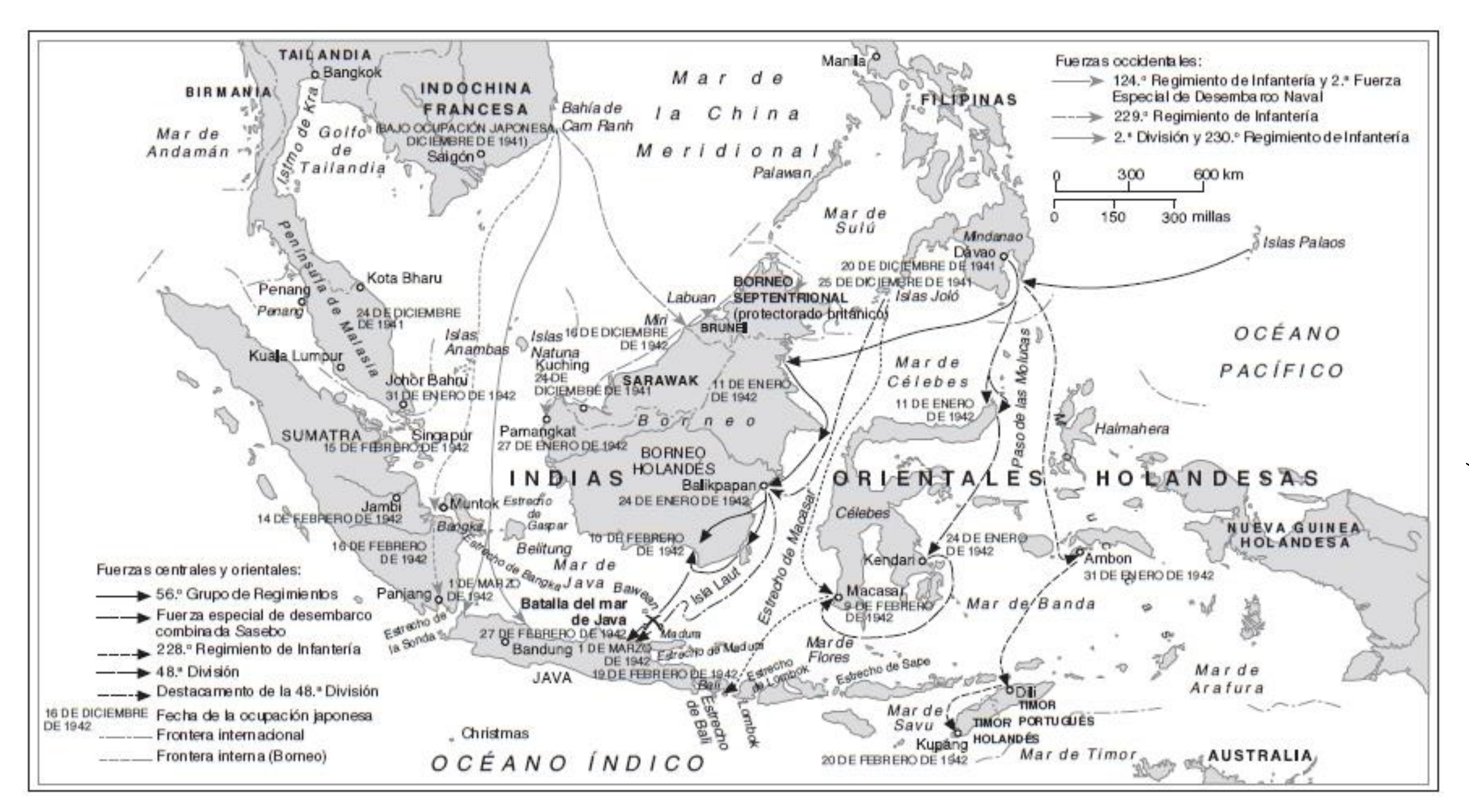
Allí los japoneses no solo habían perdido una oportunidad, sino que, debido a las diferencias entre el ejército y la armada, se abstuvieron por el momento de invadir la India o desembarcar en Ceilán (Sri Lanka).

Para entonces, no obstante, ya habían acordado con los alemanes el modo en que se repartirían Asia.

7. Las Filipinas, 1941-1942



8. Las Indias Orientales, 1941-1942



En diciembre Tokio propuso formalmente a Berlín dividirse Asia utilizando como referencia el meridiano 70º.

Esto daba a Japón la mayor parte de Siberia, toda China, la mayoría de la India y la totalidad del Sureste asiático.

Si bien algunos miembros del Alto Mando alemán querían una parte más grande de la zona industrial de Siberia, Hitler aceptó la propuesta y en febrero se firmó el acuerdo.

Asimismo, en diciembre, el despacho de Hideki Tojo, que desde octubre de 1941 era primer ministro y también ministro de Guerra, desarrolló un proyecto para la división del Pacífico sur y el hemisferio occidental, según el cual a Japón le corresponderían todas las islas del Pacífico, Australia y Nueva Zelanda, Alaska y las provincias occidentales de Canadá, el Estado de Washington, Centroamérica, las islas del Caribe, Ecuador, Colombia, el oeste de Venezuela, Perú y Chile.

Esta propuesta no llegó a presentarse a los alemanes, pero en vista de que dejaba a Alemania la mayoría del hemisferio occidental, es improbable que Hitler, que había aceptado dejar la mayoría de Asia a Japón, la hubiera objetado.

Las ofensivas japonesas se detienen

Antes de que esos ambiciosos planes pudieran hacerse realidad, era necesario que a las victorias iniciales les siguieran muchas más.

La estructura de mando japonesa estaba dividida en relación al rumbo a seguir, algo que ya había hecho abortar el avance en la India y el océano Índico.

Un avance de envergadura todavía más hacia el sur requería la captura de Puerto Moresby, en la costa meridional de Nueva Guinea, para amenazar a Australia.

Esto se intentó con un desembarco naval bajo la protección de la marina japonesa.

Esa ofensiva llevó a la batalla del mar del Coral, que se libró entre el 3 y el 8 de mayo de 1942.

En ese enfrentamiento, que principalmente involucró portaviones, los estadounidenses perdieron el portaviones de escuadra *Lexington* mientras que los japoneses perdieron el portaviones ligero *Shoho*; además, un portaviones de escuadra resultó dañado en cada bando. No obstante, independientemente de las pérdidas, la victoria estratégica fue para los estadounidenses, pues los japoneses tuvieron que desistir del desembarco en Puerto Moresby.

En lugar de ello, optaron por intentar tomar la ciudad por tierra a través del sendero de Kokoda, pero las fuerzas australianas, con ayuda de unidades de la fuerza aérea estadounidense, consiguieron detenerlos el 17 de septiembre de 1942, cuando estaban cerca de alcanzar su objetivo.

Para esa fecha, el intento japonés de tomar la base combinada de las fuerzas australianas y estadounidenses en la bahía de Milne, en el extremo suroriental de Nueva Guinea, también había concluido con una derrota aplastante.

Inmediatamente después del revés en el mar del Coral, los japoneses aprobaron dos operaciones adicionales.

*Bombardear la base aérea y naval estadounidense en Dutch Harbor y tomar las islas Kiska y Attu, pertenecientes al archipiélago de las Aleutianas, frente a la costa de Alaska.

Dos portaviones enviaron aeroplanos a bombardear Dutch Harbor y luego escoltaron el desembarco de los contingentes que tomaron las dos islas a comienzos de junio de 1942.

**Aunque esta campaña podía proporcionar a Japón una base desde la cual realizar nuevas conquistas en la zona, así como impedir los ataques de Estados Unidos desde esa dirección, los portaviones involucrados en ella no pudieron participar en la importante operación naval que estaba teniendo lugar simultáneamente más al sur, a saber, el intento de capturar la isla de Midway, una operación para la que Yamamoto de nuevo había obtenido autorización amenazando con renunciar al mando de la flota combinada.

Con todo, en este caso también es posible que la estructura de mando japonesa estuviera más dispuesta a aprobar la operación tras la incursión aérea sobre Tokio llevada a cabo por los aviones estadounidenses dirigidos por el coronel James Doolittle el 18 de abril de 1942.

Mientras que en la base de Pearl Harbor los estadounidenses consiguieron reparar, al menos parcialmente, el portaviones *Yorktown*, que había resultado dañado en la batalla del mar del Coral, en la fuerza enviada a destruir al resto de la armada estadounidense en la zona de Hawái y capturar la isla de Midway, los japoneses no incluyeron el portaviones de escuadra dañado en esa batalla y tampoco el que había perdido gran parte de sus aviones.

Además, dos de los seis portaviones de la flota que se dirigía a Midway se mantuvieron retrasados para proteger a los acorazados y cruceros que debían encargarse de destruir a la flota estadounidense cuando esta zarpara para proteger la isla.

Sin embargo, en Hawái los servicios de inteligencia estadounidenses habían descifrado el plan japonés, y el 4 de junio tres portaviones de la marina de Estados Unidos estaban listos para tomar por sorpresa a los cuatro portaviones japoneses al sureste de Midway.

Aunque los japoneses derribaron varios aviones torpederos, que volaban bajo, los bombarderos en picado estadounidenses hundieron tres de los portaviones japoneses y, poco después, también el cuarto.

El *Yorktown* sufrió graves daños y luego sería hundido por un submarino japonés, pero la batalla había favorecido con claridad a los estadounidenses.

La flota japonesa dio media vuelta tras haber perdido un crucero y algunos otros buques de guerra, pero lo más importante fue que mientras los estadounidenses estaban en condiciones de reemplazar el portaviones perdido, y así lo hicieron, los japoneses no podían reemplazar los suyos.

Y otro tanto ocurrió con los pilotos muertos en la batalla: los estadounidenses reemplazaron a los suyos, pero los japoneses nunca crearon un programa serio para la formación de nuevos pilotos, de modo que la pérdida de pilotos experimentados en el mar del Coral y Midway hizo que, a partir de entonces, Japón sufriera una escasez constante de pilotos bien adiestrados.

La batalla de Midway detuvo el avance japonés en el Pacífico y abrió el camino para la contraofensiva estadounidense.

Esta llegaría en agosto de 1942, en Guadalcanal, y nos ocuparemos de ella en el capítulo 6.

Lo que es fundamental para comprender la evolución de la guerra en general es que el avance japonés, aunque ahora contenido, obligó a Estados Unidos a apartarse temporalmente de la estrategia «Europa primero» y, en lugar de ello, enviar a la mayoría de las fuerzas disponibles y recién movilizadas al escenario de guerra del Pacífico a lo largo de 1942 y durante los primeros meses de 1943.

Este proceso retrasó las operaciones estadounidenses en los escenarios europeo y del Mediterráneo. Sin embargo, las potencias del Eje no lograron aprovechar ese retraso debido a su propia incapacidad para coordinar las operaciones.

El hecho de que los alemanes solo se enteraran de que Japón había perdido, no ganado, las batallas del mar del Coral y de Midway cuando los japoneses les propusieron comprar el portaviones alemán *Graf Zeppelin*, que aún estaba sin terminar, para llevárselo al Pacífico resume esa incapacidad.

Es de suponer que los estadounidenses, que descifraron los mensajes relevantes, debieron de sentirse decepcionados cuando Alemania rechazó la oferta.

Una guerra más amplia

Tan pronto Hitler tuvo noticias del ataque japonés contra Pearl Harbor, ordenó a la armada alemana que entrara en guerra con Estados Unidos y otros ocho países del hemisferio occidental.

No quiso esperar los tres o cuatro días que se necesitaban para reunir al Parlamento, darle la buena noticia de la guerra con los estadounidenses y llevar a cabo todas las formalidades diplomáticas.

Italia también se apresuró a declarar la guerra a Estados Unidos.

Y lo mismo hicieron otros tres Estados alineados con Alemania: Hungría, Rumanía y Bulgaria.

El presidente Roosevelt se comunicó con el Congreso para las declaraciones de guerra contra Japón, Alemania e Italia, que se aprobaron sin dilación, pero hizo que el Departamento de Estado intentara durante seis meses que los otros tres países retiraran sus declaraciones.

En junio de 1942, después de que estos se negaran de forma categórica a hacer lo que se les pedía, el mandatario renunció a seguir intentando negociar y el Congreso tramitó las declaraciones de guerra correspondientes.

Fueran cuales fueran las intenciones de los dirigentes de Hungría, Rumanía y Bulgaria en relación con Estados Unidos, no cabía duda de que la amenaza inmediata era la que provenía de Alemania e Italia, a saber, la que planteaban los submarinos del Eje en el Atlántico y el Caribe.

Previendo una confrontación con Estados Unidos, el almirante Dönitz, el oficial al mando de los submarinos alemanes, había enviado un buen número de estos a la costa este de Norteamérica.

En los primeros seis meses de 1942, sus hombres hundieron muchos barcos mercantes aliados pues el sistema de convoyes no estaba todavía en vigor y no había orden de apagar las luces en las ciudades costeras.

Los submarinos alemanes salían a la superficie en la noche y torpedeaban los barcos cuya silueta se recortaba contra las luces de hoteles, moteles y residencias.

La campaña alemana también se vio reforzada por un cambio en el sistema de códigos de la marina que impidió que los Aliados descifraran sus mensajes de radio durante gran parte de 1942.

Como si la marina estadounidense no tuviera suficiente con semejante revés, los submarinos del país se toparon con lo que fue sin duda un desastre. Resultó que los torpedos que se les habían proporcionado eran irremediablemente defectuosos.

Al comienzo de la guerra, la marina alemana se había encontrado con un problema en cierto sentido similar, pero consiguió corregirlo mucho más rápido de lo que los estadounidenses corrigieron el suyo.

No fue hasta bien entrado 1943 cuando los oficiales y las tripulaciones de los submarinos de Estados Unidos pudieron empezar a confiar en que los torpedos que disparaban contra las embarcaciones japonesas se moverían a la profundidad prevista y explotarían al alcanzar el blanco. La extrema vulnerabilidad de la armada y la industria japonesas a la falta de petróleo y otros materiales no podría aprovecharse hasta mucho más adelante en el conflicto.

La guerra incluía ahora a todas las potencias más importantes y en enero de 1942, en una conferencia en Washington, los Aliados se llamaron a sí mismos las Naciones Unidas, la etiqueta bajo la que lucharían juntos y, más tarde, organizarían una nueva institución internacional. Nada similar surgió nunca del bando contrario.

6

Cambio de curso: de otoño de 1942 a primavera de 1944

La ofensiva alemana de 1942 y el desastre en el este

Después de estabilizar el frente oriental entre abril y mayo de 1942, los alemanes lanzaron la operación Azul, la ofensiva de ese año.

Las pérdidas sufridas el año precedente descartaban una repetición de las ofensivas en todo el frente.

Esta vez habría solo una, en la parte meridional, con el objetivo de hacerse con los campos petrolíferos del Cáucaso y, simultáneamente, privar a los soviéticos de este recurso esencial y enriquecer el esfuerzo bélico del Eje.

Cualquier éxito en esta ofensiva implicaría extender los flancos del avance, de modo que en el invierno de 1941-1942 los alemanes instaron a sus aliados rumanos, italianos y húngaros a aumentar las tropas con las que contribuían al frente oriental, lo que efectivamente hicieron.

Los alemanes, sin embargo, no proporcionaron a sus aliados los cañones antitanque, ni demás equipo moderno que necesitaban para hacer frente a los soviéticos, y luego reaccionarían con sorpresa cuando, en el invierno de 1942-1943, las ofensivas del Ejército Rojo rompieran las partes del frente defendidas por esas unidades.

En el segmento meridional del frente, los soviéticos realizaron avances significativos con las ofensivas de invierno, pero las operaciones alemanas habían anulado estos antes de lanzar la operación Azul el 28 de junio.

El Ejército Rojo tenía muchas de sus reservas delante de Moscú previendo, equivocadamente, una nueva ofensiva allí, y eso permitió que en un comienzo las fuerzas alemanas realizaran un avance considerable en el sur.

Dos sucesos afectaron al desarrollo de la contienda.

*Por primera vez, Stalin permitió que los oficiales al mando en el frente organizaran retiradas sustanciales, con lo que los movimientos de cerco alemanes no se tradujeron en las enormes capturas de prisioneros características de la campaña de 1941.

**En segundo lugar, los alemanes no solo enviaron un grupo de ejércitos hacia el Cáucaso a través de la retomada Rostov, sino que utilizaron otro grupo de ejércitos para lanzar una ofensiva hacia el Volga, en Stalingrado, con el fin de proteger el flanco septentrional de la conquista que esperaban realizar.

En un principio ambas ofensivas hicieron avances considerables, pero luego se ralentizaron y finalmente se detuvieron.

Por un lado, los alemanes no habían sido capaces de reemplazar por completo las pérdidas humanas y materiales que habían sufrido el año anterior;

por otro, las unidades del Ejército Rojo lucharon de forma implacable y con una destreza cada vez mayor.

En la ofensiva sur, los alemanes capturaron el campo petrolífero de Maikop, pero luego, a finales de agosto, se detendrían delante de Novorosíisk, en la costa del mar Negro, y Grozni, en el Cáucaso.

Al mismo tiempo, la fuerza que se había dirigido a Stalingrado había llegado al Volga, pero estaba detenida en la ciudad y sus alrededores (Mapa 9).

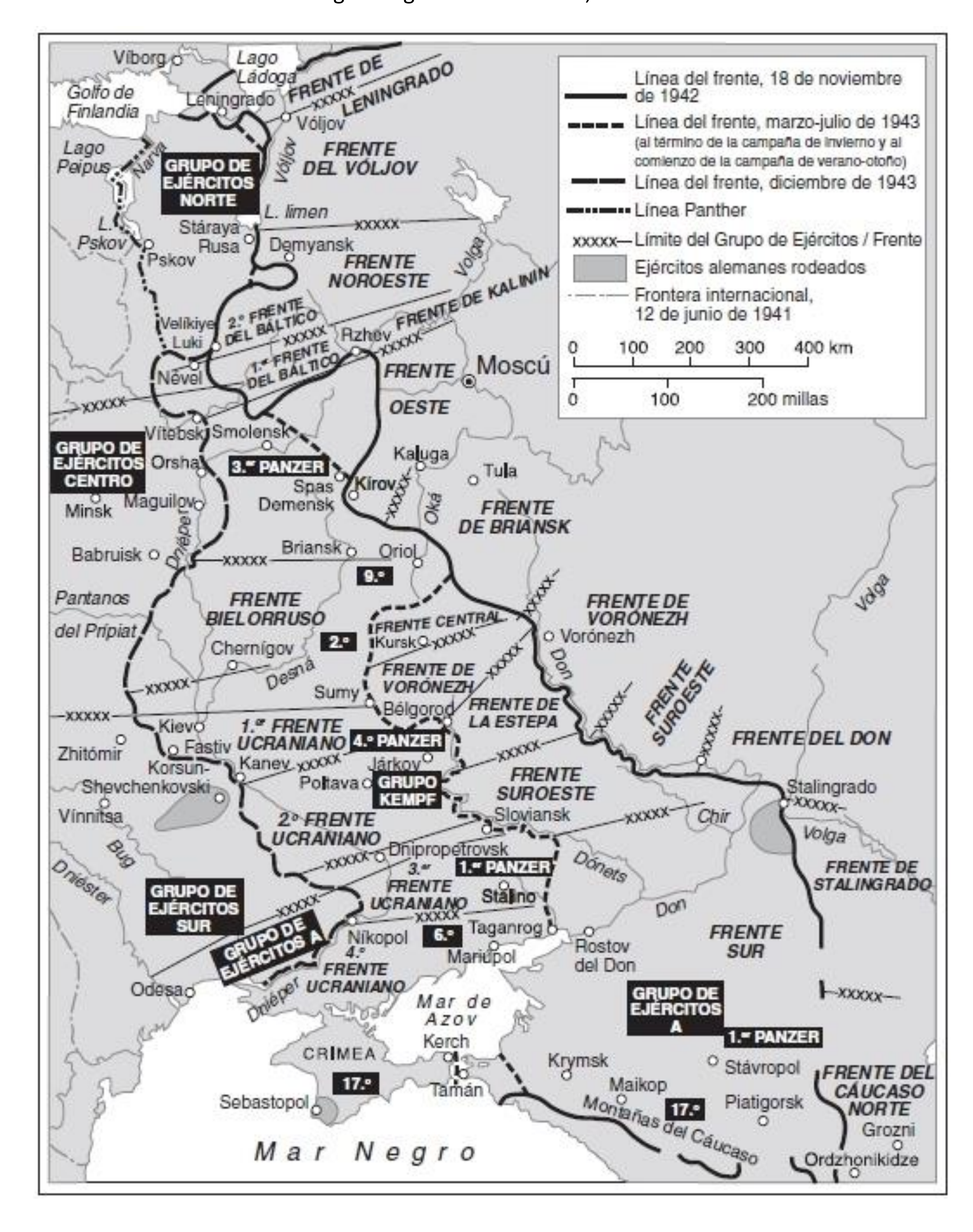
Los alemanes sometieron Stalingrado a un bombardeo intenso y se abrieron camino a través de la ciudad, pero el Ejército Rojo disputaba cada manzana y contraatacaba repetidamente, en especial en el sector norte del frente urbano.

Los alemanes tuvieron que destinar cada vez más y más unidades a los combates en las calles mientras que los soviéticos seguían enviando refuerzos a la ciudad desde el otro lado del Volga.

Dado que los dos grupos de ejércitos alemanes estaban separados por más de trescientos kilómetros, no podían ayudarse el uno al otro en su intento de continuar el implacable avance.

En el frente delante de Moscú, el Ejército Rojo lanzó primero una ofensiva pequeña y luego una a gran escala, pero ambas fueron insuficientes para sacar a los alemanes de las posiciones que tenían desde el invierno.

9. La guerra germano-soviética, 1942-1943



En Stalingrado, sin embargo, la situación era diferente.

Los flancos del avance alemán sobre la ciudad estaban principalmente cuidados por ejércitos rumanos apoyados por un número limitado de unidades alemanas.

Y la Stavka, el alto mando del Ejército Rojo, preparó ofensivas a gran escala contra los flancos septentrional y meridional de los alemanes que combatían dentro de la ciudad al tiempo que siguió enviando refuerzos para su defensa.

Tras esperar a que los Aliados occidentales desembarcaran en el noroeste de África, lo que maniataba a las fuerzas alemanas en el oeste (una cuestión que se reseña más adelante), el 19 de noviembre el Ejército Rojo lanzó la operación Urano.

Tanto en el norte como en el sur, las unidades de blindados y la infantería atacaron en masa y se abrieron paso a través de las fuerzas rumanas y alemanas que defendían los flancos y se encontraron pocos días después.

Aún antes de que las fuerzas soviéticas hubieran confluido, Hitler había dispuesto un nuevo grupo de ejércitos para romper el cerco que estaban creando y ordenó al general Friedrich Paulus, al que pronto ascendería a mariscal del campo, que resistiera con firmeza en la ciudad.

La fuerza aérea alemana se encargaría de mantener aprovisionado al 6.º Ejército y las unidades vinculadas a él en la bolsa y el nuevo grupo de ejércitos rompería el cerco.

La ofensiva empezó el 12 de diciembre, pero falló.

A continuación, el Ejército Rojo atacó a las tropas rodeadas y aplastó al ejército italiano que defendía una porción del frente noroccidental de Stalingrado.

Los últimos alemanes que sobrevivían en las ruinas de la ciudad se rindieron a finales de enero de 1943.

Un hecho clave fue que los combates y la derrota alemana en Stalingrado dominaron los titulares del mundo entero durante meses y ambos bandos vieron en ellos un giro crucial en la guerra.

Además, una consecuencia práctica de la derrota en Stalingrado fue que obligó a los alemanes a retirar al grupo de ejércitos que se había adentrado en el Cáucaso por temor a que también este quedara aislado.

Esa fuerza mantuvo una porción del territorio que había tomado antes, la cabeza de puente de Kubán, desde la que Hitler esperaba atacar de nuevo al Cáucaso ese mismo año.

Sin embargo, el plan se reveló imposible para la ya debilitada Alemania y el área sería evacuada a comienzos de octubre de 1943.

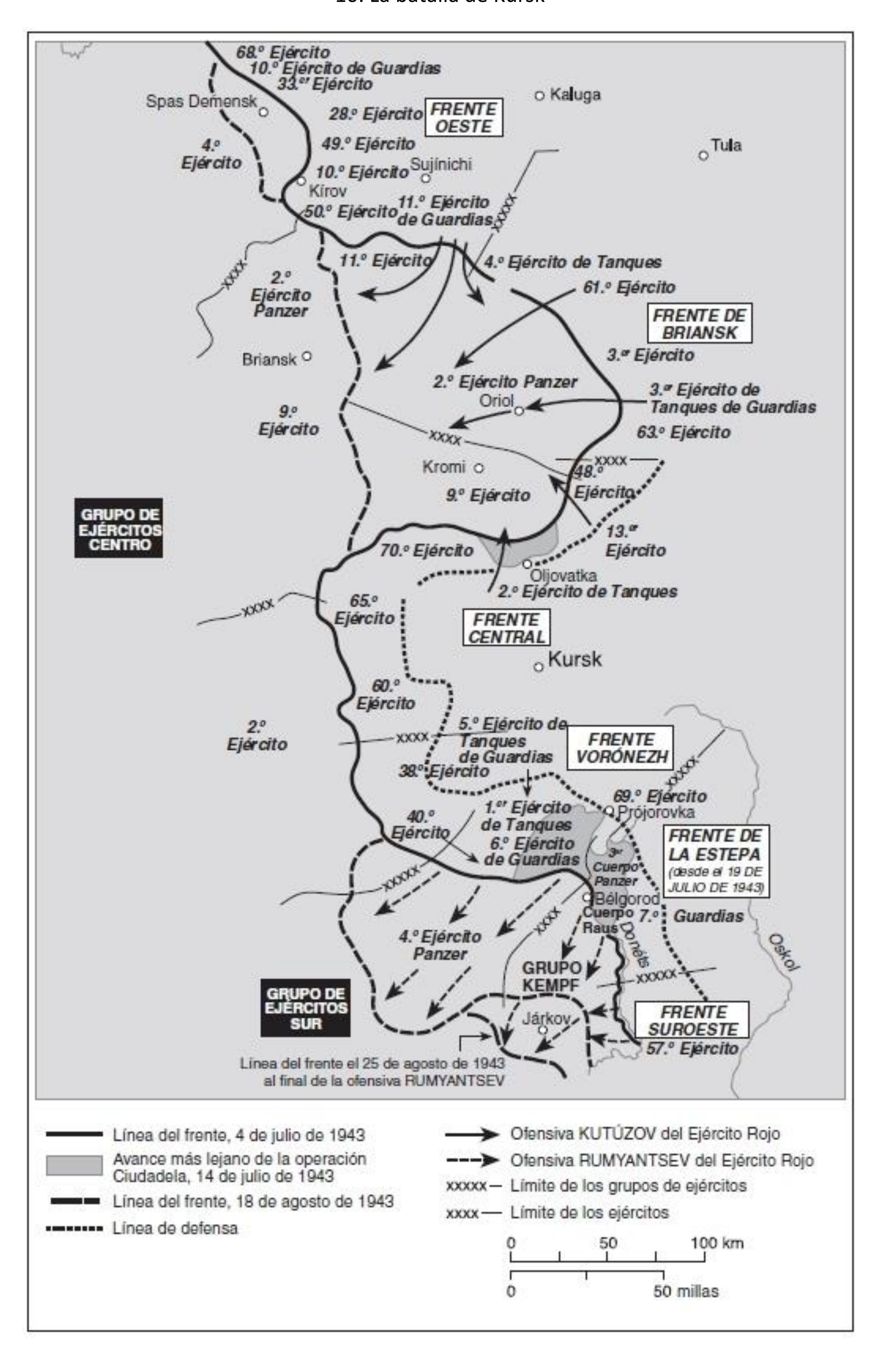
El colapso del frente sur alemán tentó a los soviéticos a avanzar con más rapidez de lo que la situación aconsejaba; y a finales de febrero de 1943 los alemanes golpearon a las unidades de vanguardia del Ejército Rojo, retomaron Járkov y demostraron a los dirigentes soviéticos que, a pesar de la victoria en Stalingrado, tenían una lucha mucho más difícil por delante.

Acaso fue esta experiencia la que hizo que Stalin acogiera el consejo de sus jefes militares de pasar a la defensiva, esperar a la ofensiva que los alemanes emprenderían en el verano de ese año y, solo entonces, lanzar ofensivas a gran escala.

Ambos bandos consideraron que el saliente alrededor de la ciudad de Kursk era el lugar obvio para el próximo gran enfrentamiento: los soviéticos lo convirtieron en un área más fortificada todavía y los alemanes se prepararon para asaltarlo tanto desde el norte como desde el sur (Mapa 10).

Los alemanes pospusieron la ofensiva repetidas veces mientras reaprovisionaban a sus fuerzas, en especial con los nuevos tanques pesados, el Panzer V Panther y el Panzer VI Tiger, cuyo diseño y cuya construcción habían sido ordenados por el ejército tras aprender en 1941 que el Ejército Rojo tenía tanques más grandes y mejores que los suyos.

10. La batalla de Kursk



La iniciativa en el este y los cambios en el Mediterráneo en 1943

El 5 de julio los alemanes lanzaron la operación Ciudadela para aplastar a las fuerzas soviéticas en el saliente de Kursk y recuperar la iniciativa en el este.

Después de varios días de combates encarnizados en ambos segmentos del frente, los alemanes se abrieron paso a golpes e infligieron graves pérdidas al Ejército Rojo, pero pese a ello no consiguieron vencer.

Aunque las cifras de bajas eran favorables a los alemanes, lo cierto es que Alemania no podía permitirse las pérdidas que había sufrido, y su incapacidad para lograr un avance significativo suponía un fracaso enorme.

Las noticias del desembarco de los Aliados en Sicilia y de la ofensiva soviética en la zona de Oriol, por detrás de las fuerzas que atacaban el saliente de Kursk desde el norte, aceleraron el fin de la ofensiva.

A partir de entonces el Ejército Rojo tuvo la iniciativa, justo en el momento en que la fuerza aérea soviética estaba haciéndose con el control del aire en un campo de batalla en el que la fuerza aérea alemana, exigida tanto en el Mediterráneo como en casa, ya no daba abasto.

Una serie de importantes ofensivas soviéticas consiguieron primero hacer retroceder al ejército alemán en la parte central del frente, luego entrar en Ucrania y, al final del año, romper el sitio de Leningrado.

En estas ofensivas el Ejército Rojo demostró que sus oficiales habían aprendido muchísimo, mientras que resultó claro que las fuerzas armadas alemanas estaban cada vez más débiles.

Aunque el liderazgo en cuestión de tanques de algún modo había pasado a los alemanes, el Ejército Rojo tenía tantísimos más blindados (la mayoría producidos en sus propias fábricas y algunos proporcionados por los estadounidenses usando el sistema de «préstamo y arriendo») que los alemanes no tenían forma de bloquearlos cuando se lanzaban al ataque de forma decidida.

Para apoyar sus ofensivas, los soviéticos invariablemente recurrían a la artillería, que usaban en una escala formidable, y en los últimos años de la guerra disfrutarían de dos importantes ventajas.

*Por un lado, el movimiento partisano, que obstaculizó las comunicaciones y el transporte alemán cuando se le pidió hacerlo en momentos y lugares críticos.

**Por otro lado, el espionaje alemán en el frente oriental, que desde comienzos de 1942 estaba dirigido por el general Reinhard Gehlen, fue casi siempre víctima de la desinformación soviética y de la incompetencia irremediable de Gehlen.

Para la primavera de 1944 los soviéticos estaban en condiciones de decidir la mejor forma de aplastar a las fuerzas alemanas que aún permanecían en su país y coordinaron el momento de hacerlo con sus aliados.

A diferencia de los soviéticos, que pudieron concentrarse en un solo frente, los Aliados occidentales estaban librando una guerra en múltiples frentes.

Habiendo por fin contenido el avance ítalo-alemán en Egipto en julio de 1942, los británicos, con apoyo de Estados Unidos, se prepararon para lanzar una nueva ofensiva allí.

Esta empezó a finales de octubre: en una batalla agotadora en El Alamein derrotaron a las fuerzas del Eje, persiguieron a los efectivos restantes en su lenta huida a través de los desiertos de Egipto y Libia y terminarían encontrándose con un desembarco combinado de fuerzas estadounidenses y británicas en el noroeste de África, todavía bajo control de la Francia de Vichy.

El 8 de noviembre, en la denominada «operación Antorcha», los Aliados consiguieron desembarcar con éxito en las costas atlántica y mediterránea de Marruecos y en Argelia.

Las unidades de Vichy inicialmente combatieron contra las fuerzas aliadas, pero luego el general Dwight Eisenhower, el oficial al mando de la operación, llegó a un acuerdo con el jefe militar del régimen de Vichy, el almirante François Darlan, que se encontraba en Argelia debido a la enfermedad de su hijo Alain, para poner fin a la lucha y que algunas de las tropas bajo su mando cambiasen de bando.

Entre tanto, en Túnez, gracias a la colaboración de los oficiales leales a Vichy, que no ofrecieron resistencia a la llegada de las tropas alemanas e italianas enviadas con rapidez desde Sicilia, las potencias del Eje consiguieron mantener el control de la capital y de la ciudad de Bizerta, las dos plazas claves del país, y detener el avance de los ejércitos aliados.

Es necesario ver estos acontecimientos en el contexto más amplio de la guerra.

Hitler tenía la esperanza de expulsar a los Aliados fuera del noroeste de África, pero no podía enviar suficientes fuerzas allí debido a la ofensiva soviética en Stalingrado.

Por otro lado, las fuerzas enviadas a Túnez eran fuerzas que ya no podía emplear para intentar romper el cerco de Stalingrado.

Para los Aliados occidentales el impacto crítico de esos movimientos fue que la necesidad de emprender una campaña para arrebatar Túnez al Eje (al ejército destinado allí se sumaron las fuerzas que se habían retirado de El Alamein) implicaba que no habría tiempo suficiente en 1943 para trasladar las tropas de África a Gran Bretaña e invadir Europa a través del canal de la Mancha ese mismo año, una operación que tendría que ser pospuesta hasta 1944.

En enero de 1943, durante los combates en Túnez, los líderes políticos y militares de Estados Unidos y el Reino Unido se encontraron en Casablanca para planear los pasos futuros.

Para entonces estaba claro que sería imposible invadir Francia en 1943, de modo que para hacer una contribución real a la lucha contra el Eje ese año se decidió invadir Sicilia tan pronto como fuera posible tras la victoria en Túnez y, después, quizá, la Italia continental.

La ofensiva aérea contra Alemania continuaría y aumentaría su escala; la fuerza aérea estadounidense dedicaría sus esfuerzos a atacar durante el día los blancos industriales y otras infraestructuras importantes, mientras que la Real Fuerza Aérea británica continuaría dedicándose a bombardear las ciudades en la noche.

Debido al constante hundimiento de buques en el Atlántico, donde los Aliados perdían cada vez más embarcaciones de las que podían construir, en 1943 se dio la máxima prioridad a la lucha contra los submarinos alemanes.

Tanto para aliviar el malestar que el trato con Darlan había causado en Gran Bretaña y Estados Unidos como para demostrar a los soviéticos que el aplazamiento de la invasión en el oeste no implicaba en absoluto un relajamiento en el esfuerzo bélico de los Aliados occidentales, la cumbre de Casablanca también fue la ocasión para anunciar públicamente una política en la que coincidían desde mucho antes: los países del Eje tendrían que rendirse sin condiciones.

La propuesta de eximir a Italia de esta obligación había sido vetada por Londres, y Roosevelt y Churchill idearon la forma de convertir el anuncio en una parte especial de su mensaje a la opinión pública.

Para la época de la conferencia de Casablanca, Darlan había sido asesinado por un monárquico francés y los dos mandatarios aliados habían intentado reconciliar al líder de la Francia Libre, de Gaulle, con el general francés Henri Giraud, que había conseguido escapar de un campo de prisioneros alemán.

De Gaulle se apresuraría a hacer a un lado a Guiraud y establecer un gobierno provisional en Argel.

Una cantidad considerable de los soldados franceses en el norte de África se sumaron a las fuerzas británicas y estadounidenses, mucho más grandes, que luchaban en Túnez contra las unidades del Eje, atrapadas ahora entre ellos y el contingente británico que las había perseguido a través de Libia.

En el paso Kasserine, cerca del extremo sur del frente tunecino, los alemanes lanzaron un ataque que logró derrotar a parte del todavía inexperto ejército estadounidense, pero su progreso se detuvo y en los meses siguientes serían arrinconados en el nororiente de Túnez, donde más de doscientos setenta mil soldados del Eje se rindieron a comienzos de mayo de 1943.

Así como los aviones de transporte alemanes que luchaban por proveer a las tropas rodeadas en Stalingrado no podían usarse para proveer a las unidades del Eje en Túnez, los aviones que volaban de Sicilia a Túnez no podían contribuir al abastecimiento aéreo de la bolsa de Stalingrado.

De forma similar a los estadounidenses, a quienes el avance japonés había obligado a desviar parte de sus fuerzas al Pacífico, las potencias europeas del Eje estaban viéndose obligadas a combatir en varios frentes a la vez.

La guerra en el mar y en el aire

Las operaciones posteriores a la rendición del Eje en Túnez, y los desembarcos en Sicilia y la Italia continental, presuponían que los Aliados consiguieran cambiar la tendencia de la guerra en el mar, lo que se convirtió en su mayor prioridad.

A pesar de las difíciles batallas de los convoyes contra los submarinos alemanes en marzo y abril, los Aliados lograron una victoria importante en mayo y junio de 1943.

La utilización de más aviones de largo alcance, buques de guerra adicionales, portaviones escolta y radares marítimos y el renovado desciframiento del código naval alemán permitieron a las marinas británica, estadounidense y canadiense hundir tantos submarinos que Dönitz dio por perdido el Atlántico norte.

Hitler le animó a desarrollar dos nuevas clases de submarinos y luego subordinaría la estrategia en la parte septentrional del frente oriental a la necesidad de controlar el mar Báltico con el fin de que pudiera probar las naves y adiestrar a las tripulaciones.

Sin embargo, para cuando los nuevos submarinos estuvieron listos, en abril de 1945, la guerra estaba terminando.

Por otro lado, los Aliados se liberaron de la camisa de fuerza que las pérdidas navales imponían a sus decisiones estratégicas *en el otoño de 1943, cuando la construcción de nuevas embarcaciones superó las pérdidas totales*, una estadística que a partir de entonces no haría sino mejorar.

Durante 1942 y 1943 los británicos y los estadounidenses aumentaron considerablemente los ataques aéreos contra Alemania y las partes de Europa que se encontraban bajo control alemán.

Los bombardeos a gran escala que los británicos llevaron a cabo sobre Hamburgo en julio de 1943 desencadenaron por primera vez una tormenta de fuego, un tipo de desastre urbano que volvería a ocurrir varias veces en ataques posteriores.

Más allá de las discusiones acerca de la eficacia de los bombardeos estratégicos y la moralidad de los ataques contra centros urbanos que esta ofensiva suscitó tanto durante como después de la guerra, hay varios aspectos de estas operaciones sobre los que no cabe duda.

*El pueblo alemán, que tanto había aplaudido el hecho de que el régimen nazi quebrantara las restricciones impuestas por el tratado de paz de 1919, estaba ahora experimentando lo que los vencedores de la primera guerra mundial habían tratado de prevenir.

**Después de 1945 algunas ciudades alemanas conservarían de forma deliberada las ruinas de algún edificio importante, por lo general una iglesia, para que las generaciones posteriores recordaran las consecuencias de la guerra.

***Otro efecto significativo de los bombardeos fue que trastornaron de manera considerable la producción industrial, el sistema de transporte y la importantísima industria del combustible sintético.

****En 1943 los alemanes empezaron a disparar más obuses al aire que en los frentes, y para 1944 habría más piezas de artillería alemanas apuntando al cielo que a blancos en tierra.

*****Además, para operar los sistemas antiaéreos, los alemanes tuvieron que usar, literalmente, a cientos de miles de hombres, prisioneros y, llegado el momento, chicos y chicas jóvenes.

******Del mismo modo en que los mil submarinos que Alemania construyó durante la guerra utilizaron un material que, de lo contrario, habría permitido producir treinta mil tanques para el frente oriental, el desvío de recursos para hacer frente a la campaña aliada de bombardeos ayudó a los soviéticos, que eran los que estaban llevando a cabo la mayor parte de los combates en tierra.

Este desvío de recursos para la defensa frente a los bombardeos amenazó con inclinar la balanza en contra de los Aliados occidentales en el otoño de 1943.

El uso combinado de grandes cantidades de cazas con fuego antiaéreo desde tierra infligió pérdidas crecientes a los bombarderos atacantes.

Cuando la tasa de pérdidas llegó a un nivel alto, los Aliados tuvieron que modificar las operaciones, pues el control total del aire en Europa occidental era un prerrequisito tan clave para cualquier invasión del continente como lo había sido en su momento para la invasión de Inglaterra planeada por los alemanes.

En este contexto la necesidad de escoltar a los bombarderos hasta sus objetivos condujo al exitoso papel del F-51 Mustang y a las importantes batallas aéreas de febrero y marzo de 1944.

La evolución posterior de la guerra en Europa se vio en gran medida afectada por,

*en primer lugar, la incapacidad de Alemania para invertir la derrota naval sufrida en junio de 1943 y,

**en segundo lugar, el éxito de los Aliados a la hora de superar los problemas que sus fuerzas aéreas enfrentaron en el otoño de ese año.

Las campañas en Sicilia e Italia

La continuación inmediata de la campaña tunecina fue la operación Husky, el desembarco de las tropas británicas y estadounidenses en Sicilia el 10 de julio de 1943.

La llegada por mar de las fuerzas aliadas estuvo precedida por un engaño que llevó a los alemanes a esperar invasiones en otros lugares y asaltos aerotransportados que, si bien implicaron una buena dosis de confusión, contribuyeron un poco a facilitar el desembarco.

Las unidades italianas se disolvieron con relativa rapidez mientras que las unidades alemanas lucharon con tenacidad, al punto de que en un determinado momento amenazaron con derrotar a las fuerzas estadounidenses que desembarcaron en Gela.

Cuando el 8.º Ejército británico encontró dificultades en la zona suroriental de la isla, el general Montgomery, el oficial al mando de este, optó por tomar una de las rutas principales asignadas en el plan original al 7.º Ejército estadounidense, lo que a su vez hizo que el general Patton decidiera avanzar hacia Palermo en el extremo noroccidental.

Aunque esa ofensiva funcionó, los Aliados tuvieron luego que sacar a los alemanes de la parte nororiental de la isla, algo que finalmente consiguieron hacer; sin embargo, lo que no pudieron evitar fue que el grueso de las tropas alemanas escapara por el estrecho de Mesina (Mapa 11).

La conquista aliada de Sicilia tuvo tres efectos importantes sobre la guerra.

*Ayudó a precipitar la caída de Mussolini, que fue destituido por sus socios fascistas el 25 de julio y luego detenido por orden del rey Víctor Manuel III.

Para entonces el fascismo no tenía ya el mismo respaldo entre la población italiana: el régimen había perdido el Imperio colonial del país; había sufrido un gran número de bajas en el frente oriental, en el que los italianos no querían ver involucrado a su país; y, es necesario añadir, había alineado a la nación completamente con los alemanes, con quienes los italianos por lo general no simpatizaban, en especial ahora que las tropas a las órdenes de Hitler llegaban en masa a la península.

**Esta última cuestión guarda relación con la segunda consecuencia de la campaña siciliana.

Cuando fue obvio que tanto el ejército como la opinión pública italianos estaban cansados de la guerra, el Alto Mando alemán comprendió que tendría que reemplazar con sus tropas a las unidades italianas estacionadas en la Francia ocupada, Yugoslavia y Grecia, así como a las encargadas de defender la misma península italiana.

Aunque la situación resultó evidente tras la rendición italiana de septiembre de 1943, los dirigentes alemanes habían empezado a entenderla meses antes.

***La tercera consecuencia de la victoria aliada en Sicilia está interrelacionada con la segunda: los Aliados decidieron invadir la Italia continental mientras el gobierno de Pietro Badoglio, que había sustituido a Mussolini, estaba negociando la rendición.

Los desembarcos aliados de septiembre, los británicos en la punta de la bota y una fuerza combinada anglo-estadounidense en Salerno, cerca de Nápoles, obligaron a los alemanes a elegir entre dedicar una cantidad considerable de fuerzas a la defensa de la península o abandonarla sencillamente.

Optaron por lo primero, *lo que significó que a partir de entonces dos ejércitos enteros combatirían en Italia en lugar de*

apoyar la retirada del ejército alemán en el frente oriental o

***reforzar las tropas destinadas a Francia y Bélgica, algo necesario para repeler cualquier desembarco aliado desde Gran Bretaña.*

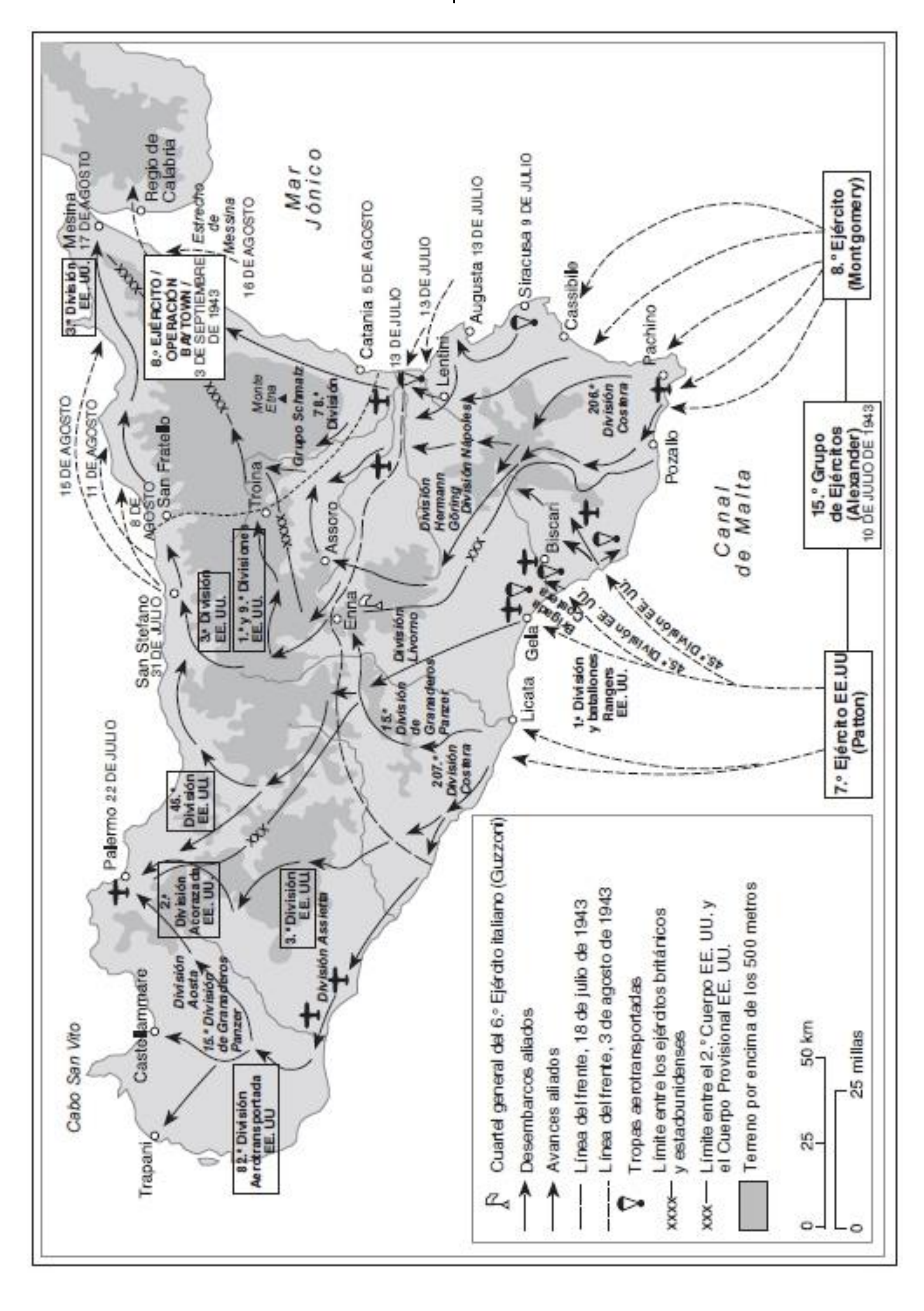
La contienda en Italia enfrentó a dos ejércitos aliados contra dos ejércitos alemanes en una campaña en la que el control del aire aliado compensaba un terreno que favorecía la defensa.

En una lucha encarnizada, los Aliados se abrieron paso por la península.

Si bien el intento de romper lo que parecía un punto muerto mediante un desembarco en Anzio, al sur de Roma, en enero de 1944 no tuvo el resultado deseado, los Aliados sí consiguieron tomar la provincia de Foggia, lo que les proporcionó, como estaba previsto, aeródromos desde los cuales lanzar bombardeos contra importantes blancos en las partes de Europa central y suroriental controladas por los alemanes y sus aliados.

Al mismo tiempo que los soviéticos planeaban la gran ofensiva del verano de 1944, los Aliados occidentales se preparaban para lanzar, más o menos por la misma época, una nueva ofensiva a gran escala en Italia.

11. La campaña siciliana



La guerra en el Pacífico, 1942-1943

Por los meses en que los Aliados estaban realizando ofensivas intermitentes contra las potencias del Eje en el norte de África y Europa, llevaban a cabo operaciones similares en el Pacífico y Asia oriental.

Después de la decisiva victoria naval en Midway, los estadounidenses lanzaron a comienzos de agosto de 1942 una ofensiva en las islas Salomón, donde la construcción de un aeródromo japonés en Guadalcanal amenazaba las comunicaciones marítimas con Australia.

Los japoneses optaron por un procedimiento que, dada la situación, los estadounidenses no tuvieron otra alternativa que imitar: seguir enviando refuerzos.

El resultado fue una batalla de desgaste que se prolongó durante seis meses y que al final ganaron los estadounidenses; en febrero de 1943 los japoneses evacuaron las unidades que quedaban en la isla.

Sin embargo, mientras que los estadounidenses podían reemplazar las pérdidas que habían sufrido y, de hecho, aumentaron sus fuerzas en el Pacífico, los japoneses no estaban en condiciones de hacerlo.

Mientras tenían lugar las batallas en, alrededor y sobre Guadalcanal, en Nueva Guinea las fuerzas estadounidenses y australianas hacían retroceder a los japoneses en el sendero de Kokoda, para luego llevar a cabo una serie de desembarcos en la costa septentrional de la isla.

Estados Unidos buscaba ahora derrotar a Japón mediante un doble avance en el Pacífico, apoyado con dos ofensivas adicionales en Asia oriental.

*En el Pacífico suroccidental una serie de operaciones de desembarco dirigidas por el general Douglas MacArthur avanzarían a través de las islas que los japoneses habían ocupado en su ofensiva inicial hasta alcanzar las Filipinas, lo que sentaría las bases para el ataque contra el archipiélago japonés.

**En el Pacífico central, los marines y las unidades del ejército a las órdenes del almirante Chester Nimitz, después de reclamar las dos islas Aleutianas tomadas por los japoneses, emprenderían una serie de operaciones navales para penetrar a través de los grupos de islas perdidos por los británicos y los que los japoneses administraban por mandato de la Sociedad de las Naciones tras el final de la primera guerra mundial, se encaminarían luego bien a las Filipinas, bien a Taiwán, y finalmente atacarían Japón.

*Se esperaba que fuera posible lanzar una tercera ofensiva desde China, que estaba mucho más cerca del archipiélago japonés, y que

**un asalto soviético desde el norte después de la victoria sobre Alemania mantuviera ocupadas a las fuerzas japonesas en China y amenazara la metrópoli desde una nueva dirección.

Dado que en China habían estado librándose combates desde 1937, quizá sea útil detenernos un momento en ese escenario bélico.

El ejército japonés en China lanzaba de forma periódica ofensivas locales en las áreas que todavía se encontraban bajo el control del gobierno nacionalista, pero este continuaba defendiéndose.

Estados Unidos apoyaba a una pequeña unidad de aviones de caza en China, a la que esperaba añadir bombarderos capaces de llegar a las islas de Japón.

Los esfuerzos para expulsar a los japoneses del norte de Birmania en conjunto con los británicos tenían como objetivo principal no solo aumentar la cantidad de suministros enviados a los nacionalistas chinos, sino también permitir el despliegue de los bombarderos.

Mientras no se construyera una nueva carretera o se reabriera la ruta original cortada por los japoneses, la entrega de suministros debía hacerse a través del Himalaya, mediante un puente aéreo desde la provincia de Assam, en el nororiente de la India.

La combinación de tres elementos llevó a los japoneses a lanzar dos ofensivas de envergadura en el verano de 1944.

*El desarrollo en China de bases aéreas desde las que los bombarderos de largo alcance estadounidenses podían llegar a Japón,

**el aumento del abastecimiento aéreo a través de Assam y

***el creciente éxito de los submarinos aliados contra los barcos japoneses

*condujeron a la decisión de lanzar en China la ofensiva Ichi Go con el fin de capturar los nuevos aeródromos y, simultáneamente, abrir una conexión de ferrocarril con los territorios conquistados del Sureste asiático, que habían quedado aislados debido al hundimiento de muchísimos buques mercantes por parte de los Aliados.

**La segunda ofensiva, contra Assam desde Birmania, tenía como objetivo cortar la ruta del abastecimiento aéreo y se especulaba con la posibilidad de que pudiera desencadenar también una revuelta en la India.

La ofensiva en China fue un éxito total.

*A largo plazo, ayudó a allanar el camino a la victoria comunista en la posterior guerra civil;

**a corto plazo, logró acabar con los bombardeos de Japón desde China y puso fin a la idea de invadir el archipiélago desde ese país.

La invasión de la provincia de Assam, en cambio, terminó convirtiéndose en la mayor derrota de la guerra para el ejército japonés, aplastado en la batalla de Imfal-Kohima por el ejército angloindio, que a partir de entonces inició la expulsión de los japoneses de Birmania central y meridional.

En el Pacífico suroccidental, las fuerzas estadounidenses con algún apoyo australiano hicieron retroceder a los japoneses en una serie de desembarcos en las islas Salomón y del Almirantazgo y en la costa norte de Nueva Guinea.

Para el verano de 1944, la ofensiva había dejado completamente aislados los territorios y las bases que aún permanecían en manos de los japoneses y Estados Unidos se preparaba para asaltar las Filipinas.

En el escenario del Pacífico central, otra serie de desembarcos, empezando por el llevado a cabo en Tarawa, en las islas Gilbert, habían avanzado hacia las Marianas, donde el primer desembarco, en Saipán, tuvo lugar en junio de 1944.

En esta ruta también se dejaron atrás las fuerzas y bases japonesas y se diezmó a la marina.

La campaña submarina contra las embarcaciones japonesas (ahora eficaz gracias al desciframiento de los códigos japoneses y el uso de torpedos que funcionaban) dificultó cada vez más a Japón a valerse de los recursos de los territorios conquistados en el invierno de 1941-1942.

La resistencia en las zonas ocupadas y las políticas de los países neutrales al producirse el cambio de rumbo

Los claros indicios en todos los escenarios del conflicto de que los Aliados le habían dado un giro a la guerra sirvieron para estimular los movimientos de resistencia en los territorios que los alemanes, italianos y japoneses habían ocupado y todavía controlaban.

Esto fue así tanto en Europa occidental y suroriental como en Dinamarca y Noruega.

Allí, como en las Filipinas, las Indias Orientales holandesas y otras zonas todavía en poder de los japoneses, la horrorosa conducta de las fuerzas de ocupación contribuyó a que la resistencia creciera.

Los Aliados a menudo tenían contacto con esos movimientos y les proporcionaban armas.

El cambio del gobierno británico en relación a la situación en Yugoslavia, donde pasó de apoyar a los chetniks, la guerrilla monárquica, a respaldar a los partisanos comunistas, contribuiría luego a la victoria de estos últimos en la guerra civil y a la independencia respecto a la Unión Soviética que caracterizaría a su líder, el mariscal Tito, durante la posguerra.

El evidente cambio de rumbo que estaba sufriendo la guerra también afectó el comportamiento de los pocos países que aún seguían siendo neutrales.

Turquía redujo el envío de cromo a Alemania y le declaró la guerra en febrero de 1945.

Portugal se opuso con menos vehemencia al uso de las Azores por parte de los Aliados en la batalla del Atlántico y España redujo las fuerzas que peleaban junto a los alemanes en el frente oriental.

Poco a poco Suecia también dejó de ayudar a los alemanes. Solo Suiza continuó ayudando económicamente al país hasta las últimas semanas del conflicto.

Un importante factor del cambio de tendencia fue la voluntad de los Aliados de, por lo menos, intentar coordinar sus esfuerzos.

Lo hicieron en conferencias y misiones diplomáticas y militares, y eso a pesar de que con frecuencia había entre ellos discusiones y diferencias.

Las conferencias de Moscú, El Cairo y Teherán, celebradas en 1943, simbolizaron este procedimiento ante la opinión pública, pero es un hecho que los estadounidenses y británicos en particular aprendieron a trabajar en conjunto de forma eficaz.

Los alemanes, italianos y japoneses, en cambio, nunca intentaron coordinar sus estrategias o mantenerse informados el uno al otro.

Mientras que los Aliados incluso compartían la información obtenida a través de sus servicios de espionaje, las potencias del Eje no hicieron nada parecido.

7

La evolución del frente interno y los avances tecnológicos y médicos

ALEMANIA

El impacto de la guerra en los frentes internos de los agresores fue tremendo.

El racionamiento en Alemania empezó a finales de agosto de 1939.

Durante gran parte de la confrontación, las raciones en Alemania eran las más grandes de Europa, y en los primeros años las complementaban los millones de paquetes que los soldados enviaban a sus hogares desde las tierras ocupadas por el ejército alemán.

Estos paquetes contenían tanto bienes robados en grandes cantidades como artículos comprados en monedas deliberadamente infravaloradas.

La situación se deterioró en los años 1943-1945, a medida que el ejército alemán iba retirándose y los bombardeos aliados trastocaban el sistema de transporte.

Una parte considerable de las viviendas alemanas resultó destruida o dañada como consecuencia de los bombardeos y, en los últimos siete meses del conflicto, por los combates dentro del país.

Asimismo, empezaron a escasear la ropa, los muebles y demás artículos que los alemanes robaban a los judíos asesinados y que el Bienestar Popular Nacionalsocialista distribuía entre las víctimas de los bombardeos.

Por otro lado, los cabecillas del régimen nazi, Hitler, Göring y Alfred Rosenberg, dedicaron muchísimo tiempo y esfuerzo a saquear los tesoros artísticos de toda Europa.

Los programas para la esterilización obligatoria de quienes se creía que podían tener una descendencia anormal y los premios y medallas especiales para quienes tenían un gran número de hijos del tipo «correcto» que habían sido creados en 1933 se mantuvieron sin inconvenientes serios hasta las últimas semanas de la guerra.

El proyecto iniciado en 1939 de matar a todos aquellos que sufrían discapacidades mentales y físicas graves y a otras personas recluidas en asilos y hogares para ancianos suscitaron algunas objeciones entre las iglesias cristianas.

Dado que las víctimas tenían parientes en la población «aria», el régimen, cuyos dirigentes estaban convencidos de que Alemania no había sido derrotada en la primera guerra mundial, sino que había sido apuñalada por la espalda por problemas internos, cambió el procedimiento para calmar el escándalo.

En agosto de 1941, se ordenó oficialmente parar la matanza, pero en realidad continuó de forma descentralizada hasta que las autoridades de ocupación le pusieron fin por la fuerza.

La descentralización del proceso liberó a quienes trabajaban en los centros donde se llevaban a cabo las matanzas, que fueron trasladados a las nuevas instituciones creadas en la Polonia ocupada para la eliminación sistemática de los judíos.

El mapa de Alemania se cubrió de campos y subcampos de concentración en los que se encerraba a los prisioneros de guerra, la mano de obra esclava secuestrada en los países ocupados y cualquier sospechoso de oponerse al régimen, y desde los que estos eran llevados, literalmente por millones, a trabajar junto a los alemanes que no habían sido reclutados.

La continuación del sistema policial establecido antes de la guerra, el conocimiento universal de este y el miedo a las denuncias afectaron gravemente al conjunto de la sociedad alemana.

A pesar de la muerte de más de cinco millones de soldados y varios cientos de miles de civiles, la enorme mayoría de los alemanes siguió apoyando al régimen hasta las últimas semanas de la guerra.

POLONIA

Ningún país cambió de forma más radical debido a la guerra que Polonia.

En 1939 Alemania y la Unión Soviética se repartieron el país;

luego los alemanes ocuparon la parte asignada a los soviéticos;

después el Ejército Rojo ocupó todo el país; y, finalmente,

se movió al oeste, pues tuvo que ceder a la Unión Soviética la parte oriental y en compensación recibió territorios antes pertenecientes a Alemania en el oeste y el norte.

Tanto los alemanes como los soviéticos mataron y deportaron a una gran cantidad de polacos; no obstante, hubo algunas diferencias básicas entre las políticas de unos y otros.

Los alemanes habían decidido acabar con los judíos en todo el mundo y en cumplimiento de su plan mataron a más de tres millones de judíos polacos; tras la guerra solo quedaban los pocos que consiguieron esconderse o sobrevivir a los campos.

Los soviéticos, por su parte, sencillamente deportaron a una cantidad desproporcionadamente grande de judíos, muchos de los cuales murieron en el proceso, pero como los supervivientes habían sido deportados a Asia central quedaron fuera del alcance de los nazis.

Los alemanes también habían planeado acabar con la totalidad de la población cristiana de Polonia, empezando por la élite intelectual y el clero y continuando con el resto, mediante los trabajos forzados, las esterilizaciones masivas y el asesinato.

Cerca de tres millones de cristianos polacos fueron víctimas de esta política antes de que los alemanes fueran expulsados del país.

El objetivo era que llegado el momento el país entero estuviera íntegramente poblado por colonos alemanes.

La Unión Soviética, en cambio, solo quería convertir a todos los polacos, ya fueran cristianos o judíos, en buenos comunistas estalinistas; sin embargo, le tenía sin cuidado cuántos cientos de miles terminarían muriendo o siendo deportados en el proceso, que se inició durante los años 1939-1941 y se reanudó tras la expulsión de los alemanes en 1944-1945.

Dentro de la Polonia ocupada la resistencia tuvo tanto movimientos nacionalistas como comunistas, si bien los primeros serían aplastados en los años de la inmediata posguerra.

Los combates por todo el territorio en oleadas repetidas dejaron gran parte del país en ruinas, y tras un importante levantamiento en el verano de 1944 los alemanes se dedicaron a arrasar la capital, Varsovia, de forma sistemática.

Un hecho irónico fue que, debido al veloz avance del Ejército Rojo en el verano de 1944-1945, parte de los territorios del norte y el oeste de Alemania que Polonia recibió después de la guerra se encontraban menos devastados; una vez que se desalojó a la población alemana local, los polacos que se establecieron en ellos procedían en su mayoría de los territorios orientales cedidos a la Unión Soviética.

Varias ciudades del territorio occidental también habían sido devastadas durante la contienda, pero las zonas rurales no.

Después de la guerra muchos de los polacos que habían conseguido huir de la ocupación alemana o soviética se negaron a regresar a su país porque no querían vivir bajo el régimen comunista que se instaló en él.

Las fricciones entre los polacos y los ucranianos continuaron durante y después de la guerra y, en ciertos momentos, condujeron a la violencia y causaron el reasentamiento forzoso de muchos ucranianos tras el conflicto armado.

DINAMARCA Y NORUEGA

Si Polonia fue el país que más cambió debido a la guerra, Dinamarca fue el que menos.

El gobierno danés se rindió en 1940, pero mantuvo el control administrativo del país hasta agosto de 1943; sobrevivió, en parte, después de que los alemanes asumieran una autoridad más directa, y conoció la liberación sin necesidad de combates debido a la rendición de Alemania.

No obstante, hubo algunos arrestos y un movimiento de resistencia que creció lentamente.

Si bien la producción agrícola del país ayudó a alimentar a Alemania, el pueblo danés salvó a casi la totalidad de los judíos de Dinamarca ayudándolos a llegar a Suecia o escondiéndolos cuando los alemanes decidieron matarlos en 1943.

La unión con Islandia terminó durante el conflicto. De hecho, tanto Islandia como Groenlandia estuvieron de parte de los Aliados, si bien ninguna de ellas conoció hostilidades significativas.

La situación de Noruega fue muy diferente de la de Dinamarca.

Los combates de 1940 causaron cierta destrucción y luego, en los últimos meses de la guerra, los alemanes destruyeron deliberadamente todos los edificios e instalaciones al retirarse de la parte nororiental del país.

Las incursiones de comandos y la resistencia local causaron daños en algunas localidades; y dado que los buques noruegos se unieron a los Aliados, muchos fueron hundidos durante la guerra.

Con todo, en las principales ciudades la destrucción fue escasa.

Estaba programado que Trondheim se convirtiera en una importante ciudad alemana, un plan grandioso al que puso fin la victoria aliada.

Se desataron polémicas internas que dejaron problemas que hubo que resolver una vez terminada la guerra.

El jefe de gobierno durante la ocupación, Vidkun Quisling, cuyo apellido se convirtió en sinónimo de traición y colaboración con los invasores, sería juzgado y ejecutado, una de las formas de lidiar con los colaboradores.

Entre las víctimas de la guerra se incluyen muchos de los miembros de la resistencia, que fueron ejecutados por los alemanes, y la mayoría de los judíos del país, a los que se asesinó cuando el segundo al mando en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, el secretario de Estado Ernst von Weizsäcker, rechazó la oferta de acogerlos presentada por Suecia.

No obstante, el contingente alemán que Hitler había destinado allí para repeler una posible invasión aliada, una fuerza de dimensiones considerables, rindió el grueso del territorio noruego sin causar daños en 1945.

HOLANDA, BÉLGICA, LUXEMBURGO Y FRANCIA

Holanda fue escenario de combates y bombardeos en 1940 y, de nuevo, en 1944-1945.

En 1944 los alemanes abrieron los diques en algunos lugares para inundar ciertas áreas, y el país padeció hambre en el invierno de 1944-1945.

La actividad de la resistencia había provocado fusilamientos de rehenes en un número considerable, y la mayoría de los judíos del país fueron transportados a los campos de exterminio.

Mientras que las Indias Occidentales holandesas, las Antillas, quedaron a salvo de los alemanes y los japoneses, las Indias Orientales estuvieron ocupadas por estos últimos.

La alteración del gobierno colonial previo y la liberación por parte de las fuerzas de Estados Unidos y Australia estimularon las aspiraciones de independencia de esos territorios, lo que hizo que el dominio holandés terminara poco tiempo después de su restauración nominal en 1945.

El gobierno en el exilio regresó y hubo de enfrentarse a una sociedad gravemente afectada por el conflicto, en especial durante sus últimos meses.

Bélgica también fue el escenario de graves combates en 1940 y 1944-1945, en especial debido a la ofensiva alemana en las Ardenas en diciembre de 1944, que causó una destrucción considerable en ciertos lugares.

Durante la ocupación los alemanes ejecutaron a muchos miembros de la resistencia, reales o imaginarios, y volvieron a masacrar a los civiles en su ofensiva final.

El hecho de que el rey, a diferencia de la reina de Holanda, hubiera permanecido en el país planteó problemas al gobierno cuando regresó del exilio.

La ocupación había aumentado las fricciones entre los elementos valones y flamencos de la población, y la mayoría de los judíos del país habían sido asesinados.

Bélgica tardaría años en recuperarse y las fricciones internas continuaron.

Luxemburgo fue ocupado con rapidez en 1940.

Alemania se anexionó el territorio e implementó varias medidas para germanizarlo.

Sin embargo, aunque hubo algunos combates en el invierno de 1944-1945, el daño material fue leve.

La gran duquesa, que se había exiliado en Londres, regresó al país cuando este recuperó la independencia.

La situación interna de Francia fue extraordinariamente complicada, y eso incidió tanto en el impacto inmediato de la guerra como en la memoria, las discusiones y las políticas del país después del conflicto.

Los combates de mayo y junio de 1940 causaron algún daño, pero nada comparable a lo vivido en la anterior confrontación.

Los alemanes ocuparon la mayor parte del país, y en noviembre de 1942, el resto.

Una gran cantidad de rehenes fueron ejecutados, y la misma suerte corrieron muchos miembros de la resistencia o meramente sospechosos de serlo; numerosas comunidades fueron arrasadas por completo.

Una parte de la población judía fue llevada a los centros de exterminio, pero la mayoría sobrevivió, en parte debido a las objeciones del clero y las familias francesas que ayudaron a los judíos a esconderse, pero principalmente porque las invasiones aliadas de 1944 detuvieron el programa de deportación que estaba en marcha.

Esas invasiones, así como los bombardeos que las precedieron y las acompañaron, causaron un número bastante considerable de bajas entre la población civil y graves daños, en especial en el norte y el nororiente del país.

El régimen de Vichy, instalado en la parte no ocupada de Francia, intentó invertir todos los cambios que el país había experimentado desde 1789 y dejó tras de sí discusiones, mitos y recuerdos para agitar la esfera pública francesa durante los siguientes cien años.

En 1944-1945 hubo una avalancha de ejecuciones sumarias de colaboradores reales o imaginarios y, después, algunos juicios.

La resistencia también dejó tras de sí sus propios mitos para los debates de posguerra.

El vasto Imperio colonial francés, que se había dividido entre la lealtad a Vichy y la lealtad a de Gaulle, el líder de la Francia Libre, había sido objeto de disputa en muchos casos y hacia el final de la guerra estaba agitado por movimientos anticoloniales.

Aunque la agricultura era una parte importante de la economía francesa, las ciudades conocieron el hambre.

La mayor parte de quienes habían sido deportados para realizar trabajos forzados regresaron a sus hogares en 1945, mientras que decenas de miles de prisioneros de guerra alemanes permanecieron en Francia como mano de obra forzada y tuvieron que ayudar en las granjas y la reconstrucción.

La rápida derrota de 1940 había sido un duro golpe para el orgullo nacional, y el general de Gaulle dedicó sus mejores y peores esfuerzos a revivirlo.

Aunque el presidente Truman frustró su intento de anexionarse una parte de la Italia noroccidental,

*el país recibió zonas de ocupación en Alemania y Austria,

**así como sectores en Berlín y Viena,

***obtuvo el control total del Sarre,

****una silla en el Consejo de Control Aliado para Alemania y, además,

*****un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas.

EL REINO UNIDO, LA MANCOMUNIDAD DE NACIONES Y EL IMPERIO

Las divisiones que pudieran existir en Gran Bretaña antes de la guerra y durante los primeros meses de la confrontación desaparecieron en la primavera y el verano de 1940.

La opinión pública se unió ante

*el gran número de bajas civiles causadas por los bombardeos,

**la enorme destrucción sufrida por las ciudades y

***un racionamiento que se prolongaría una década después de la victoria.

La serie de catastróficas derrotas, primero a manos de los alemanes y luego de los japoneses, y las bajas resultantes conmocionaron a la opinión pública, pero no causaron un cambio de gobierno entre mayo de 1940 y julio de 1945.

Como en Francia, las bajas militares fueron pequeñas en comparación con las de la primera guerra mundial.

El gobierno internó y posteriormente liberó a algunos simpatizantes del régimen nazi y a un gran número de refugiados procedentes de la Alemania nazi, algunos de los cuales serían más tarde enviados a Canadá y Australia.

La muerte y la destrucción causadas por los misiles V-1 y V-2 alemanes pusieron a prueba los nervios de una población que ya había sufrido muchísimo, pero el hecho de que la victoria estuviera a la vista hizo que el efecto general no fuera el que Hitler esperaba.

El pueblo enfrentó lo que denominó la «ocupación americana», la presencia de cientos de miles de soldados estadounidenses en suelo británico, con una mezcla de alegría y resentimiento; los estadounidenses, se decía, estaban «demasiado bien pagados, demasiado obsesionados con el sexo y demasiado aquí».

Aunque la vida de la población continuaría conociendo importantes restricciones en los siguientes años, el futuro del país se vio afectado de forma más sustancial por otros dos efectos de la guerra.

*El recuerdo de la depresión económica que vivió el país durante los años de entreguerras y las esperanzas de una sociedad con menos divisiones de clase y más igualitaria en términos económicos condujeron a un terremoto político en las elecciones de julio de 1945, que llevaron al poder al Partido Laborista.

**En el ámbito internacional, los esfuerzos realizados durante la segunda guerra mundial dejaron al Reino Unido con un estatus nominal de gran potencia, pero en realidad considerablemente debilitado.

Los dominios del país no solo reivindicaron una independencia mayor en los asuntos diplomáticos sino que para cuestiones de seguridad, y en especial en el caso de Australia y Nueva Zelanda, comenzaron a mirar a Estados Unidos.

El Imperio colonial sufrió una gran agitación; su componente más grande, la India, se encontraba con claridad camino de la independencia, y tanto en Asia como en África otros territorios avanzaban en una dirección similar. Dos guerras mundiales habían acabado con el estatus de primera potencia del mundo del Reino Unido.

ITALIA

Mussolini había tenido dificultades para explicar al pueblo italiano por qué debía ir de nuevo a la guerra.

Las derrotas militares en el norte y el este de África y en Grecia, seguidas a comienzos de 1943 por las desastrosas pérdidas en el frente oriental, disolvieron casi por completo todo el respaldo que el sistema fascista llegó a tener entre la opinión pública.

La decisión alemana de ayudar al régimen italiano fue recibida más con resentimiento que con aprecio y el resultado fue que, de julio de 1943 a mayo de 1945, el país se convirtió en el escenario de combates terriblemente destructivos.

La pérdida del Imperio colonial alivió al Estado de un gasto considerable y, en ese sentido, contribuyó a la recuperación del país en la posguerra; sin embargo, las principales consecuencias del conflicto fueron

*el abandono de la monarquía que había mantenido unido al país desde el siglo anterior,

**la pérdida de parte del territorio, cedido a Yugoslavia, y

***la memoria amarga de las pérdidas humanas y materiales sumada a los restos de lo que estuvo cerca de ser una guerra civil en el último año del conflicto.

LA UNIÓN SOVIÉTICA

La guerra había transformado a la Unión Soviética, donde más de veinticinco millones de personas habían muerto asesinadas o víctimas del hambre y las enfermedades, y varios millones de miembros de las minorías nacionales habían sido obligados a trasladarse debido a su inclinación, real o supuesta, a colaborar con el invasor.

Tras la liberación, los prisioneros de guerra y los trabajadores usados como mano de obra esclava por los alemanes fueron recibidos con castigos más que con bienvenidas.

Por otro lado, el régimen había adquirido por primera vez legitimidad a ojos de la enorme mayoría de la población, pues los horrores de la ocupación alemana y su política respecto de los prisioneros de guerra habían transformado a Stalin, que dejó de ser un dictador temido y odiado para convertirse en un salvador benigno, el líder que había librado a su pueblo de un destino demasiado terrible de imaginar.

Aunque la economía de las zonas occidentales del país sufrió grandes daños, las fábricas evacuadas y las recién construidas en los Urales y en Asia central continuaron funcionando.

La relajación que el régimen había permitido durante el conflicto con el fin de mancomunar a la población retrocedería en lugar de ampliarse, si bien a ojos de muchos soviéticos eso sería compensado por el nuevo estatus del país en el ámbito internacional.

A pesar del alto precio pagado, la forma en que el país había conseguido superar la gran prueba de la guerra era motivo de orgullo.

En todos los niveles, quienes ocupaban posiciones de autoridad derivaron cierta satisfacción del hecho de que se había conseguido invertir la suerte de Rusia en la guerra anterior: la Unión Soviética había ganado, no perdido, territorio, y dominaba Europa oriental y suroriental en lugar de haber perdido toda influencia sobre sus vecinos.

Además, en Asia oriental había recuperado el territorio perdido a manos de los japoneses en 1905, si bien pocas personas en el país estaban enteradas de ello o lo consideraban importante.

JAPÓN

El frente interno japonés se había visto tremendamente exigido por ocho años de conflicto.

La constante pérdida de vidas humanas, que se incrementó con los bombardeos de 1944-1945, resultó todavía más difícil de soportar a medida que la campaña submarina aliada, cada vez más eficaz, redujo los insumos de la industria nacional.

La población fue desgastándose, pero continuó apoyando a un régimen que en 1942 había celebrado unas elecciones en las que algunos de los candidatos que no tenían el respaldo del gobierno ganaron un escaño en la Dieta.

La decisión del gobierno de rendirse evitó al país millones de bajas, nuevos bombardeos, combates destructivos en las islas del archipiélago, el lanzamiento de bombas atómicas adicionales y la posterior división del territorio en zonas y sectores de ocupación.

Quienes aconsejaron al emperador que ordenara la rendición quizás actuaron movidos por el temor a una insurrección política interna cuando las privaciones y el sufrimiento se tornaran todavía peores; sin embargo, fuera cual fuera la razón, la rendición implicó una continuación de la unidad nacional bajo un mando supremo estadounidense.

Aunque hubo fuerzas de ocupación británicas y estadounidenses, la población pronto se dio cuenta de que esos soldados estaban más para ayudar que para molestar.

La captura por parte de la Unión Soviética de algunas pequeñas islas frente a la costa de Hokkaido y la deportación de sus habitantes creó una disputa territorial que continúa vigente, pero en su momento afectó solo a una mínima porción de una población que básicamente recibió el fin de las hostilidades con alivio.

Bajo un sistema modificado principalmente con el auspicio de Estados Unidos,

*el país redactó una nueva constitución,

**legalizó los sindicatos independientes,

***llevó a cabo la reforma agraria,

****aprobó el sufragio femenino y

*****emprendió una lenta recuperación económica.

CHINA

El impacto de la guerra transformó a China tanto económica como políticamente.

La cifra total de víctimas humanas se desconoce, pero se cree probable que esté por encima de los quince millones.

La destrucción había sido mucha, pero también había habido cierto desarrollo industrial tanto en las partes ocupadas como no ocupadas del país.

Los soviéticos desmontaron la mayor parte de la industria que los japoneses habían desarrollado en Manchuria desde su ocupación en 1931, pero el mayor impacto de los años de guerra fue que frustraron los esfuerzos del Partido Nacionalista de Chiang Kai-shek para volver a consolidar un Estado que se había sumido en la confusión a comienzos del siglo XX.

Como ya hemos mencionado, el principal efecto a largo plazo de las operaciones militares japonesas, en especial la ofensiva Ichi Go de 1944, fue el de permitir la victoria de los comunistas chinos en la guerra civil que se reanudaría poco después de que terminaran los combates entre Japón y China.

La negativa del Japón de la posguerra *a enfrentar su horrendo historial de asesinatos, violaciones y devastación dejó en China, así como en otras partes de Asia oriental y suroriental, una herencia de odio que ha impedido el tipo de reconciliación que se consiguió en Europa gracias a la política y actitud muy diferentes de la Alemania de la posguerra.*

ESTADOS UNIDOS

En Estados Unidos la división que había existido antes y durante la primera guerra mundial prácticamente no se conoció durante la segunda.

El ataque de Japón garantizó que las disputas locales, cierto racionamiento, los esfuerzos del gobierno por controlar los precios y las huelgas y cierres ocasionales nunca afectaran a la determinación general de librar la guerra hasta su victoriosa conclusión.

Las campañas para promocionar los bonos de guerra, donar sangre y recolectar metal y otros materiales fueron aceptadas sin reparos.

El internamiento temporal de los estadounidenses de origen japonés que vivían en algunos estados, con el fin de ocultar a cualquier traidor que hubiera entre ellos la información de inteligencia obtenida gracias al desciframiento de los códigos japoneses, causó después de la guerra problemas a las víctimas e hizo que la sociedad estadounidense se arrepintiera de lo ocurrido.

Las elecciones de mitad de legislatura de 1942 aumentaron la fortaleza de la oposición republicana, pero el presidente Roosevelt ganó un cuarto período en las elecciones de 1944, con lo que fue un demócrata, Harry Truman, el que le sucedió tras su muerte en abril de 1945.

Tres grandes efectos a largo plazo de la guerra son dignos de mención.

*El esfuerzo deliberado de Roosevelt por acostumbrar a la opinión pública a una función diferente en el mundo de la posguerra fue un éxito; a diferencia de lo ocurrido en la primera guerra mundial, el acuerdo de paz y la organización internacional no toparon con ninguna oposición.

**Las decisiones adoptadas durante el conflicto de ubicar los campos e instalaciones de adiestramiento, así como los astilleros, en el sur, suroeste y oeste del país por razones meteorológicas y geográficas produjeron un cambio en la distribución de la población y, por ende, del poder político.

***Finalmente, la guerra puso en marcha cambios significativos en el estatus de las mujeres y los afroamericanos.

LATINOAMERICA, LOS PAISES NEUTRALES Y LOS AVANCES TÉCNICOS

Con la excepción de Argentina, los países latinoamericanos se habían unido a los Aliados.

Brasil y México enviaron pequeños contingentes a la lucha, pero por lo demás su principal función fue la de proveer suministros y barcos y, al mismo tiempo, negárselos a las potencias del Eje.

Algunos residentes de origen alemán fueron trasladados a Estados Unidos para ser internados allí, pero estos países experimentaron relativamente poca agitación interna.

Al final de la guerra, varios de ellos recibieron a un número importante de criminales de guerra alemanes y croatas que huyeron de Europa para evitar ser juzgados, por lo general con la ayuda de la Cruz Roja y miembros del Vaticano.

Los países europeos que se mantuvieron neutrales se beneficiaron de la guerra en un grado importante vendiendo bienes a precios elevados a ambos bandos.

Suecia había permitido además el tránsito de los soldados alemanes y Suiza había estado profundamente involucrada en las operaciones financieras y el saqueo nazis.

Sin embargo, solo España había enviado un número importante de soldados para luchar al lado de los alemanes, pero los supervivientes regresaron a un país que aún estaba recuperándose de una amarga guerra civil.

En todas las potencias beligerantes se realizaron importantes avances tanto en el ámbito de la tecnología militar como en la práctica médica utilizada durante el conflicto que tendrían una importancia considerable en la posguerra.

Se construyeron y emplearon nuevos tanques, aviones, buques de guerra y piezas de artillería.

Las innovaciones más espectaculares utilizadas durante las hostilidades fueron

*el radar,
**los aviones con motores a reacción,
***los misiles balísticos y
****las bombas nucleares,

todas las cuales seguirían desarrollándose después de terminado el conflicto.

El intento más extremo de destrucción, los miles de globos cargados de bombas incendiarias con los que los japoneses esperaban destruir partes de Estados Unidos y Canadá, en realidad causaron poquísimas bajas y una mínima destrucción.

El uso a gran escala de las transfusiones de sangre y la aparición de nuevos fármacos como la penicilina salvaron las vidas de miles de heridos y se convirtieron en elementos estándar de la medicina en la posguerra.

Por tanto, aunque la destrucción material causada por el conflicto fue inmensa, los avances realizados durante la guerra también tuvieron un aspecto beneficioso.

8

La victoria de los Aliados, 1944-1945

EL EJE

Para la primavera de 1944, era claro que el objetivo de conquistar el mundo ya no estaba al alcance de los alemanes.

Hitler y sus allegados tenían la esperanza de que la alianza forjada por las naciones que combatían al Eje se desmoronara, o bien que la derrota de la invasión aliada en el oeste que esperaban para ese mismo año les permitiera trasladar un gran número de fuerzas al frente oriental y aplastar por fin al Ejército Rojo, que había sufrido muchísimas bajas en anteriores enfrentamientos.

Al mismo tiempo, Alemania planeaba continuar con una de sus principales prioridades, el programa para exterminar a todos los judíos que se encontraran a su alcance, independientemente de los efectos que ello pudiera tener sobre la dirección de las operaciones militares.

En Italia, el gobierno que reemplazó a Mussolini y se rindió a los Aliados se instaló, bajo la supervisión de estos, en el sur del país.

Allí reclutó a algunos hombres para que lucharan al lado de las fuerzas aliadas, pero apenas pudo hacer algo más que ver cómo los combates continuaban devastando la península mientras que en el norte del país, donde los partisanos peleaban tanto contra los alemanes como entre sí, los nazis creaban un régimen títere encabezado por Mussolini.

El gobierno japonés había recibido el beneplácito de Alemania a su propuesta de dividirse Asia por el meridiano 70º, pero ni siquiera el éxito de la ofensiva Ichi Go consiguió compensar las derrotas sufridas en la India, las Marianas y el Pacífico suroccidental, o las crecientes pérdidas de buques mercantes en las rutas que partían del Sureste asiático. Continuar luchando tan ferozmente como fuera posible parecía ser la única opción.

LOS ALIADOS

Los Aliados occidentales tenían previsto seguir luchando hasta que las potencias del Eje se rindieran de forma incondicional.

Esta vez los derrotados no podrían pretender que en realidad no habían sido vencidos, como los alemanes sostenían que había ocurrido en la primera guerra mundial.

Los dirigentes estadounidenses estaban decididos además a que su país no se desentendiera del mundo como había hecho tras ese conflicto, sino que se comprometería con la creación de una nueva organización internacional.

Las ambiciones completas del régimen soviético no podrán describirse con exactitud hasta la apertura del archivo presidencial de Moscú (lo que con suerte ocurrirá antes de que el deterioro del papel que le sirve de soporte haga imposible su lectura), pero algunos puntos resultan claros.

El régimen planeaba extender su dominio y aún más su influencia tan lejos como pudiera en Europa.

A pesar de que la Unión Soviética había sido expulsada de la Sociedad de las Naciones, se uniría a la nueva organización internacional con la esperanza de impedir así una nueva invasión por parte de una renaciente Alemania.

Es necesario recordar que todos los gobernantes de la época estaban fuertemente influidos por el hecho de que, pese a haber sido derrotada en la primera guerra mundial, Alemania había vuelto a apostar por la dominación mundial apenas veinte años después, y por ende centraban la atención y los planes en cómo impedir que la experiencia volviera a repetirse.

Durante la conferencia de Teherán, los Aliados básicamente habían acordado que en 1944 llevarían a cabo ofensivas en todos los frentes importantes de Europa, lo que específicamente incluía una invasión a través del canal de la Mancha que había de estar apoyada por una invasión en la costa mediterránea de Francia.

A pesar de las constantes dudas de Churchill, los planes para la operación Overlord, la invasión de Normandía, siguieron adelante; y también lo hicieron los planes para el desembarco en la Riviera francesa, cuyo nombre en clave era inicialmente «Yunque» y más tarde «Dragón», una operación para la que los británicos tenían incluso mayores objeciones.

Los Aliados suponían con acierto que, al realizar ofensivas básicamente simultáneas en Italia, Francia y el frente oriental impedirían que Alemania trasladara fuerzas de cualquier parte de Europa para repeler a los invasores en otra.

Además, las exitosas operaciones de engaño en el oeste mantenían a los soldados alemanes en la zona de Calais y en Noruega, esperando desembarcos que nunca llegaron a producirse, mientras que los engaños soviéticos mantenían a las reservas alemanas en Ucrania, esperando una ofensiva contra el Grupo de Ejércitos Norte, cuando el gran asalto en realidad sería contra el Grupo de Ejército Centro.

Cronológicamente, los Aliados empezaron lanzando una ofensiva a gran escala en Italia el 11 de mayo.

Soldados estadounidenses y británicos se abrieron paso a través de las defensas alemanas y se unieron a los que en enero habían desembarcado en Anzio.

En contra de los planes y el sentido común, el oficial al mando de las fuerzas aliadas en Italia, el general estadounidense Mark Clark, se apresuró a llegar a Roma en lugar de aislar a una parte importante de las fuerzas alemanas.

De modo que, aunque Roma fue liberada el 4 de junio, los Aliados tuvieron que sudar sangre para abrirse paso hacia el norte y despejar la parte central de la Italia septentrional.

No obstante, como estaba previsto, la ofensiva en Italia impidió que los alemanes trasladaran fuerzas a los demás frentes amenazados y permitió a los Aliados utilizar algunas de las unidades hasta entonces destinadas a la península para el desembarco en la Francia meridional.

El 6 de junio, fuerzas del Reino Unido, Estados Unidos y Canadá desembarcaron en cinco playas de Normandía, una operación que hubiera sido imposible sin la victoria previa en el aire y los océanos.

La decidida resistencia de los alemanes ralentizó la unión de las cabezas de puente y la penetración en el interior de Francia, pero en la última semana de julio los estadounidenses se abrieron paso en el extremo occidental del frente normando y avanzaron con rapidez tanto hacia el interior del país como hacia Bretaña (Mapa 12).

El 20 de julio tuvo lugar un nuevo atentado fallido para acabar con la vida de Hitler y, con una sola excepción, la cúpula de las fuerzas armadas apoyó al líder que los había comprado en lugar de al general Ludwig Beck, antiguo jefe del Alto Mando alemán y líder de los militares opuestos al régimen.

A mediados de agosto, ejércitos de Estados Unidos y Francia desembarcaron en la costa francesa del Mediterráneo y avanzaron hacia el norte tras capturar los puertos claves de Tolón y Marsella, que luego resultarían esenciales para el abastecimiento de las fuerzas aliadas.

París fue liberada por la ofensiva procedente de Normandía y, poco después, los dos desembarcos se reunieron.

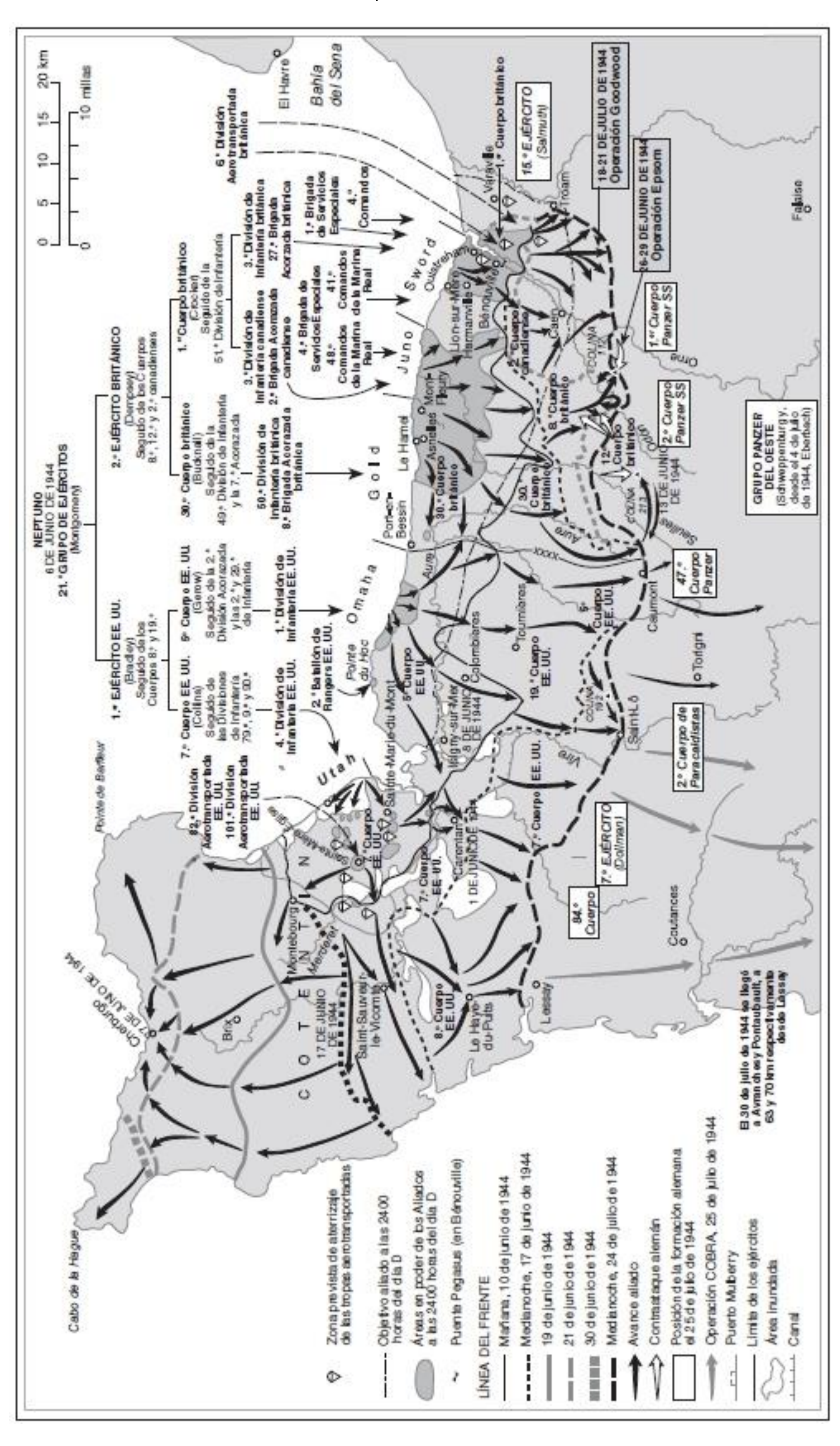
El esfuerzo de los alemanes para realizar un gran contraataque y aislar al contingente estadounidense que penetraba por Normandía había fracasado, y aunque arruinando o reteniendo los puertos de la región lograron impedir que los ejércitos aliados se reforzaran y reabastecieran en el otoño y, por tanto, consiguieron ralentizar las ofensivas, siguieron sin poder derrotarlas.

En septiembre los Aliados intentaron superar la barrera del Rin, en el extremo septentrional del frente, combinando una serie de tres asaltos aerotransportados para capturar los puentes sobre los ramales del río y penetrar a través de ellos en Holanda y el norte de Alemania, pero la ofensiva fracasó cuando los alemanes machacaron a la división aerotransportada más septentrional.

No obstante, los Aliados continuaron avanzando en ciertos sectores, y el 21 de octubre los estadounidenses tomaron la primera ciudad importante en Alemania, Aquisgrán.

Los refuerzos y las fortificaciones construidas antes de la guerra cerca de la frontera alemana hicieron que el avance aliado fuera más lento y permitieron a los alemanes prepararse en secreto para una contraofensiva a gran escala.

12. La operación Overlord



En el frente oriental, el Ejército Rojo había sacado a los alemanes de la mayor parte de Ucrania en los primeros meses de 1944 y retomado Crimea en abril.

Sin embargo, en abril y mayo, los alemanes consiguieron repeler una gran ofensiva sobre Rumanía, su última victoria táctica importante en el este.

En junio los soviéticos atacaron Finlandia y tras una serie de ofensivas obligaron al país a pedir un armisticio, que se firmó en septiembre.

Debido a una operación alemana, los finlandeses terminarían luchando contra sus antiguos aliados.

La mayor ofensiva soviética, preparada con gran cuidado, golpearía al Grupo de Ejércitos Centro el 22 de junio.

La operación Bagratión se saldó con la mayor derrota de Alemania en la guerra, pues el grupo de ejércitos fue destruido por completo y decenas de miles de soldados alemanes terminaron hechos prisioneros (Mapa 13).

El Ejército Rojo avanzó con rapidez y aisló a las unidades alemanas en el extremo septentrional del frente dirigiéndose al mar Báltico.

Los alemanes consiguieron temporalmente reabrir un corredor para sus tropas, pero una fuerza importante quedó aislada en el oeste de Letonia, una posición que conservaría hasta el final de la guerra por órdenes de Hitler, a quien la marina había señalado la necesidad de controlar el Báltico hasta poner en funcionamiento los nuevos submarinos.

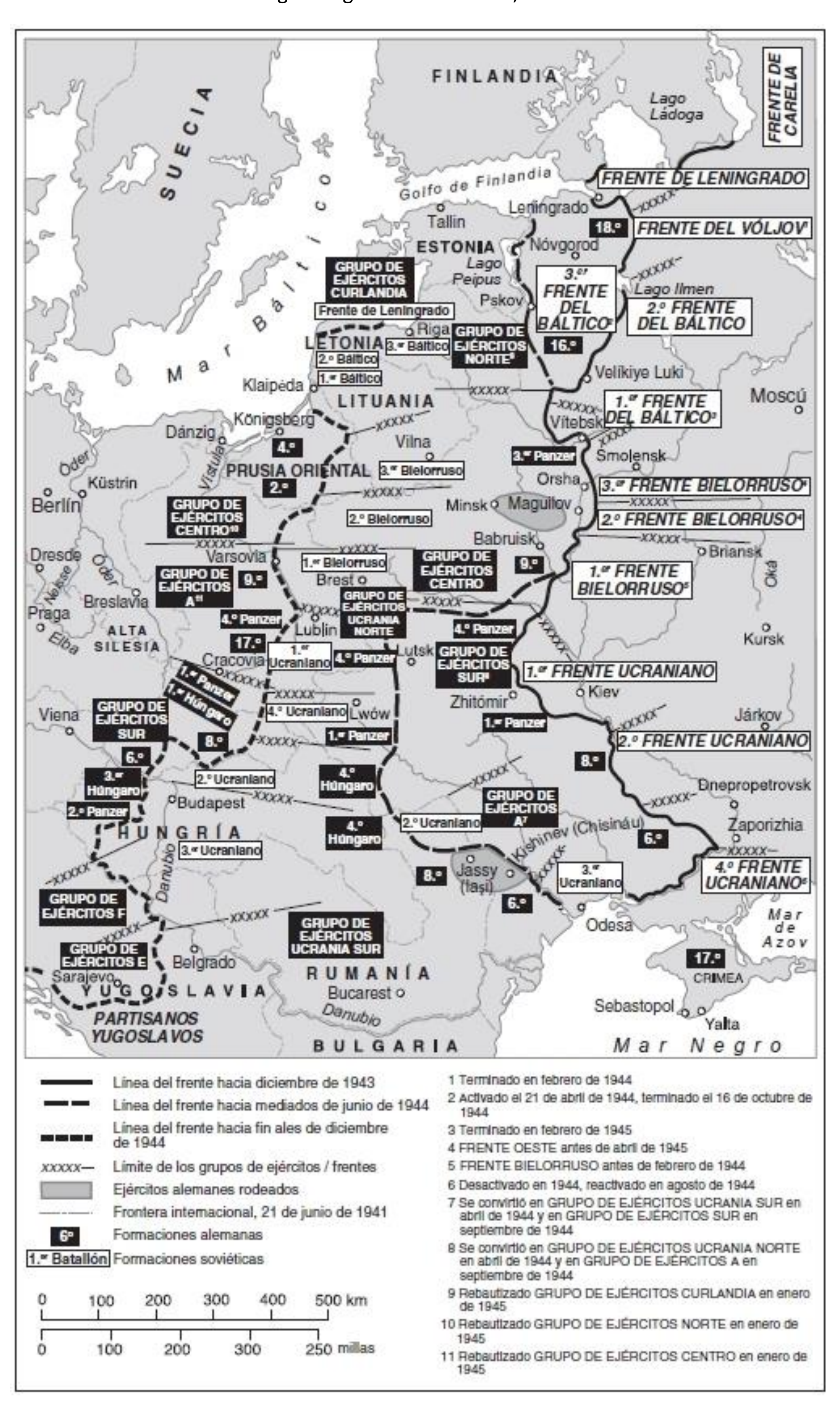
Por el centro el Ejército Rojo avanzó hasta Polonia, pero se detuvo mientras la resistencia clandestina se alzaba en Varsovia.

Los soviéticos aseguraron las cabezas de puente de los ríos Vístula y Narew, con el fin de utilizarlas en la ofensiva de invierno.

A finales de agosto, Rumanía cambió de bando, lo que facilitó la ocupación soviética de Bulgaria y permitió lanzar una ofensiva sobre Hungría.

Este país había sido ocupado por tropas alemanas en marzo de 1944, después de intentar encontrar un modo de salir de la guerra, lo que por un tiempo dio a los alemanes la oportunidad de asesinar a una parte considerable de los judíos húngaros, una comunidad bastante grande, pero luego los obligó a intentar defender el país frente al avance del Ejército Rojo.

13. La guerra germano-soviética, 1943-1944



El invierno de 1944-1945 en Europa

A mediados de diciembre los alemanes lanzaron sus últimas reservas contra los estadounidenses en las Ardenas,

*con la esperanza de recuperar el importante puerto de Amberes,

**sacar a Estados Unidos de la guerra en Europa cuando su frente interno se desmoronara bajo el impacto de una derrota aplastante,

***obrar un efecto similar en los británicos y, de ese modo,

****liberar una cantidad de fuerzas enorme para destinarlas al frente oriental.

La ofensiva sorprendió y temporalmente hizo retroceder a los estadounidenses en lo que se conoce como la «batalla de las Ardenas», pero terminó convirtiéndose en una derrota tremenda pues los aliados resistieron y los alemanes sufrieron grandes pérdidas tanto en soldados como en equipo.

En febrero los Aliados occidentales reanudaron las ofensivas más importantes, y dado que los alemanes habían concentrado y perdido muchas de sus fuerzas en la orilla izquierda del Rin, los Aliados pronto cruzaron esa última barrera potencial y entraron en Alemania.

Los soviéticos, que habían reanudado en enero sus ofensivas en la parte central del frente y en Hungría, entraron en Alemania y Austria, y a pesar de los contraataques alemanes en ambos lugares, en abril rodearon Berlín y se encontraron con el ejército estadounidense en Torgau, al sur de la capital alemana.

Las fuerzas alemanas en Italia se rindieron a comienzos de mayo.

El almirante Dönitz, que había reemplazado a Hitler el 30 de abril tras el suicidio de este último, ordenó la rendición incondicional el 8 de mayo.

Con mínimas excepciones, todas las unidades terrestres, marítimas y aéreas de Alemania cumplieron la orden de rendirse.

Las ofensivas aliadas en Asia oriental y el Pacífico

Entre tanto, en Asia oriental y el Pacífico, los británicos habían completado la reconquista de Birmania y se preparaban para desembarcar en la costa de Malasia (la operación Zipper, programada para septiembre de 1945).

Los exitosos desembarcos estadounidenses en las Marianas, la costa noroccidental de Nueva Guinea, la isla Morotai y las islas Palaos prepararon el camino para el desembarco en Leyte, en el centro del archipiélago filipino, en octubre de 1944 (Mapa 14).

Esa isla fue escenario de una lucha prolongada y encarnizada, así como de una importante batalla naval, ya que los japoneses hicieron un intento desesperado por derrotar a las tropas desembarcadas y la flota que las respaldaba.

Aunque frenados por los refuerzos japoneses, los estadounidenses tomaron finalmente Leyte, solo para descubrir que el lugar no era el indicado para las bases aéreas que necesitaban para apoyar la invasión de Luzón, lo que los obligaría a desembarcar en Mindoro a mediados de diciembre.

La batalla naval del golfo de Leyte fue una gran victoria para Estados Unidos,

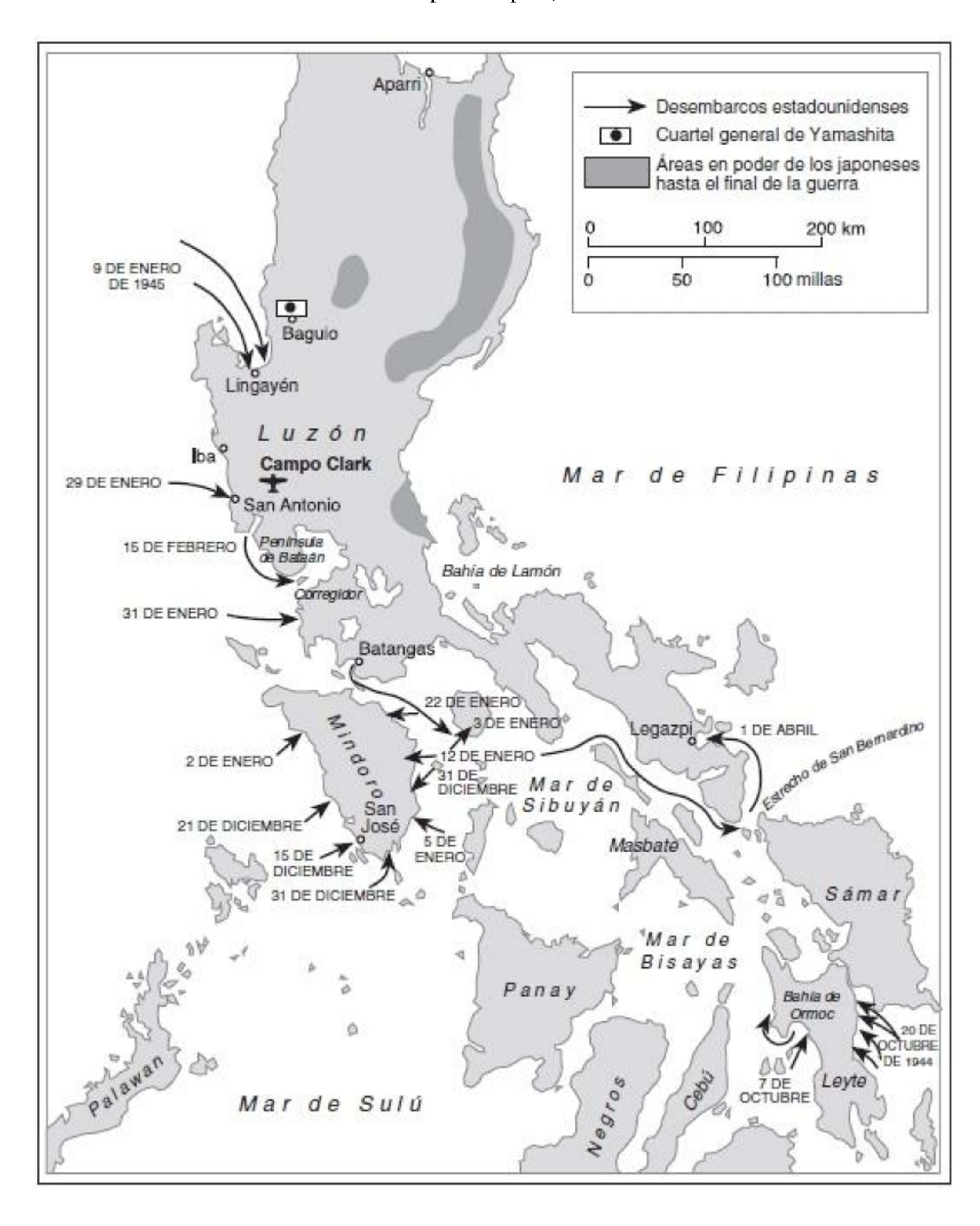
*en la que la extraordinaria valentía de los destructores y portaviones escoltas,

**sumada a la interpretación errada de la situación por parte del oficial al mando de la flota japonesa, Takeo Kurita, que pensó que tenía delante a la flota principal de Estados Unidos,

***compensó la decisión del almirante William Halsey de perseguir a la flota señuelo japonesa en lugar de proteger a las fuerzas de desembarco.

En una suprema ironía de la historia, en la parte de la batalla naval que se libró en el estrecho de Surigao la mayoría de los acorazados estadounidenses utilizados eran los mismos que los japoneses creían haber hundido en Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, cuando en realidad habían sido reflotados, reparados y devueltos al servicio.

14. La campaña filipina, 1944-1945



La invasión estadounidense en la parte norte de la isla de Luzón empezó en enero de 1945 y condujo a la encarnizada lucha por la liberación de Manila, donde en marzo de 1945 las fuerzas japonesas mataron y violaron a millares de civiles, como ya habían hecho en Singapur en febrero de 1942 a las órdenes del mismo oficial, Tomoyuki Yamashita.

Este último, al mando de un contingente importante, consiguió mantener una parte del norte de Luzón hasta la rendición japonesa, mientras que los estadounidenses realizaron una serie de desembarcos en otras islas en el centro y el sur del archipiélago.

Fue durante la campaña de las Filipinas cuando los japoneses comenzaron a utilizar los pilotos suicidas llamados *kamikazes*, que se lanzaban contra los buques estadounidenses, en muchos de los cuales causaron grandes daños.

El posterior empleo de pequeños aeroplanos suicidas transportados hasta su objetivo por aviones más grandes resultó mucho menos eficaz.

Los japoneses también desarrollaron y utilizaron de forma creciente submarinos suicidas (*kaiten*) y otras formas de embarcaciones suicidas, pero también estos resultaron poco eficaces.

El envío, antes mencionado, de miles de globos incendiarios a través del océano Pacífico para prender fuego a los bosques y ciudades del oeste de Canadá y Estados Unidos fue la idea más destructiva imaginada por cualquier país durante la guerra, pero en la práctica tuvo un impacto mínimo.

En febrero de 1945 los marines estadounidenses desembarcaron en Iwo Jima, en las islas Bonin, entre las Filipinas y el archipiélago japonés, donde los japoneses tenían varios campos aéreos.

Una campaña implacable y sangrienta permitió a los estadounidenses hacerse con el control de la isla.

Con el fin de asegurarse una base mayor para la invasión del archipiélago japonés que estaban planeando, los estadounidenses formaron un nuevo ejército y desembarcaron en Okinawa, la mayor de las islas Ryukyu, el 1 de abril de 1945 (Mapa 15).

Para esa época, los británicos habían conseguido desempeñar un papel más relevante en la guerra del Pacífico y contribuyeron con una parte de la flota de cobertura a la que se convertiría en la batalla más sangrienta de la guerra contra Japón tanto para la armada como para el ejército de Estados Unidos. El combate, principalmente en la zona septentrional de la isla, se prolongó durante más de tres meses, pero al final se logró tomar la isla en su totalidad, incluyendo los importantes aeródromos, que en realidad habían sido capturados en los primeros días de la lucha.

15. La campaña de Okinawa, 1945



Durante la batalla de Okinawa, las fuerzas australianas y estadounidenses iniciaron las operaciones contra los japoneses en las Indias Orientales holandesas.

Una serie de desembarcos en Borneo entre mayo y julio de 1945 consiguieron tomar la mayor parte de la isla y sus importantes yacimientos de petróleo.

El desembarco en Java estaba previsto para septiembre.

Una gran cantidad de fuerzas japonesas permanecían repartidas por las Indias Orientales cuando el país se rindió en septiembre de 1945.

La derrota final de Japón

Los planes para poner fin a la guerra contra Japón (operación Downfall) preveían la invasión de la isla de Kyushu, al sur del archipiélago, en noviembre de 1945 (operación Olympic), lo que proporcionaría una base para el desembarco en la bahía de Tokio y sus alrededores en marzo de 1946 (operación Coronet).

En ambas operaciones, el contingente inicial sería estadounidense y en Coronet se incluirían divisiones de Francia y de la Mancomunidad de Naciones en la siguiente fase.

La idea de un ataque desde China y Formosa (Taiwán) se había descartado después de la ofensiva Ichi Go, pero se esperaba una ayuda importante de los ejércitos soviéticos, que debían atacar y, por ende, retener a las fuerzas japonesas en Manchuria, Corea y China, además de atacar y bombardear las islas del archipiélago japonés desde el norte.

Una preocupación importante era que, después de ocupar Japón, los soldados japoneses que se encontraban repartidos por Asia oriental y suroriental y las islas del Pacífico, más de un millón de efectivos, continuarían luchando hasta la muerte, muerte que los Aliados tendrían que infligir en las operaciones Post-Coronet.

A diferencia de lo ocurrido en Europa y el norte de África, en la guerra contra Japón habían sido poquísimos los soldados individuales que optaban por rendirse (la mayoría por estar heridos o haber sido reclutados por la fuerza entre la población local) y nunca se conocieron rendiciones de unidades completas como sucedió en Stalingrado o Túnez.

CONCLUSIÓN

Cuando terminó la mayor guerra de la historia, alrededor de sesenta millones de personas habían muerto, la mayoría de ellas civiles.

La mortandad más grande se registró en la Unión Soviética, donde murieron más de veinticinco millones de personas, seguida de China, donde por lo menos murieron quince.

Aunque otros países sufrieron pérdidas enormes, ninguno resultó tan devastado, tiranizado, saqueado y diezmado como Polonia.

La destrucción a gran escala y la desarticulación de la economía eran el paisaje característico de la mayor parte de Europa, Asia oriental, el Sureste asiático y ciertas áreas del norte de África.

La introducción de armas nuevas como los misiles balísticos alemanes V-2 y la bomba atómica estadounidense eran indicios de que cualquier confrontación futura entre las grandes potencias podía significar el fin de la vida humana sobre el planeta.

La guerra y su terminación también causaron movimientos de población enormes.

Millones de prisioneros de guerra y trabajadores esclavos luchaban por volver a sus hogares y, aunque muchos tardaron años, por lo general consiguieron hacerlo.

Por otro lado, algunos de los que eran oriundos de Europa oriental no quisieron regresar a sus países, pues habían caído bajo el dominio soviético.

Los judíos polacos que sobrevivieron al Holocausto descubrieron que no eran bienvenidos en su país y que regresar era, de hecho, peligroso, de modo que prefirieron emigrar a Palestina, que los británicos intentaban mantener cerrada.

Millones de europeos más se vieron desplazados por las nuevas fronteras establecidas por los vencedores.

Dado que los alemanes habían condenado sin cesar el esfuerzo realizado en Versalles en 1919 para ajustar las fronteras a los pueblos y, en su lugar, habían insistido en el principio de ajustar los pueblos a las fronteras, se aplicó ese procedimiento a Alemania.

Unos doce millones de alemanes perdieron sus hogares en lo que antes era la parte oriental de Alemania, así como en Checoslovaquia, Polonia y otros países de Europa oriental y suroriental, en el mayor movimiento de población llevado a cabo en un lapso tan breve.

Italia perdió el imperio colonial y parte de su territorio, que hubo de ceder a Yugoslavia.

Después de la rendición, Japón permaneció unido; el país no se dividió en zonas de ocupación y la capital no fue dividida en sectores, como sí ocurrió en Alemania y Austria y sus respectivas capitales.

Solo la Unión Soviética se anexó unas pequeñas islas frente a la costa nororiental de Hokkaido y deportó a sus habitantes, una cuestión que ha impedido la firma de la paz entre los dos países hasta el siglo XXI.

Los Aliados enfrentaron la cuestión de cómo lidiar con los criminales de guerra, a los que habían prometido llevar a los tribunales y castigar.

En ese momento, muchos de los que tenían razones para temer a la justicia hicieron cuanto pudieron por esconderse, asumir identidades nuevas o escapar a Sudamérica con la ayuda del Vaticano.

Los países recién liberados no solo tenían por delante el problema de la reconstrucción sino también el de qué hacer con quienes habían colaborado con las fuerzas de ocupación.

La mayoría de los países derrotados se encontraron con que debían pagar reparaciones de guerra; en una ironía de la historia la Alemania truncada y terriblemente destrozada de la segunda posguerra tuvo que pagar mucho más de lo que había pagado la Alemania más grande y básicamente de entreguerras.

Además de crear armas de destrucción nuevas y mejoradas, el esfuerzo bélico también trajo nuevos avances en el ámbito de la medicina y en el del transporte aéreo, que gracias al motor a reacción se transformaría por completo después de la guerra.

Si la victoria había sido enormemente costosa, la alternativa a la que el mundo se había asomado era tan horrenda que, en retrospectiva, pudo decirse que el precio pagado era necesario: la política genocida aplicada por los alemanes a los judíos y los gitanos prefiguraba una matanza sistemática todavía mayor, el hambre y la esterilización forzosa de masas enormes, siendo la meta final que solo los denominados arios habitaran la Tierra dedicados a su propia veneración.

El conflicto, por otro lado, aceleró el proceso de descolonización, un proceso que incluyó tanto a las potencias coloniales participantes como a países neutrales como España y Portugal.

La guerra, además, proporcionó a la Unión Soviética una nueva legitimidad a ojos de la vasta mayoría de su población, si bien esta se desvanecería con el paso del tiempo.

Del mayor conflicto bélico de la historia emergió un mundo diferente, uno en el que el recuerdo de ese conflicto, por su naturaleza y en especial por su conclusión, advertía que de ahora en adelante había que ser muy cautelosos.

LECTURAS ADICIONALES

Sobre la guerra en su conjunto,

véase Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms: A Global History of World War II*, Nueva York, 2005[2] [hay traducción castellana: *Un mundo en armas. La segunda guerra mundial: una visión de conjunto*, Barcelona, Grijalbo, 1995, 2 vols.].

Sobre los orígenes de la guerra,

véase del mismo autor *Hitler's Foreign Policy 1933-1939: The Road to World War II*, Nueva York, 2005; y Zara Steiner, *The Triumph of the Dark: European International History 1933-1939*, Oxford, 2011.

Si bien la bibliografía sobre el conflicto es enorme, se encontrará una guía muy útil para los personajes claves en

Mark M. Boatner III, *The Biographical Dictionary of World War II*, Novato (California), 1996.

Es imposible ofrecer aquí un listado de lecturas para cada campaña, pero para la primera, la polaca,

véase Alexander B. Rossino, *Hitler Strikes Poland: Blitzkrieg, Ideology, and Atrocity*, Lawrence, 2003.

La aplastante derrota de Francia se estudia en

Ernest R. May, *Strange Victory: Hitler's Conquest of France*, Nueva York, 2000.

Ofrece un estudio reciente de la batalla de Inglaterra,

Michael Korda, *With Wings Like Eagles: A History of the Battle of Britain*, Nueva York, 2009 [hay traducción castellana: *Con alas de águila: Una historia de la batalla de Inglaterra*, Siglo XXI, Madrid, 2010];

Sobre la invasión alemana de la Unión Soviética y los combates posteriores en el frente oriental hay varias obras excelentes de

Robert Citino, David Glantz, David Stahel y Earl Ziemke.

Sobre la lucha en Italia,

las historias oficiales británica y estadounidense ofrecen excelentes estudios, y la obra de Richard Lamb, *War in Italy 1943-1945: A Brutal Story*, Nueva York, 1994, proporciona un complemento necesario.

Vale la pena señalar que la historia oficial británica, titulada *The Mediterranean and Middle East* (vols. I-V), ofrece un examen útil de todos los aspectos del conflicto en el norte de África, Irak y Siria, además de las operaciones en Italia.

Sobre la lucha en el oeste en 1944 y 1945, se encontrará una introducción en

Alan F. Wilt, *The Atlantic Wall 1941-1944*, Nueva York, 2004, y es posible continuar con Carlo D'Este, *Decision in Normandy*, Nueva York, 1994, y Theodore A. Wilson, ed., *D-Day 1944*, Lawrence, 1994.

Los combates posteriores pueden seguirse en

Ian Kershaw, *The End: The Defiance and Destruction of Hitler's Germany, 1944-1945*, Nueva York, 2011 [hay traducción castellana: *El final. Alemania, 1944-1945*, Península, Barcelona, 2013] y Stephen G. Fritz, *Endkampf: Soldiers, Civilians, and the Death of the Third Reich*, Lexington, 2004.

Sobre los dos bandos de la guerra en el aire, se encontrarán buenas introducciones en

Tami Davis Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare: The Evolution of British and American Ideas about Strategic Bombing, 1914-1945*, Princeton, 2002, y Edward D. Westermann, *Flak: German Anti-Aircraft Defenses, 1914-1945*, Lawrence, 2001.

Sobre la guerra en el mar:

La lectura de Nathan Miller, *War at Sea: A Naval History of World War II*, Nueva York, 1995, se complementa bien con Howard D. Grier, *Hitler/Dönitz and the Baltic Sea: The Third Reich's Last Hope, 1944-1945*, Annapolis, 2007.

Para un análisis cuidadoso de las fuerzas armadas de Alemania,

véase Wolfram Wette, *The Wehrmacht: History, Myth, Reality*, traducción de Deborah Lucas Schneider, Cambridge (Massachusetts), 2006 [hay traducción castellana: *La Wehrmacht: los crímenes del ejército alemán*, Crítica, Barcelona, 2010];

Una obra muy perspicaz sobre los jefes militares del país es la de

Geoffrey Megargee, *Inside Hitler's High Command*, Lawrence, 2000; mientras que Donald M. McKale, *Hitler's Shadow War: The Holocaust and World War II*, New York, 2002, ofrece una excelente introducción a la «solución final».

Los efectos del Holocausto en las operaciones militares alemanas es el tema de un libro de

Yaron Pasher recién publicado por University Press of Kansas, *Holocaust versus Wehrmacht. How Hitler's Final Solution Undermined the German War Effort* (Lawrence, 2015).

La ocupación de gran parte de Europa por parte de Alemania la aborda

Mark Mazower, *Hitler's Empire: How the Nazis Ruled Europe*, Nueva York, 2008 [hay traducción castellana: *El imperio de Hitler*, Crítica, Barcelona, 2008].

La compleja cuestión de las divisiones internas de Italia después de la rendición de 1943 se delinea en

Claudio Pavone, *A Civil War: A History of the Italian Resistance*, traducción de Peter Levy y David Broder e introducción de Stanislao G. Pugliese (Londres, 2013).

Dos buenos estudios de la guerra en el Pacífico son los de

John Costello, *The Pacific War*, Nueva York, 1982; y Ronald H. Spector, *Eagle against the Sun: The American War with Japan*, 1985.

Un buen punto de partida para el comienzo de la expansión japonesa de su guerra con China y un estudio, por ahora definitivo, sobre el ataque a Pearl Harbor se encuentra en

Alan D. Zimm, *Attack on Pearl Harbor: Strategy, Combat, Myths, Deceptions*, Havertown (Pensilvania), 2011.

Del punto de inflexión clave se ocupan

Jonathan Parshall y Antony Tully en *Shattered Sword: The Untold Story of the Battle of Midway*, Washington D. C., 2005.

La primera ofensiva estadounidense (y la batalla más larga en la historia de Estados Unidos) se relata muy bien en

Richard B. Frank, *Guadalcanal: The Definitive Account of the Landmark Battle*, Nueva York, 1990.

Una introducción excelente a la campaña en el Pacífico suroccidental es la de

D. Clayton James, *The Years of MacArthur*, vol. II, *1941-1945*, Boston, 1975.

Sobre los combates en el Sureste asiático, existe el útil estudio de

Louis Allen, *Burma: The Longest War 1941-1945*, Londres, 1984.

Sobre el suceso culminante de la ofensiva estadounidense a través del Pacífico, véase

H. P. Willmott, *The Battle of Leyte Gulf: The Last Fleet Action*, Bloomington, 2005.

Los ataques aéreos sobre Japón se resumen muy bien en

Barrett Tillman, *Whirlwind: The Air War against Japan 1942-1945*, Nueva York, 2010.

Sobre las fases finales de la guerra en el Pacífico, véanse los excelentes estudios de

Richard B. Frank, *Downfall: The End of the Imperial Japanese Empire*, Nueva York, 1999, y D. M. Giangreco, *Hell to Pay: Operation DOWNFALL and the Invasion of Japan, 1945-1947*, Annapolis, 2009.

Se hallarán buenas introducciones a las fuerzas armadas japonesas en

Edward J. Drea, *Japan's Imperial Army: Its Rise and Fall, 1853-1945*, Lawrence, 2009; Paul S. Dull, *A Battle History of the Imperial Japanese Navy (1941-1945)*, Annapolis, 1978; y M. G. Sheftall, *Blossoms in the Wind: Human Legacies of the Kamikaze*, Nueva York, 2005.

Para un estudio sobre las políticas de ocupación japonesa en Asia oriental y sus repercusiones, sigue siendo necesario acudir a

The Far East 1942-1946 de F. C. Jones, Hugh Borton y B. R. Pearn, en «Survey of International Affairs», Oxford, 1955.

Los objetivos bélicos de los países beligerantes se reseñan en

Gerhard L. Weinberg, *Visions of Victory: The Hopes of Eight World War II Leaders*, Nueva York, 2005.

Sobre la relación de cinco de los dirigentes claves con sus mandos militares existen útiles trabajos introductorios en

Helmut Heiber y David M. Glantz, eds., *Hitler and His Generals: Military Conferences 1942-1945*, Nueva York, 2002 [hay traducción castellana: *Hitler y sus generales: conferencias militares 1942-1945*, Crítica, Barcelona, 2005];

John Gooch, *Mussolini and His Generals: The Armed Forces and Italian Foreign Policy, 1922-1940*, Cambridge, 2007;

Raymond Callahan, *Churchill and His Generals*, Lawrence, 2007; Stephen Roskill, *Churchill and the Admirals*, Barnsley, 1977;

Seweryn Bialer, ed., *Stalin and His Generals: Soviet Military Memoirs of World War II*, Londres, 1970 [hay traducción castellana: *Los generales de Stalin*, Luis de Caralt, Barcelona, 1972]; Harold Shukman, ed., *Stalin's Generals*, Londres, 1993;

y Eric Larrabee, *Commander in Chief: Franklin Delano Roosevelt, His Lieutenants, and Their War*, Nueva York, 1987.

Para sugerencias de lectura adicionales sobre muchos aspectos de la guerra, los lectores pueden consultar el «Ensayo bibliográfico» que acompaña el primer título mencionado en esta nota, *A World at Arms: A Global History of World War II*, pp. 921-944.

Índice de mapas